

HQN™

Manual de Maca para divorciadas

MARÍA CAÑAL



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2023 María Cañal Barrera
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Manual de Maca para divorciadas, n.º 364 - julio 2023

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788411801102

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Antes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Ahora](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Después](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Cuando desperté, sabía perfectamente lo que había hecho y con quién. Para qué ocultarme o excusarme tras el alcohol si apenas había apurado una sola copa. A mí eso no podía engañarme, tomar más de una siempre me había sentado mal.

Sentada en la cabecera de la cama, con mi culo sobre la almohada, mi culo desnudo sobre la almohada, lo contemplé en todo su esplendor. Sin sábanas que maquillaran su desnudez, su cuerpo se extendía firme, fibroso, casi escultural a lo largo y ancho de todo el colchón. Deseé tener el vicio del cigarro porque aquel momento habría sido perfecto para fumarme uno. Él dormía plácidamente, con la placidez de los inocentes; con una placidez alejada de la edad infantil, pero aún cercana a ella, según se mirase. Esa forma de dormir ya la había visto antes. La había descubierto en Ernesto, mi exmarido, cuando, arrobada de amor, me despertaba de madrugada a observarlo dormir sin importarme, tonta de mí, que a la mañana siguiente yo tuviera que levantarme antes que él. Entonces éramos casi dos adolescentes recién casados, algo kamikazes de la vida, con la capacidad de conjugar hipoteca, trabajos mal pagados y facturas con la paz del sueño, como si todo lo que hundía nuestros hombros por la mañana desapareciese por la noche al calor del colchón y del amor incondicional. Como si nos sintiéramos invencibles. Éramos invencibles.

Con mi cigarrillo imaginario humeando y mi mirada de *femme fatale* que, por cierto, sé imitar bastante bien, me di cuenta de que hasta el nombre de aquel chico —¿podía llamarlo «hombre»? Porque, por lo que me había hecho hacía apenas media hora, se lo merecía—; el nombre de aquel chico quedaba igualmente muy lejos de mi entorno, ¿cuántos Andrea había conocido yo en mi vida? Ninguno. Además, su nombre sonaba al amigo nuevo de tus hijos cuando entran en la universidad, uno de esos Erasmus que recorren España durante un curso y luego desaparecen.

No tuve urgencia. Me levanté con parsimonia, con cuidado de no despertar a Andrea al comienzo de una jornada que ya se me antojaba extraña. Desde el divorcio, mi rutina en los fines de semana sin niños había sido casi monjil. Había una inevitable comida familiar en casa de mis padres, donde se me recordaba constantemente mi nueva situación, que cada día que pasaba era menos nueva, pero que allí nunca dejaba de ser novedosa y exótica; y donde se me seguía preguntando cuándo íbamos a arreglar las cosas Ernesto y yo, como si eso pudiera pasar en algún momento. Ganas me daban de que llamaran a Ernesto y le preguntaran cuándo tenía pensado dejar a su nueva pareja para volver conmigo. Pero ellos aún no sabían que Ernesto ya había rehecho su vida junto a otra mujer a la que, quizá, todo lo que yo acabé por aborrecer le parecía tierno y masculino. Pues hoy no habría comida ni preguntas, hoy disfrutaría de un buen día de postsexo. Un sexo que me había descubierto cuánto lo echaba de menos, porque masturbarse está muy bien, pero el cuerpo a cuerpo, al menos para mí, está mucho mejor. Incluso ronroneé al pensarlo mientras daba un sorbo a mi café bien caliente, recordando a fogonazos la noche

anterior.

—¿Sueles ronronear por la mañana?

Andrea apareció en la puerta de la cocina como su madre lo trajo al mundo, luciendo una sonrisa soñolienta y una desvergüenza típica de la edad. Y yo... Yo me sentí como cuando de pequeña te pillaban haciendo algo que, sin estar mal, te daba mucha vergüenza que te vieran. Me quedé con la taza de café en mitad del recorrido hacia mi boca y lo miré fijamente a los ojos porque, ahí donde me leéis, con treinta y siete años, me daba pudor fichar visualmente un cuerpo que ya había registrado de otro modo. Aunque he de confesar que el pudor estaba camuflado con mantener el control de la situación.

Se acercó a mí y me quitó la taza de las manos, también me quitó la camiseta y, así, ambos en igualdad de condiciones, comenzó a besarme de una forma brutal, apretando culo, tetas y muslos con sus manos formidables. Al lado de eso, lo de mis manos debía quedarse en pellizcos, incapaces de abarcar tanta anatomía. Porque Andrea era joven pero gigantesco. Antes de que me pudiera dar cuenta, me tenía suspendida sobre él, sumergida en un polvo mañanero de los que hacen historia, y gimiendo como una loca mientras me penetraba y a la vez me lamía los pezones. Todo muy guarro y tremendamente erótico.

Tocaba ducharse juntos, pero nos acostamos sudorosos y exhaustos sobre las sábanas que todavía olían al encuentro de la noche reciente. Mi cabeza no daba crédito a tanta naturalidad. Ese chico tenía que haber visto a chicas más turgentes que yo, a las que no les costara tanto mantener el tipo cuando se lo están haciendo de pie y con las tetas más arriba, tetas que aún no habían dado de mamar a ningún ser humano. Y me reí con ganas visualizando el preservativo usado tirado en el suelo de la cocina, yo ya tenía en mente que eso pasaría dentro de unos años cuando cazara a mi hijo mayor con alguna amiga en casa.

—¿Nos duchamos? —Yo acariciaba sus abdominales con verdadera devoción.

—Sí, ¿no? —Y me dio un beso en uno de mis pezones, para después levantarse de un salto. Qué frescura, a mí me dolía todo y seguro que tendría agujetas durante una semana.

Nos metimos en la ducha a trompicones, incapaz como era de frenar sus manos a lo largo de mi cuerpo. Me enjabonó mientras yo me lavaba el pelo y empleó gran parte de su tiempo en enjuagar cada uno de mis rincones. Cada uno. Yo no acertaba a adivinar por qué tanta dedicación hasta que se puso de rodillas y en menos de cinco minutos había hecho que llegara a un orgasmo tan intenso que luego se quejó de que le había tirado «un poco demasiado fuerte» del pelo. Y es que, a esas alturas, ya había superado mi récord de orgasmos con creces. Yo nunca había sido de las de varios por noche; y ahora podía decir que tenía una conciencia manifiesta de mi clítoris, sensación que duraría todo el día.

—Que conste que, cuando llegue a casa, me pondré unos calzoncillos limpios —me dijo mientras le daba la vuelta a los que tenía entre manos.

—A casa... ¿de tu madre? ¿Qué hora es? —Y comenzaron a saltar todas mis alarmas. Mis alarmas de madre.

—Las nueve. O al menos eran las nueve antes de meternos en la ducha.

—Pero ¿y tu madre? ¡Estará preocupada! —Se quedó con los vaqueros a medio poner y me miró estupefacto, como si no me conociera de nada. Aunque, bien mirado, nos conocíamos más bien poco.

—Joder, nombrar a mi madre en estos momentos, vaya palo, ¿no?

—Pero ¿la has avisado?

—¿De que estoy aquí? No. Le escribí un mensaje anoche diciéndole que me quedaba en casa

de un amigo. ¿Más tranquila? —Y se metió en el baño riéndose con pequeñas carcajadas. Pequeñas carcajadas que aún no sabía que se iban a convertir en imprescindibles para mí.

Me vestí con prisa. De repente me había crecido la culpabilidad; culpabilidad por los orgasmos que tanto había disfrutado y que provenían de un chico diez años menor que yo, pero que desde luego sabía mucho más de temas sexuales. Ese chico tenía una madre, una madre que debía de ser joven, porque, cuando mi hijo mayor tuviera veintisiete, yo tendría... Sí, joven, debía de ser joven. Y una noche entera fuera de casa y haciendo cosas... Aunque, con veintisiete años, ya tenía edad. De hecho, yo ya estaba casada con veintisiete años. No, quizá no estuviera ni tan mal ni tan raro el asunto.

—¿Nos vamos a desayunar? —La culpabilidad se redujo de nuevo a niveles más que tolerables, me quedé con mi último pensamiento.

Antes

Capítulo 1

SOY MACA Y ESTOY DIVORCIADA

Quién me iba a decir a mí que a mis treinta y siete años diría esto para presentarme en mitad de un bar a un desconocido, como si me encontrara en una reunión de Divorciados Anónimos y fuera a contar mi particular viacrucis con el padre de mis hijos y mis hijos. Porque sí, tengo hijos. Soy la divorciada con el paquete completo.

Lo de que estoy divorciada también me lo digo a mí misma constantemente delante del espejo para terminar de creérmelo. Y se lo repito a mi madre para que termine de creérselo ella también. Y se lo repito a los dos niños que corretean por casa cada vez que llaman a su padre a voz en grito. «¿Divorciados, mamá? ¿Qué significa divorciados?», como si ellos no lo supieran ya. Yo, por enésima vez, les explico: «Papá y yo ya no vivimos juntos, nos queremos, pero no lo suficiente». «Y a nosotros, ¿nos quieres lo suficiente? ¿O te vas a divorciar también de nosotros, mamá?», hablan con poca preocupación porque ya conocen la respuesta, eso me lo preguntaron hace mucho y el tema quedó zanjado desde el principio de los tiempos; así que, de vez en cuando, me tomo la libertad de decirles: «Si seguís así, sí que me divorciaré de vosotros». Estamos aprendiendo a vivir esta nueva situación. Sé que la mayoría de las veces que me preguntan si su padre va a volver a casa guardan en su interior una pequeña llamita de esperanza que ya me encargo yo de apagar con un «no» raudo, a veces severo y, otras, cariñoso.

Así que, recapitulando, me llamo Maca, tengo treinta y siete años, estoy divorciada hace año y medio y atesoro dos niños de cuatro y siete años. Trabajo de correctora en una editorial pequeña que publica principalmente manuales para oposiciones, aunque está barajando abrir su mercado y sumergirse en el mundo de la novela, no sabéis cuánto deseo esto. También colaboro con una revista cultural a la que llegué de la mano de mi exmarido, porque nosotros, ante todo, seguimos siendo amigos, padres de los mismos niños y residentes en Madrid.

Después de año y medio metiendo en cajones y cajas de plástico de los chinos (que son mejores que las de Ikea) los sentimientos encontrados de mi nueva situación, creo poder decir con total convencimiento que tengo el cambio de armario hecho y terminado; con todos los flecos recortados y todas las prendas «por si» finiquitadas. No ha sido fácil y todavía me asusto y sorprendo a partes iguales cuando veo tanta amplitud y orden, como si eso no fuera conmigo, como si fuera todo artificial. Pero si ando más relajada es que lo he conseguido, o al menos me gusta pensarlo.

Año y medio me ha hecho falta, no está mal. A mi ex, sin embargo, le costó menos hacer la limpieza necesaria en su vida porque, a los pocos meses, ya tenía una nueva pareja que le hacía la colada. No hablo desde la acritud, y aunque no me cayó muy bien que tardara tan poco en sustituirme, reconozco que, si soy fiel a los hechos, le costó más: llevamos separados de facto

hace año y medio (y cuando se echó la nueva novia, unos cinco meses), pero cuánto llevaríamos separados viviendo aún bajo el mismo techo. Si lo pienso, dos personas que se quieren y tienen hijos en común pueden estirar el chicle de la convivencia tanto como deseen, aunque sus existencias vayan por caminos paralelos condenados a no cruzarse nunca más.

Ahora me encuentro sola en casa en fines de semana alternos; echo tremendamente de menos a mis hijos cuando no los tengo conmigo; pero a veces los echo de más, solo a veces, cuando el ingente trabajo de educarlos y mantenerlos a raya para que no se conviertan en carne de Servicios Sociales se me hace tan cuesta arriba que parece que me vaya a explotar la cabeza. Pero la cabeza nunca explota. Y yo, en ocasiones, preferiría que me estallara y todo se pringara de sangre y vísceras, de cerebro y ojos saltando como muelles para descansar un poco de esta vida tan perra y tan estresante que no me deja disfrutar del día a día en el que me veo inmersa sin remisión. Yo, a mis hijos, los quiero. Los quiero mucho. Los quiero a rabiar.

Capítulo 2

MI EX SE LLAMA ERNESTO

Como mi hijo mayor, como mi exsuegro, como todo un linaje de Ernestos que estarán en mi vida hasta el día en que muera; Ernesto seguirá en mi vida porque es el padre de mis hijos y porque una columna suya sale diariamente en uno de los periódicos más vendidos del país. Es retuiteada centenares, miles de veces, la comparten nuestros amigos en Facebook, me llega por WhatsApp por diferentes vías, mi padre me la comenta puntualmente a las dos y media de la tarde, justo cuando se está comiendo su postre, justo antes de que vayan a comenzar las noticias. Ernesto fue el triunfador de nuestra pareja y será el triunfador de la pareja que forme con otra persona. Es bueno, es muy bueno. Ya lo sabía yo cuando comencé a salir con él en la facultad y por mis manos pasaban las notas anónimas que incendiaban los debates estudiantiles y ponían a caldo al claustro de profesores: reconocía en ellas ese tono irónico e irreverente del chico que se tomaba un café tan tranquilo conmigo por las tardes y, luego, del chico que se despertaba a mi lado con el flequillo tapándole los ojos. Lástima que haya empezado a perder pelo. Yo no tenía tanta pasión por el periodismo, de hecho, hoy en día, no sé por qué estudié esa carrera, aunque pensándolo bien, sigo sin saber qué otra cosa me hubiera gustado hacer. Acabé en la editorial por pura suerte: una serie de cursos y prácticas y estar en el sitio correcto en el momento adecuado.

Todavía me pregunto cuándo fue el momento, cuál fue ese momento en que todo comenzó a romperse. En que ya no hubo vuelta atrás, ese momento tras el cual estuvimos condenados. Porque hasta la separación física hubo algo de sexo, algo de complicidad, de risas, de cumplidos, de cafés hechos para el otro, de táperes en el frigorífico pensando en el otro, de regalos preparados con devoción; pero también hubo mucho de discusiones por nimiedades, de reproches insustanciales, de otros cafés olvidados de hacer u olvidados sobre la encimera. Mientras sigo buscando ese momento, normalmente los fines de semana que mis hijos están con él y tengo tiempo suficiente para rebozarme en el fango de la nostalgia, sigo apostando por la separación. Porque la separación fue la única verdad absoluta, la única verdad en nuestra vida cuando dijimos «basta». Qué pena. Yo que creía que tendría un matrimonio como el de mis padres, como el de mis abuelos; yo, que me imaginaba desde casi el mismo instante en que hice el amor por primera vez con Ernesto que con él haría también el amor por última vez y que envejeceríamos felices, dando paseos por el parque, viendo series en Netflix y yendo al teatro todas esas veces que no pudimos ir cuando fuimos jóvenes, unas por falta de tiempo, otras por falta de dinero, otras por falta de ganas.

Pero se acabó.

Y nuestra vida en común fue maravillosa. Tanto que aún no me creo que quisiéramos acabarla, porque siempre tiendes a acordarte de las cosas buenas. Cuando me obligo a pensar en las malas,

ahí aparecen los motivos por doquier, como setas en un bosque húmedo.

Capítulo 3

CUÁNTAS VECES BROMEAMOS ERNESTO Y YO

Bromeamos con la posibilidad de quedarnos de nuevo solteros. A nuestra edad, rozando los cuarenta, con nuestro ritmo de vida rutinario de adultos jóvenes donde la mayor parte del tiempo se la llevaban los niños y el hogar. Niños y hogar, ¿cuándo nuestras horas habían pasado a girar alrededor de esos dos conceptos? Más que conceptos, realidades, ojo, realidades que me encantan. Pero esa antigua vida que había sido tan mía, tan nuestra como lo es esta, en la que precisamente no había horas, quedaba tan difuminada en el tiempo que parecía no haber existido nunca.

Igual Ernesto sí tenía una vida social más rica gracias a su estatus de periodista. Trabajar y escribir para una de las grandes cabeceras del país es lo que tiene: te granjea buenos contactos, eventos a los que acudir y premios que recibir. Siempre supe que tendría éxito, aunque no tanto con la novela, sus dos incursiones prosperaron poco y todavía es un punto fácil contra el que arremeter en momentos de tensión máxima, de hecho, puede que eso hiciera que lo que estaba resquebrajado estallara en pedazos.

Fue un día de verano, el calor nunca es bueno para la tensión, el calor nunca es bueno para nada. Ni para el dolor de cabeza, como el que tenía yo desde antes incluso de levantarme; ni para el humor ni para una pareja que no se soporta. Los niños estaban en casa de los abuelos que, teniendo piscina, era mejor opción que quedarse en nuestro piso, céntrico y bien ubicado, pero piso, al fin y al cabo. En invierno estaba muy bien, en verano era un infierno. Ernesto y yo teníamos vía libre para la discusión. Mentiría si dijera que nunca discutimos delante de los niños. De hecho, le miento a mi madre cada vez que le digo con mi voz más sincera y solemne que nunca Ernesto y yo cometimos el crimen de discutir delante de los niños. Lo hicimos. Pocas veces, pero así fue. Sobre todo, cuando el mayor, que tenía entonces unos cuatro años y medio, estaba en su habitación y lo hacíamos jugando y sin prestar atención. Pero ese día la casa era nuestra, incluso el edificio era nuestro, casi todos los vecinos se habían ido de vacaciones, podríamos gritar todo lo que quisiéramos.

Yo recuerdo que me levanté con un cosquilleo en la garganta, no es que me fuera a poner mala por el aire acondicionado, era esa sensación que tengo antes de que vaya a ocurrir algo, normalmente malo. A lo mejor era que veníamos de una discusión la noche anterior. Como los niños se habían quedado con sus abuelos, Ernesto y yo aprovechamos para ir al teatro y a cenar; un plan de esos de arreglo exprés, como si llamáramos a la grúa para que recogiera el coche que se ha quedado parado sin motivo aparente, pero en realidad tiene hasta los elevadores eléctricos estropeados. No me acuerdo ni de la obra, no me gustó, eso sí que lo recuerdo, y creo que ahí comenzó la trifulca.

—La obra ha sido malísima. —No esperé a salir de la sala para decírselo con aspereza, él se había encargado de comprar las entradas.

—Me la recomendó Ana, la de Cultura, qué iba a saber yo.

—Pues lo que te dijera yo. Que mira que te lo dije, que no tenía buena pinta.

—Lo siento, la próxima vez compras las entradas para la que tú quieras.

—No, la próxima vez me puedes hacer más caso a mí que a la experta de cultura de tu periódico. —Discutíamos sin mirarnos apenas, evitando a la gente, hablando en un tono lo suficientemente bajo como para que no nos miraran raro, pero lo suficientemente alto como para que el otro captara la intención y el tono.

—Lo siento, Maca, ¿qué quieres que haga más? ¿Me flagelo delante de toda esta gente?

—No, lo que espero es que me hagas más caso, siempre tienes más en cuenta la opinión de los demás que la mía. No soy una periodista de éxito, pero me creo con buen gusto.

—Nadie ha dicho que no lo tengas... Maca, estás sacando las cosas de quicio. Vámonos a cenar.

—Sí, mejor. Aunque como el restaurante sea igual de malo, se te acumulan: la obra de teatro, el restaurante, tus libros... —Fui cruel, en cuanto lo dije, lo supe. Ernesto se detuvo y me dejó andando sola un par de pasos. Cuando me volví, vi en su cara daño, decepción e ira.

—Al menos yo intento hacer cosas que me gustan, Maca, tú te vas a morir en esa editorial de tres al cuarto corrigiendo manuales de oposiciones porque nunca te atreverás a dar el salto.

Y ahí estaba en todo su esplendor: la competición por ver quién de los dos decía lo más dañino para el otro. Estábamos los dos empatados, nos conocíamos tan bien, pero tan bien, que sabíamos cuáles eran nuestros puntos débiles. Esos que, estando bien, hubiéramos mimado, apoyado y que ahora, sin embargo, nos dedicábamos a torpedear para que se hiciera un agujero cuanto más grande mejor.

No fuimos a cenar. O más exactamente, no fuimos a cenar juntos. Sin hablar siquiera, nos separamos en la puerta del teatro y cada uno tiró por su lado. Él no sé qué hizo, yo me fui a un restaurante italiano que estaba cerca y su luz tenue y su *pizza* con champiñones —que Ernesto odiaba— me lamieron las heridas. Podría decir que reflexioné sobre lo que había pasado, pero no lo hice. Miré el móvil, me metí en Twitter y en Instagram, le mandé un wasap a mis suegros preguntándoles por los niños, ellos hicieron lo propio preguntándome que qué tal la salida de enamorados... Enamorados, ¡ja! Tenía la mente tan bloqueada que no era capaz de pensar. Cuando llegué a casa, Ernesto estaba en la cocina con una infusión en la mano.

—Te estaba esperando.

—Ya, bueno, se me ha hecho más tarde de lo que pensaba.

Nos abrazamos. Hicimos el amor. ¿Sabíamos que iba a ser la última vez que lo haríamos? ¿Por eso obvias las cosas feas que nos dijimos esa misma noche y decidimos hacerlo? Fue un ejercicio de conocimiento, conocía ese cuerpo como al mío propio. Sí, toqué sus arrugas por última vez, besé esa boca por última vez; definitivamente, mientras lo hacíamos, lo intuíamos. Fue el sexo más tierno que he tenido en toda mi vida. Cuando caímos rendidos, con el calor pegado a nuestra piel y a las sábanas, mi vida con él pasó delante de mis ojos: los cafés a media tarde en el bar de enfrente de la facultad; el viaje de novios a Roma; el embarazo de Ernesto, nuestro hijo mayor; la sorpresa del embarazo de Rafa, el pequeño, totalmente inesperado. Me provoqué a mí misma una grandísima migraña, que era fundamental para lo que estaba por venir, claro.

El hormigueo en la garganta llegó a su culmen cuando me levanté a la mañana siguiente y lo

encontré en la mesa de la cocina. Me había preparado café, con leche de almendra y dos de azúcar, como a mí me gusta. No esperó a que me sentara, me tendió el café y dijo:

—¿Vamos mañana a un abogado?

—Creo que va a ser lo mejor.

Capítulo 4

MAMÁ, ERNESTO Y YO NOS SEPARAMOS

Y los ojos de mi madre se anegaron de lágrimas. Debía haberlo visto venir hace tiempo, como me dijo poco después, pero era una cosa que ella no suponía que desembocara en lo que desembocó. Creía que mi relación con Ernesto era tan fuerte como la suya con papá, que había pasado por baches igual de gordos o más que los míos y ahí se mantenía, como un roble centenario cuyas raíces se niegan a desfallecer, haciéndose más grande y nudoso, pero nunca más gastado. Yo también pensé eso durante un tiempo.

Mi padre, sin embargo, no se lo tomó en serio. Soltó algo así como: «Estos jóvenes de hoy no aguantan nada, seguro que la cosa no va mucho más allá», sin querer entender que ya había llegado a donde tenía que llegar, que nos habíamos quedado sin recorrido. Poco a poco, puso a mi madre de su parte, le inculcó ese escepticismo y, a día de hoy, año y medio después de haber firmado los papeles, ambos me preguntan convencidos que cuándo vamos a volver Ernesto y yo. No los quiero decepcionar, Dios me libre, pero creo que ha llegado el momento de decir toda la verdad por mucho que duela. Así que la próxima vez que mi madre, entre susurros, mientras fregamos los platos del almuerzo familiar, con papá al otro lado del salón en su butaca y ya durmiendo su siesta, me pregunte por la fecha de mi vuelta al matrimonio, le contestaré con la nueva situación sentimental de Ernesto y quizá embarace a su actual novia, para que dé por confirmada con más rotundidad si cabe el último año y medio de separación física y emocional.

Sí, nuestra separación fue un mazazo para toda la familia. De mis suegros no puedo decir mucho porque decidimos que cada cual se ocuparía de su parte, así que, un par de semanas después, cuando me acerqué a despedirme, la efusividad del momento se había desinflado. En mi interior sentía que les debía una visita, habían sido muchos años de entrar en ese hogar que había sido el mío hasta hacía bien poco; mucho tiempo de confidencias a media luz con mi suegra; mucho tiempo de abrir el frigorífico con libertad sin pedir permiso; mucho tiempo de todo. Dos semanas después de la noticia bomba, quedé con Aurora, mi suegra, en su casa y, de repente, todo se me antojó tan ajeno. Eran ajenos los suelos que yo ayudé a elegir cuando se hicieron la casa y Aurora andaba como un gato en un cajón, de uñas todo el día contra todo y contra todos porque nadie entendía que quisiera mármol y no parqué; era ajeno el aire, ese aroma a jazmín que acompañaba mis visitas a aquella casa a las afueras de Madrid, en una urbanización bien, en la que yo había soñado acabar mis días con Ernesto; era ajeno ese jardín donde ella había preparado un par de *gin-tonics* y que había sido el lugar de vacaciones de mi pequeña familia en esos días en los que ni el periódico ni la editorial nos habían dado tregua. Cómo iba a echar de menos mis visitas allí.

—¿Cómo lo llevas? —Aurora siempre me había fascinado. Entraba en los temas sin sosiego, a

quemarropa. «¿Para qué perder el tiempo con rodeos?». Le dio un trago largo a su copa.

—Bueno, creía que iba a ser peor, pero no te miento si te digo que ha sido como si me hubieran quitado una losa de mármol de quinientos kilos de la espalda. —Y las dos miramos al suelo de la cocina, que era por donde se salía al jardín, y nos echamos a reír.

—Imaginaba a Ernesto más en forma. —Y me dedicó una de sus miradas profundas.

—¿Más en forma? No te entiendo.

—Más en forma, lo he visto muy desmejorado.

—Bueno, han sido días duros para todos, yo tampoco estoy en mi mejor momento.

—¿No tiene arreglo? —Y me consta que lo preguntaba desde la sinceridad, una pregunta franca que necesitaba una respuesta franca.

—No, Aurora. —E incluso yo me sorprendí de mi rotundidad. ¿No había arreglo? No, la verdad era que no.

Si reflexionábamos sobre el tema, Ernesto y yo habíamos pasado ya por todas las fases, también por la de intentar arreglar aquel desaguizado en que se había convertido nuestro matrimonio. Fue el verano anterior. Les dejamos los niños a mis suegros y nos fuimos cuatro días de escapada a la sierra, los dos solos. Pero allí vimos que habíamos ido perdiendo intereses comunes como quien lleva una bolsa de lentejas y cuando llega a casa ve que no hay nada dentro, que las lentejas se han ido cayendo por el camino por un agujero y no se había dado ni cuenta porque tampoco le importaban demasiado esas lentejas de todas formas. No hubo grandes discusiones, pero sí que recuerdo esa sensación de pérdida al llegar a casa. Por el camino se habían ido perdiendo esos intereses en común y no pudimos hacer nada por recuperarlos. Y habían sido muchos, ¿dónde demonios se habían metido?

—No, Aurora, no tiene arreglo. —Le repetí como para terminar de asumirlo yo—. Y no quiero ser la típica pareja que se mantiene unida por la inercia y por los hijos.

A partir de ahí, volvimos a ser dos amigas, no exsuegra y exnuera. Se ofreció cien veces para lo que yo necesitase, que podía contar con ellos para dejarles a los niños cuando quisiera, «tal y como lo hacemos ahora»; que tenía las puertas abiertas de su casa, que aquel sería mi hogar siempre (bien sabía yo que no, no por ella, sino por mí, por la situación, por la vida); que esperaba mantener una buena relación conmigo, que entendería que la visitase menos, que quedásemos menos, pero que no entendería que cortara la relación de raíz, eso le iba a doler si ocurría. A mí también. De hecho, ella fue de las primeras personas a las que le hablé de Andrea cuando este veinteañero se convirtió en algo más.

Justo cuando me iba, llegaba Ernesto, no el hijo, sino el padre. Me dio un abrazo por toda respuesta a mi saludo y se metió en su despacho. El ambiente entre Aurora y yo era muy distendido y el *gin-tonic* había hecho su efecto, así que reí con ganas a su comentario: «Hay gente que lo va a pasar peor que tú, ya ves», y prometí volver a verla pronto. No fue así.

Capítulo 5

TENGO ALGO QUE CONTARTE

Y la primera respuesta de todo aquel al que le entraba de esta forma fue, sin excepción: «¡Estás embarazada!». Qué obsesión tiene la gente con embarazarte cuando llegas a cierta edad y ya tienes hijos, con esa mezcla de «qué fuerte», «¿cómo ha sido?», «qué desliz», «¿cómo lo llevas?», «si me pasa a mí, no sé qué haría», implícito en esas dos palabras: «Estás embarazada». Aunque si lo piensas bien, siendo mujer, la obsesión por embarazarte existe desde que te viene la primera regla.

Cuando te divorcias tienes un dilema en la cabeza que no te deja pensar mucho. Después de hacer lo más importante, que es sentarte con tu pareja y hablarlo largo y tendido (aunque a nosotros nos costó lo que un café en aquel desayuno fatídico del día después del teatro); sentarte con tus hijos, que merecen capítulo aparte; y sentarte con tu familia más próxima, con tus padres, ¿con quién más debes sentarte? En realidad, no tienes ninguna obligación de hacerlo con nadie más, pero los amigos sí se merecen que, al menos, los llames por teléfono y se lo comentes.

Sentada en el sillón orejero que tenemos cerca de la terraza, con la claridad entrando a borbotones por la cristallera y con una tajada de melón a medio comer en el regazo, me dispuse a dar el siguiente paso en el proceso de divorcio: contarle a los amigos. Pensé primero en hacer un grupo de WhatsApp, pero no me pareció oportuno. Luego pensé en enviar mensajes personalizados, tampoco me pareció de recibo dar esa noticia así. Tendría que llamar, al menos, a tres amigas íntimas o medio íntimas, que lo de las amigas íntimas había perdido fuerza con el paso de los años (igual que lo había perdido todo en mi vida, hasta el matrimonio); y que ellas se encargaran de dejarlo caer en sus posibles quedadas con gente en común. No quería hacer de mi separación una noticia bomba, tampoco lo eran hoy en día las separaciones, tanto de conocidos como de desconocidos: cada vez había más niños con padres separados en las clases de mis hijos, ellos serían ya como la mayoría.

Llamé a Teresa. Teresa es una amiga que mantengo desde mis días de infancia. Nos conocemos tan bien como se puede conocer a una persona que ha crecido contigo y con la que ahora mantienes una relación a media distancia entre la indiferencia y la complicidad más absoluta. Podemos no vernos ni hablarnos durante meses que, un día, nos encontramos sorpresivamente, nos tomamos un café de dos horas y se nos hacen cortos los ciento veinte minutos hablando de todo un poco y de nada. A ella se lo tenía que contar.

—Hola, Teresa, ¿qué tal?

—¿Maca? —Voz de sorpresa total, no se esperaba para nada que la llamara—. Qué sorpresa me has dado... Espera, ¿se ha muerto alguien? —Esto tiene mucho que ver porque, claro, ella y yo compartimos gente en común que nadie más comparte en mi círculo más próximo. Tengo que

reconocer que nuestras llamadas se han distanciado demasiado en el tiempo a pesar de las promesas llenas de sinceridad de vernos más a menudo y que últimamente se han ceñido a llamadas para quedar e ir juntas al tanatorio.

—Jo, mira que eres agorera, Tere. —A mí es a la única que le permite que la llame Tere, y porque ya son tantos años que en la vida podría llamarla Teresa más de dos veces seguidas sin sentir que estoy hablando con otra persona.

—A ver, tú me dirás, últimamente...

—Es que te tengo que decir una cosa.

—¡Estás embarazada!

—¿Qué? ¿Cómo? ¡No!

—Ah, es que últimamente sí que me están llegando muchas noticias de ese tipo. Por cierto, tus niños, ¿cómo están?

—¿Mis niños? Muy bien, tú sabes, con sus cosas, pero bien. ¿Y la tuya?

—La niña se ha vuelto a caer de boca y se ha roto las paletas, las definitivas.

—Ostras, qué putada, ¿no?

—El disgusto que nos hemos llevado, en fin, pero cuéntame, ¿qué me tenías que decir?

—Tere, que me separo... —Y el silencio se hizo en la línea telefónica, tanto es así que creí que se había cortado—. Tere, ¿estás ahí?

—Sí, sí, Maca, vaya notición. No sé si hubiera preferido que estuvieses embarazada. ¿Lo hubiéramos preferido?

—No.

—Entonces me alegro por tu separación.

—¡Tere!

—Joder, nena, es que vaya noticia, ¿no? No me lo esperaba, de verdad, siempre os he visto superbién, además, es que pegáis mucho, sois el uno para el otro... En fin, que lo siento, Maca, no debe de ser fácil.

—No, no lo es, pero no quería que te enterases de rebote en una conversación con tu madre.

—No te preocupes por eso. ¿Cómo estás?

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, aliviada. Pero esto es más complicado de lo que yo me esperaba... —Y así siguió la conversación hasta que me dolió el brazo de tenerlo flexionado durante tanto tiempo.

A la segunda que llamé fue a Miri, Miranda, una compañera de facultad que llegó al estrellato y que ahora presentaba un concurso en la tele autonómica. No lo veía mucha gente, pero como era en la tele autonómica, tenía menos peligro de ser retirado de parrilla de buenas a primeras. Ella ya se había separado dos veces y tenía tres hijos, de tres padres diferentes. Pensaba que me entendería mejor.

—¡Maca! Estaba pensando en llamarte yo, fíjate, tengo noticias.

—Vaya sorpresa, ¿te separas de nuevo?

—Qué graciosa, te vas a parecer a los libros de Ernesto, uy, perdón...

—Nada, creo que lo tiene superado. —Aunque, de hecho, no era así, me podía remitir a las pruebas.

—¡Estoy embarazada otra vez! —Ya ves, unas pensábamos en separaciones más que en embarazos.

—¿Y eso es una buena noticia?

—¡Claro! Lo hemos buscado, Ricardo no quería ser padre solo de hijos con los que no tuviera

nada que ver genéticamente. Los quiere mucho a todos, pero no ve en ellos sus ojos ni sus dedos de los pies. Aunque yo ya le he dicho que probablemente tampoco lo vea en el suyo porque mis genes son muy fuertes y suelen hacerse dueños de todo.

—Pues yo te tengo que contar también algo...

—¡Que estás embarazada también! ¡Qué ilusión, las dos a la vez! —Su verborrea incesante me embotaba la cabeza.

—No, Miri, no estoy embarazada y, la verdad, no querría estarlo, no tengo muchas ganas a mi edad.

—No seas mala que tienes la misma que yo.

—Pero tú estás estupenda, pareces una niña de treinta y dos.

—En eso tienes razón. Pero, dime, si no estás embarazada...

—Me separo de Ernesto.

—¡Qué me dices! ¡Estás loca! ¿Cómo va a ser eso?

—¿Y por qué no? ¿Solo tú tienes la exclusividad de la separación?

—Ay, Maca, que para mí erais la pareja perfecta, desde la facultad, erais tal para cual...

—Lo mismo me ha dicho mi amiga Teresa, pero mira, no sería para tanto.

—Jo, perdóname si no lo entiendo mucho, Maca, no me lo esperaba. De otra gente te lo ves venir, pero de vosotros...

—Pues pensaba que tú lo ibas a entender mejor que nadie —respondí belicosa y algo contrariada.

—¿Por qué? ¿Porque llevo dos divorcios? Eso no tiene nada que ver. —Sonó algo ofendida, pero continuó como si nada—: Lo siento muchísimo, Maca. ¿Cómo estáis? ¿Y Ernesto?

—Pues estamos. Yo algo más aliviada; de él no te puedo contar mucho, lo he visto poco últimamente. —Terminaba de dibujar formas geométricas en una libreta y me preparaba para dar por terminada la conversación, no tenía ganas de más.

—¿Hace mucho de esto?

—Un mes.

—¿Por qué no me has llamado antes?

—Porque tenía que poner en orden todo antes, la verdad. —Y suspiré derrotada.

Al final, no pude terminar pronto con la conversación y seguimos durante media hora más. Cuando terminé, decidí acabar con el melón que aún me quedaba en el cuenco antes de hacer el último comunicado:

—Hola, Almudena.

—¡Hola, Maca! Anda, pasa.

A Almudena la visité en su casa porque era vecina. En los quince años que llevamos viviendo en este piso de Madrid, habré podido intimar (y con esto quiero decir mantener una conversación de más de cinco minutos sobre algo que no sea ni el tiempo ni nada que tenga que ver con la comunidad) con Almudena y se acabó. Y no es que me considere alguien antisocial, es que no me cruzo con nadie. Con nadie. En quince años.

—¿Una cerveza?

—Venga, vale. —Y nos fuimos hacia su cocina, donde tenía una isla de esas que salen en la tele y de la que yo era fan absoluta. Nos sentamos en sendas butacas altas. —A ver cómo te lo digo...

—¡Embarazada! A un montón de amigas mías les ha dado por lo mismo, ¡a nuestra edad! —Y dio una palmada en el aire con diversión.

—Si estuviera embarazada, no te aceptaría la cerveza.

—En eso tienes razón. —Me señaló y asintió. Luego, le dio un trago a su botellín.

—Ernesto y yo nos separamos.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Y por qué? —Nadie me había preguntado por qué todavía. Todos habían insistido en lo duro de la situación, en que había que seguir adelante y las mil pamplinas que se dicen y que yo había dicho seguro cuando me encontraba al otro lado. ¿Por qué? Buena pregunta. Porque ya no somos los mismos, porque él va por un camino y yo por otro y esto es insoportable, porque me molesta su gesto al comer (antes lo encontraba irresistible), porque su colonia me empalaga, porque su actitud es chocante y me saca de los nervios, porque...

—Hay muchas cosas y no hay ninguna.

—Al menos, no hay terceras personas, ¿no? Si me dices eso...

—No, no... Que yo sepa no, claro. —Y le di un trago a la cerveza pensando en ello. ¿Tal vez hubiera preferido una tercera persona? No, seguro que no.

—Claro que no. ¿Y ahora qué? —Tampoco nadie me había preguntado. ¿Y ahora qué? Buena pregunta.

—Pues no sé qué decirte. Me he tomado unas vacaciones, tengo que poner en orden muchas cosas. Tendrían que dar permiso por divorcio igual que lo dan cuando te casas.

—Al fin y al cabo, el viaje lo haces. —Y me sonrió con complicidad.

—Muy bueno, Almudena.

—Tengo un amigo abogado especializado en estas cosas.

—Gracias, pero ya hemos ido a uno. Está todo arreglado. Eso es lo mejor, ha sido de un mutuo acuerdo excepcional, un mutuo acuerdo de puta madre. —Y le di otro trago a la cerveza, esta vez tan largo que me atraganté.

—Me alegro.

—Aunque a veces hubiera preferido alguna disputa para estar algo más enfadada. Ahora solo estoy triste. Aunque aliviada, ¿eh? —Y levanté una mano. Bebí más cerveza.

—Ahora no sabes ni cómo estás —sentenció—. ¿Y los niños? ¿Con quién los has dejado?

—Están en casa de mis suegros... —Y levanté los ojos hacia ella realmente confusa—. ¿Los puedo seguir llamando así?

—Todavía sí, pero no por mucho tiempo. Cuando necesites algo, ya sabes, no tienes más que bajar y decirme.

—Lo sé. Almudena, gracias, pero me voy. —Dejó el botellín a medias sobre la encimera y sonó demasiado brusco.

—¡No te has terminado la cerveza!

—No tengo ganas, voy a casa a acostarme.

Capítulo 6

PAPÁ Y YO VAMOS A SEPARARNOS

Los cuatro ojitos nos miraban desde la inocencia de sus tres y cinco años, sin entender por qué los habíamos sentado en el sofá y nos habíamos puesto serios si ellos no habían hecho nada (en su mundo, nunca hacían nada merecedor de sentarlos en el sofá y ponernos serios, pero es que esta vez de verdad que no habían hecho nada que no gustara a los mayores).

—¿Qué hemos hecho, mamá? —Era Ernesto el que hablaba, proclamándose portavoz de su pequeña sociedad. Agarraba a su hermano de la mano y nos miraba con ganas de explicar cualquier cosa que hubiera ocurrido en su radio de acción para montar una defensa corporativista acorde a su edad. Era como su padre.

—No, cariño, vosotros no habéis hecho nada. A ver cómo te lo digo... —Miré a Ernesto, a su padre, a mi ex, aunque todavía me costaba considerarlo como tal, y me hizo un gesto con la cabeza para que me lanzara sin preámbulos. Habíamos hablado con una amiga de una amiga que nos dijo que los niños se tomaban este tipo de cosas mejor de lo que creíamos; que no había que tratarlos como seres sin capacidad para comprender, que mejor que les dijéramos la verdad, nada de dramas y, a partir de ahí, comenzarían a adaptarse cuanto antes. Además, en su colegio había tantos niños con padres separados que seguro que no les sonaría a nada nuevo. Luego, Ernesto y yo decidimos que sería yo quien pronunciara las palabras.

—Mamá, venga, que van a empezar los *Yo-Kai*... —Malditos *Yo-Kai*, ya podría haber alguno que me *espiritara* para decir las cosas con facilidad.

—Pues, Ernesto, Rafa, papá y yo nos separamos. —Rafa se echó a llorar, no porque entendiera lo que había escuchado, sino porque intuyó que era algo malo por el tono de mi voz; Ernesto se quedó pasmado y se le olvidó que empezaban los *Yo-Kai*.

—¿Como los padres de Lucía?

—Así es, como los padres de Lucía.

—Entonces, ¿tú vendrás a recogernos los martes y los jueves al colegio, papá?

—Eso parece, sí, cariño. —Era la primera vez que Ernesto hablaba y casi se le saltan las lágrimas al hacerlo. Yo le tomé de la mano y se la apreté.

—Pero papá y yo no vamos a dejar de querernos ni, mucho menos, de quereros a vosotros. Solo que ya no nos queremos igual que antes y vamos a dejar de vivir juntos.

—¿Dónde os vais? —Rafa, en su lengua de trapo, había verbalizado una realidad: dónde íbamos a ir; aunque para él era más material, mis divagaciones iban más hacia lo abstracto. Otra vez se puso a llorar.

—No, cariño, no vamos a ningún lado. Solo que...

—Es papá el que se va de casa, Rafa, mamá se queda con nosotros. —Y a Rafa se le dibujó

una sonrisa en la cara que secó sus lágrimas en las mejillas. Se bajó del sofá y se fue a su cuarto a por el reloj *Yo-Kai* para prepararse para ver su serie favorita.

—Papá, pero ¿tú te vas muy lejos? —Ernesto sí tenía más preocupaciones y con él todo iba a ser un poco más complicado.

—No, Ernesto, de momento, me voy a casa de los abuelos, pero voy a buscar un apartamento por aquí cerca. —Bien sabíamos los dos que aquello no iba a poder ser. Los apartamentos «por aquí cerca» tenían unos alquileres inasequibles para alguien que aún estaba pagando una hipoteca. Ese era un escollo que aún no habíamos solucionado del todo, más que nada porque no sabíamos cómo meterle mano.

—¿Vamos a tener dos casas?

—Bueno, se podría decir que sí, tendréis dos casas.

—Eso está chulo, aunque creo que a mí me gusta tener una solo.

—Ya.

—¿Me puedo ir ya a ver los *Yo-Kai*?

—Claro, mi vida.

Y allí nos quedamos Ernesto y yo, sentados en el sofá mirando al frente sin entender muy bien lo que había pasado. De fondo, las voces agudas de los dibujos animados nos llegaban y nos taladraban el cerebro, pero era mejor ese dolor de cabeza, mucho mejor. Nos miramos y barajamos las opciones.

—Está esa opción que nos comentó el abogado —dijo él sin mucho convencimiento.

—¿Cuál? ¿La de que seamos nosotros los que nos vayamos cada quince días? No lo veo, Ernesto, no lo veo, más que nada porque no sé si sería más perjuicio que beneficio.

—Todo va a tener un perjuicio, no estamos juntos.

—Ya, pero... —A mí me daba miedo mirar al precipicio. Decir «nos separamos» era tan fácil, pero lo que venía luego era tan difícil. Había que ser valiente.

—En fin, es un hecho que tú eres la que se ha encargado a lo largo del tiempo del día a día de los niños, no espero que lo entiendas como que me echo a un lado...

—No, para nada.

—La solución es que yo salga. —Me quedé callada porque, con esa afirmación, yo me sentía segura, yo me seguía sintiendo en mi hogar. Qué egoísta, pero qué cobarde me sentía.

—Tengo miedo, Ernesto, no sé cómo hacer esto sin parecer que te estoy dejando en la estacada. Pero ¿dónde voy a ir...? —Y se me rompió la voz y me entró ansiedad y me tapé los ojos y la boca para no llorar allí de desesperación por si los niños me escuchaban.

Capítulo 7

POR FIN SE DESATA EL NUDO EN LA GARGANTA

Un nudo en la garganta que no me ha dejado dormir ni reír ni vivir durante un año. La vida comenzó a no tener rumbo fijo, lo único que me unía a la realidad eran mis hijos: por ellos, yo tenía que estar bien, ellos eran mi objetivo. Pero ¿y yo?

La deriva emocional, y práctica, en la que me vi inmersa fue demencial. De repente, tuve que asumir un montón de cosas de las que me había desentendido porque era Ernesto el que las llevaba; no sé, los seguros del hogar, las facturas, los cambios de contrato de teléfono, luz o agua... No es que él no se ofreciera a facilitarme la vida, es que yo no quise darle más trabajo, suficiente tenía con la culpabilidad de haberle echado de casa. Ese es el problema cuando te divorcias de forma muy amistosa, que sigues viendo al otro un poco como esa persona que fue para ti hace tiempo; a veces, hubiera deseado habernos tirado los trastos a la cabeza para que no me corrojera este sentimiento de culpabilidad que me dejaba el esófago lleno de bilis, con unos ardores que me moría.

Recurrí mucho a mis padres, ellos estaban ahí para todo, para cuando yo no llegaba, que era prácticamente cada día de mi vida. A ellos acudí cuando pedí una hipoteca sobre mi propia casa y le pagué a Ernesto su parte, así que ahora soy dueña, soberana y propietaria, junto con el banco, de mi piso en el centro de Madrid. Eso tampoco los convenció de que lo de su yerno y su hija era irreparable. Ahí siguen, preguntándome y esperando una secuela de mi matrimonio.

Porque lo primero que hice fue aumentar mi jornada laboral y esas dos horas de más pesaban como una losa. Ya no veía a mis hijos para comer, y menos mal que era verano y no había colegio: se iban desde por la mañana a casa de mis padres, que no les gustaba porque no tenían ni piscina ni jardín ni espacio para correr, era un piso como el nuestro o incluso más pequeño. Pero yo no había salido tan mal criándome allí. Mis hijos tendrían que acostumbrarse, no había otra.

Y luego, como novedad durante los primeros meses, llegaban los días y los fines de semana en los que yo no tenía a mis hijos. Esos los recuerdo especialmente confusos y perturbadores. Salía para comer con mis padres y volvía a casa corriendo, deseando estar entre mis propias cuatro paredes y dejar de soportar miradas reprobadoras. Entonces, un silencio, «el silencio absoluto» lo llamaba Almudena, me daba la bienvenida al abrir la puerta y un torrente de lágrimas me surgía como una catarata después de unas lluvias torrenciales. Esos días eran buenos porque me dejaba llevar: si tenía ganas de llorar, lo hacía con ganas, sin importarme la cara hinchada y los ojos rojos. Me sentí mal al dormir a pierna suelta la primera noche que pasaron lejos de mí, pero no puedo cambiar los hechos.

Algún domingo bajaba a tomar café en la isla de la cocina de Almudena, allí la luz era diferente, a pesar de que su piso y el mío estaban en la misma ubicación; nos poníamos café con

helo y charlábamos de mil cosas mientras su marido se metía en el despacho a seguir planificando lo que estuviera planificando en ese momento: un edificio en mitad de la Castellana o un nuevo centro comercial. Era apasionante escucharlo hablar de sus proyectos porque los veías tan irreales que, cuando por fin se hacían realidad, era como magia. Antes de que su conversación se fuera por las ramas, Almudena lo recriminaba cariñosamente y él se marchaba feliz a su ordenador, a pesar de ser domingo por la tarde. Cuando pasó aquella etapa, les regalé un par de entradas para un musical, no el de *El rey león*, que, aparte de que ya lo habían visto, eran muy caras; era otro que estaba empezando ahora y que aún era asequible para una recién divorciada como yo. Y también me quedé con sus hijas para que salieran a gusto. Es de bien nacido ser agradecido.

Pero el tiempo pasa, aunque no queramos, aunque nos sintamos con el poder de parar el mundo; aunque creamos que una situación, la nuestra, se vaya a hacer eterna. Pues no lo es, y año y medio después tengo la certificación, mi diploma de divorciada feliz, aunque a veces...

No ha sido fácil. Y más viendo que Ernesto, el ex, era capaz de hacer eso que nunca había hecho de un modo tan eficiente. Nos veíamos con asiduidad, no éramos de los que dejábamos a los niños en las recepciones de nuestros trabajos para no cruzarnos el uno con el otro. Al contrario, yo agradecía encontrármelo, hablar con él, preguntarle por su vida, y me gustaba que él me preguntara por la mía. Me hacía sentir que yo todavía formaba parte un poquito de ella porque, desde luego, él seguía formando parte de la mía. Me gustaba cómo me trataba, cómo me miraba, ¿seguía enamorada de él? Puede que viviera un segundo enamoramiento, es verdad, ahora soy consciente de que esa situación existió. Lo veía con Ernesto y Rafa y lo identificaba como el mejor padre para mis hijos. ¿Qué había hecho? ¿De verdad lo que había pasado entre nosotros era tan tajante como para no volver a estar juntos? Parecía que fuera mi padre el que estuviera dentro de mi cabeza. Entonces, en estos ataques de nostalgia, me obligaba a recapacitar y a revivir las situaciones de los últimos dos años: su mala costumbre de dejar la ropa sucia en el bidé que antes pasaba por alto y ahora me ponía negra; cómo colocaba el menaje en el lavavajillas de manera que yo tenía que ir detrás y recolocarlos de nuevo; otra mala costumbre, la de contarme sus cosas a última hora y como última mona; esa forma velada e inconsciente de menospreciar mi trabajo porque el suyo era más importante y el que realmente sostenía el hogar; en consecuencia, cómo se priorizaba todo lo que tuviera que ver con su trabajo. Sí, recuerdo una ocasión en la que mi editorial tenía que asistir a una feria y me propusieron ser yo la que la representara; dije que no con toda naturalidad porque ese fin de semana coincidía con un viaje de Ernesto por no sé qué tema laboral y alguien debía quedarse con los niños. Ni siquiera se lo pregunté, ni siquiera me cuestioné si su viaje de trabajo podría ser, ya no más o menos, sino igual de importante que el mío. Ahora lo veía con claridad, habíamos llegado a una situación que era difícil de arreglar desde la paz de un mismo colchón. Cómo me habría gustado ir a esa feria, igual hubiera conocido otras editoriales, igual hubiera sido una oportunidad para mí. Al menos tenía clara una cosa: tanto él como yo habíamos contribuido a que eso pasara exactamente de la forma en que pasó.

Así que el sol siguió saliendo día tras días después de la separación, siguiendo su línea curva sobre nuestras cabezas sin tener en cuenta que, a cada paso que daba, me era más difícil seguir. Hasta que comenzó a ser más fácil o más llevadero o más asequible. Y empecé a verlo todo con otros ojos. Dicen que en chino la palabra crisis es sinónimo de oportunidad. Yo escucho la palabra crisis y me tiemblan las piernas; las piernas estuvieron temblándome durante un año, durante ese periodo de crisis que se alargó en demasía y del que nunca creí que iba a salir. Al

final, fue mi oportunidad.

Porque, aunque económicamente no soy un ejemplo de nada, y los números rojos se acumulan en la página Excel en los últimos días del mes, ya aguanto verlos así sin entrar en pánico. A mi jornada laboral completa, sumé una colaboración con una revista de cultura local gracias a los contactos de Ernesto para sacarme un extra. Así que ahora llevo una sección de libros en una revista digital que conoce muy poca gente, pero que me llena sobremanera.

Capítulo 8

UNAS AMIGAS VINIERON A MI CASA

Y me sacaron a rastras. Ya había pasado un año y medio, Ernesto estaba viviendo con otra mujer desde hacía meses, casi desde el primer momento en que se acostaron, que con la edad que nos gastamos eso de ir merodeando de casa en casa ya no se lleva. Tenía dos años más que yo, lo cual me hizo cuestionarme ciertas cosas a nivel personal: si no se liaba con alguien más joven es que no eran mis carnes no prietas las que habían dejado de interesarle, aunque eso ya lo sabía yo de sobra. De todas formas, María, así se llamaba la nueva ocupante de sus días y de los días de mis hijos cuando le tocaban con él, estaba hecha toda una *runner*, una atleta que se había corrido las maratones de medio país y parte del extranjero. Tuve que soportar durante meses eso de: «Mamá, y tú, ¿por qué no llevas nunca mallas y botines? ¿Por qué vas siempre en vaqueros? ¿No haces ejercicio, mamá? ¿No te gusta?». No, no me gusta hacer ejercicio, no tengo tiempo, las mallas me sientan como un tiro y me aprietan donde no deberían, prefiero unos pantalones de chándal anchos que no se peguen a mi piel de melocotón; prefiero, no sé, adelgazar por inspiración divina y me gustaría que estar sentada durante un par de horas dentro de la vorágine que es mi vida se considerase ejercicio. Pero, desafortunadamente, no lo es. Y las mallas, aunque sean de colores sicodélicos, me siguen sentando como un tiro y apretando donde no deben.

No sé cómo Teresa, Almudena y Miranda se pusieron de acuerdo. Seguramente habían coincidido en algún grupo que yo hiciera para celebrar algo y rescataron sus contactos de ahí, no sé. El caso es que ahí estaban las tres, un sábado a mediodía en casa con un plan apetecible cien por cien. Porque yo me había convertido en una ermitaña, cuyas rutinas se habían pronunciado más aún desde que pensé que teniendo rutinas se me haría más fácil todo esto del divorcio y de la aceptación de mi nueva situación. Claro que algún que otro día había salido al cine con mi madre; claro que Almudena, su marido, sus hijas y yo habíamos quedado para tapear en algún bar del barrio; claro que alguna vez me había quedado a tomar una cerveza después del trabajo un viernes (los viernes que Ernesto recogía a los niños del cole); pero poco más, no tenía ganas, no me apetecía, ¿por qué tengo que hacer cosas que no me apetecen? Ya hice suficientes en el pasado.

—¡Hemos venido a celebrar tu ascenso! —Miranda entró como una tromba de agua en mi casa, llenándolo todo. Ahogándome con tanta impulsividad.

—¿Qué ascenso? —Me quedé estupefacta dejando entrar a las otras dos con sendas sonrisas beatíficas.

—Pues el que te acaban de dar, mujer.

—No me han dado un ascenso.

—«No me han dado un ascenso, no me han dado un ascenso». —Miranda gesticulaba

intentando imitarme sin éxito—. Entonces, lo de hacerte cargo de la nueva sección de novela, ¿qué?

—Qué, nada. Me dan una nueva sección, la monto yo, pero, de momento, no hay retribución alguna. Dime qué ascenso es ese.

—El ascenso de la realización personal, Maca, que a veces hay que explicártelo todo. Anda, dame una cerveza.

—¡Si estás dando el pecho, Miri!

—Desde ayer no, desde ayer soy oficialmente de nuevo una persona independiente. Y mi hija también. Mis tetas vuelven a ser solo mías.

—Anda, contadme, y vosotras, ¿de qué os conocéis? —les pregunté señalándolas una a una.

—De ti. —Almudena fue a la cocina para hacerse con varias cervezas—. Eres nuestro punto en común. Las he llamado yo. Hay que aprovechar que no tienes a los niños para darnos una vueltecita por la ciudad.

—¿Y tu familia, Almudena?

—¿Ahora vas a preguntar por nuestras responsabilidades? Si estamos aquí es que están todas organizadas. —Miranda me hacía un gesto desairado con la mano.

—Qué pocas veces había venido yo a tu piso, me gusta tu cocina, a pesar de no tener isla. —Almudena gritaba desde la cocina—. ¡Y tiene mucha luz, no sé qué le ves de malo!

—Que no tiene isla, eso le veo de malo.

—Pero, mujer, ¿no has pensado en una mesita? Tienes espacio. —Almudena vino con tres cervezas y un zumo de naranja—. Y esto para Teresa, que tiene que conducir.

—Teresa, hija, que no vives tan lejos.

—Ni una. —Y agarró su zumo de naranja y se puso a bichear por el salón—. No me has invitado nunca a tu casa, Maca.

—No digas eso.

—Verdad, miento, una sola vez, al principio de casada, creo que no tenías la mitad de los muebles. Me gusta.

—Si no has venido es porque no has querido.

—En eso tienes razón. —Asintió y tomó un trago de zumo.

—Resumiendo. —Miranda levantó su mano y nos miró a todas—. Estamos a tiempo de que Maca se dé una ducha y se arregle y salgamos a almorzar. Y luego, de ahí hasta donde el cuerpo aguante. Después de haber dejado a cuatro criaturas bien acogidas con sus diferentes padres, tengo que aprovechar la ocasión, quién sabe cuándo se va a volver a producir semejante casualidad cósmica.

—¿Ducharme?

—Ducharte. Tienes el pelo hecho unos zorros. Venga, dale rápido.

No me resistí, entre otras cosas porque me apetecía muchísimo salir. Nunca había juntado a aquellas tres mujeres. Seguramente la cosa saldría bien si no se extendía mucho en el tiempo. Así que me llevé mi cerveza a la habitación y, como si fuese una adolescente, me miré en el espejo y me dije: «¡Vas a salir!».

Capítulo 9

PARA SALIR NO HACEN FALTA MÁS QUE UNOS VAQUEROS MONOS

Me lo decía Miranda dando voces desde el salón. Ya lo sabía yo, pero era tanto el tiempo que hacía que no salía de esa manera, que qué iba a saber yo de vestir para la ocasión. «¡Que no vas a una boda!», joder, hasta ahí llegaba. No me iba a emperifollar como la invitada perfecta, pero ¿qué tenía en mi armario? Poca cosa. Me decidí por unos vaqueros blancos, regalo de mi madre por mi último cumpleaños. Y un top lencero negro de hacía como cinco años y que parecía que había guardado precisamente para aquel sábado.

Me negué a maquillarme en exceso y parecerme a esas maduritas en las que se podría rebañar el maquillaje con una espátula, con mi crema hidratante de color bastaría, algo de colorete (del mismo colorete me daría en los ojos) y labios rojos. Me los pintaría Teresa, que era una experta.

—¿Qué tal estoy? —Aparecí en el salón extendiendo los brazos y ofreciéndome a mi público.

—Guapísima, ya era hora de que te animaras.

—Ahora que lo dices, sí, tengo ganas. ¿Adónde vamos? —dije frotándome las manos divertida.

—He reservado en un restaurante cerca de Sol, Ginger se llama. —Teresa sacó una tarjeta de su bolso y nos la enseñó a todas, como si pudiéramos leer lo que ponía ahí.

—Yo es que sin gafas... —Almudena se dio la vuelta y agarró los botellines vacíos para llevarlos a la cocina—. Me fío de lo que hayas escogido.

—Y yo voy donde me digan, con tal de salir, como si es un McDonald's.

—Pues yo no, déjame ver. —Y le quité la tarjeta a Teresa—. Qué interesante, creo que a este fue mi jefe con su mujer la semana pasada. Buena elección, Tere.

—Yo fui con Pablo hace un mes y nos encantó. —Sonrió satisfecha mientras guardaba la tarjeta de nuevo en el bolso, como si estuviese escondiendo un tesoro.

—Tú sales poco, ¿verdad, Teresa?

—Pues como casi todas, Miranda. —No nos pasó desapercibido el tono ofendido.

—Ya.

—Bueno, ¿nos vamos? —dije para aliviar la tensión—. ¡Un momento! Colonia. —Me fui dando una carrerita a mi dormitorio, me puse unas gotas de perfume de rosas detrás de las orejas, porque ahí es donde siempre te decían que te lo pusieras, y agarré al vuelo un par de pendientes que estaban abandonados en el platillo de la cómoda.

Ahora sí estábamos listas para salir.

El Ginger resultó ser un restaurante coqueto y nada fuera de lo normal, aunque para mí fue como un lugar mágico por la ocasión. Mi top lencero estaba enterrado en finas y numerosas capas de ropa porque el frío de diciembre era insoportable, pero aun así me sentía feliz y tenía ganas de pasarlo bien. Un revulsivo interior me mantenía el culo inquieto y la sonrisa perpetua en la cara. Almudena y yo nos dedicamos gran parte del almuerzo a aliviar la tensión entre Miranda y Teresa, está claro que no hubieran sido amigas nunca a juzgar por las pullas que se tiraban la una a la otra. Yo tampoco le quise prestar mucha atención a eso porque, sinceramente, no creía que una salida así se fuese a repetir mucho. Así que, a veces, las dejaba para ver hasta dónde podían llegar, como a mis hijos. En una de esas, me levanté al baño solo por perderlas de vista un momento. Después de todo, se habían puesto de acuerdo para sacarme de mi vida monótona y ermitaña, lo mínimo que podía hacer era intentar pasar por alto estos momentos.

—Hola. —Una voz jovial y masculina me habló desde detrás y yo me volví exhibiendo mi sonrisa perpetua.

—¡Hola!

—Esperando, ¿no?

—Sí. —El baño era unisex y los dos debíamos esperar la misma cola.

—Te he visto antes, hacéis mucho ruido. —Y se rio de una forma enigmática, que no supe si tomarme a mal. Le seguí el rollo.

—Bueno, unas más que otras.

—Eso sí.

—Y tú ¿trabajas aquí...?

—Sí, pero solo hoy, he venido a echar una mano. Mi amigo es el gerente y se le han caído dos camareros, necesitaba gente y me ha llamado a mí.

—Ahm...

—Cuando terminéis, ¿tenéis pensado ir a algún sitio?

—¿Cómo? —Y la chica que estaba en el baño salió pidiendo disculpas para poder pasar por delante de nosotros. El lugar era tan estrecho que me tuve que pegar al camarero que hacía horas para un amigo en apuros. Pude oler su aroma, una mezcla de jabón, colonia fresca y sudor. ¿Qué había sido aquello? ¿Qué había pasado allí abajo? ¿Un agujonazo de deseo? Definitivamente, estaba muy mal. Entré y cerré la puerta con la preocupación de que aquel chico, porque no tenía otro nombre, hubiera notado mis sensaciones por esa distancia tan pequeña que hubo entre nosotros. Pero ¿qué me pasaba? Era una mujer de casi cuarenta, con dos hijos, divorciada, autosuficiente en todos los aspectos, ¿ahora me venía mi cuerpo con esto? Madre mía, tenía las bragas algo mojadas. Y me entró la risa floja.

Salí del cuarto de baño todavía riéndome.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, cosas mías. Me preguntabas si después vamos a algún sitio, seguramente sí, pero no sé adónde.

—Pues espérame que ahora voy a la mesa.

—¿Qué?

—Tengo que entrar rápidamente, si no, vamos a tener un espectáculo.

—Sí, claro, claro.

Cuando llegué a la mesa, ya estaban los postres. Las chicas me habían esperado y no habían probado ninguno, y ahora Miranda y Teresa hablaban concentradas sobre el mejor biberón para la recién nacida de Miranda. Milagrosamente, las dos coincidían. Perfecto.

—Sí que has tardado, Maca.

—Es que había cola. ¿Empezamos? —dije observando los postres para compartir que habían colocado en el centro de la mesa y empuñando ya la cucharilla, decidiendo cuál de ellos probar primero—. Estoy deseando meterle mano a la tarta de queso, tremenda pinta que tiene.

—Hoy nos saltamos la dieta, ¿no? —dijo Miri mirándonos a todas.

—Hoy no hay dieta que valga —respondió Teresa alcanzando la cucharilla.

—Señoritas... —El camarero que le hacía un favor a su amigo se plantó delante de nosotras.

—Uy, de todas, la única señorita es esta —dijo Teresa señalándome y riéndose como una adolescente.

—Ah, es importante saberlo. Bueno, la casa os invita a un chupito y luego, como me han dicho que seguís la fiesta, os puedo proponer varios sitios. —Algarabía general. Yo sintiendo cosas y aquello era solo para captar clientes, sí que estaba desfasada. Sería la víctima perfecta para cualquiera—. Yo a ti te conozco... —le dijo a Miranda. Y ella, que estaba encantada de conocerse, sonrió satisfecha—. A lo que iba, os acompaño a un garito que ha abierto mi amigo un poco más abajo.

—¿Nos acompañas? —Casi me atraganto con la tarta de queso que, por cierto, estaba riquísima.

—Ajá, echo horas para un amigo, pero recoge él. Entonces, ¿en quince minutos vengo a por vosotras?

—En quince minutos vienes a por nosotras —dijo Almudena, algo achispada por las cuatro copas de vino que llevaba ya en el cuerpo. A mí el vino también me había hecho algo de efecto y me pareció maravilloso.

—¡Maravilloso! —Se ve que lo dije en alto.

El garito resultó ser un local con una iluminación nefasta. Nunca me gustaron los sitios así en mi juventud, y ahora menos aún. No les encontraba el punto, a mí me gustaba ver qué tenía delante. No podía dejar de pensar que sí, que tenían su sentido, a más oscuridad, más oportunidad. Pero es que nunca había sido yo muy de enrollarme en los rincones oscuros de una discoteca, con la música atronando en los oídos y rodeados de cuerpos sudorosos. Porque allí, a pesar de ser diciembre y de que fuera reinaba un frío de cojones, hacía un calor insoportable. Justo para poder quedarme con mi top lencero que creía que no iba a poder lucir en toda la noche.

—¿No os recuerda esto a la juventud? —Miranda hablaba extasiada mirándolo todo con expectación. La juventud, lo había dicho de una forma que nos ponía a nosotras en las antípodas de ella precisamente.

—Sí, me recuerda mucho. Ernesto odiaba este tipo de sitios.

—Ernesto odiaba todo lo que fuera hacer cosas de adolescentes, que a veces parecía que hubiera nacido mayor. —Miranda sabía de lo que hablaba, nos había conocido en la facultad y no solía acompañarme mucho a sitios así, de hecho, poco a poco fui yo la que dejó de ir. ¿Sería por su influencia por lo que creía que no me gustaban? ¿Y si me gustaban antes de que comenzase a salir con él? Un vértigo increíble me hizo tambalearme, o a lo mejor fue el vino. Pero deseché pensar más en el tema porque eran demasiadas cosas las que había dejado de hacer por Ernesto y podía descubrir más y eso me reportaba una sensación de inseguridad y me preguntaba si no me habría perdido demasiadas cosas en la vida y el bucle se retroalimentaba

incesantemente. Definitivamente, esa no era noche para reflexionar sobre ello porque, entre otras cosas, había sido decisión mía hacer o dejar de hacer.

—¿Quién es Ernesto? —El camarero se acercó a mí con una copa en la mano.

—Mi ex. —Cogí la copa que me tendía y le di las gracias, gracias por la copa y gracias por cortar de raíz mis pensamientos. Fui a por el monedero y me detuvo agarrándome por la muñeca. Di un respingo.

—A esta invita la casa. —Y me dejó la muñeca libre, pero yo ya estaba hiperventilando.

—Gracias.

—Entonces, Ernesto es tu ex. ¿Hace mucho que estáis separados?

—Año y medio.

—Mmm... Es bastante.

—El suficiente.

—¿El suficiente? ¿Para qué? —¿Podía ser que este chico estuviera haciendo que me ruborizase como si fuera una niña de veinte años?

—Para todo. —Fuera su intención o no, no iba a amedrentarme.

—Nosotras vamos a pedir. —Almudena se acercó y me sonrió con misterio. Luego desapareció con Teresa y Miranda y ya no las volví a ver. Luego pensaría si este camarero que le hacía un favor a su amigo no sería en realidad un gigoló que hubieran contratado mis amigas.

—Vale.

—¿A qué te dedicas? —El camarero volvió a la carga cuando mis amigas desaparecieron cerca de la barra. No sabía yo que había tanta gente que salía desde la tarde.

—¿Cómo?

—Que a qué te dedicas.

—Trabajo en una editorial.

—Qué interesante.

—No te creas, hasta ahora solo publicamos manuales de oposiciones.

—Apasionante. —Y me reí con verdadera razón porque había dado tanto en el clavo de lo que había sido mi vida laboral hasta ese momento sin conocerme de nada que me sorprendió.

—Tú lo has dicho, mi vida laboral ha sido muy apasionante. Pero ahora tengo esperanzas.

—¿Sí? —Arqueó las cejas y se reclinó un poco hacia mí para escucharme mejor, o para hacer como el que me escuchaba mejor.

—Ajá, queremos montar un sello de novela. —Qué demonios hacía yo contándole a un desconocido el futuro de mi vida laboral en medio de un local oscuro y lleno de gente, con la música rompiendo mis tímpanos.

—Maravilloso.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No. Ven. —Y me agarró de la mano y me llevó al fondo del local a través de la masa de personas que hablaban y reían a voz en grito—. Aquí estaremos más tranquilos, al menos me enteraré mejor de lo que me dices. Me decías algo de un sello de novela, ¿tienes ganas?

—¿Que si tengo ganas de montar una cosa así? Lo estoy deseando, pero no sé ni por dónde empezar. Pero dime tú, ¿qué haces cuando no ayudas a tu amigo en el Ginger? —Ahora hablábamos como las demás parejas que nos rodeaban, rozándonos los oídos con los labios. ¿De verdad importaba lo que dijéramos?

—Me falta terminar el proyecto de la carrera y seré licenciado.

—¡Licenciado! —Pero ¿cuántos años tenía este chico? Y antes de que pudiera preguntarle la

edad, pasó de rozar sus labios con mi oreja a pasarla por delante de mis labios esperando que yo le respondiera. Y le respondí.

Capítulo 10

LO QUE SENTÍ CASI NO PUEDO NARRARLO

Yo, hasta ese momento, había besado a tres chicos en toda mi vida, contando a aquel adolescente desgarbado con el que jugaba al final de mi niñez durante los veranos en el pueblo de mis padres y con el que empecé a sentir cosas que nunca antes había sentido. Pero eso fue un casto beso en los labios y unas risas nerviosas y tontas posteriores. Nada que ver con los besos con lengua detrás de los altavoces de una discoteca de los 90, cuando tenía unos dieciséis, con un chaval de mi instituto con el que me crucé al lunes siguiente fingiendo que no nos conocíamos de nada; y, por fin, Ernesto, con el que perdí la virginidad a los diecinueve. No era una lista muy extensa, aunque, viendo los antecedentes, algo meteórica para los 90. A todos los efectos, solo había estado con un hombre, con Ernesto, y me sentía como si fuera una adolescente a la que acaban de dejar salir por primera vez sin hora.

Sus labios eran tan tiernos. Recuerdo esa sensación, desde luego, los de Ernesto eran más secos, pero no porque tuviera ya más de cuarenta, siempre había sido una persona enjuta, atractiva en su pequeño volumen, y eso se traducía en todo él. Sus labios eran dos finas líneas de las que no podías esperar mucha voluptuosidad. Andrea, que así se llamaba el camarero que ayudaba a su amigo y de cuyo nombre me enteré más tarde, era tan diferente. Con sus movimientos, su lengua llegaba a todas partes, creo que no dejó lugar de mi boca sin investigar; y a la vez, sus manos acompañaban el suave oleaje de sus besos moviéndose por todo mi cuerpo. En un descanso, miré alrededor, ¿estaría la gente mirándonos? No lo hacía nadie.

—Vaya, ¿qué ha sido esto? —Me reí mientras me limpiaba un poco de saliva de la comisura de los labios.

—No sé, pero tenía ganas de hacerlo desde que te vi entrar por las puertas del Ginger.

—No te creo.

—Sí, créeme. Pero pensaba que me iba a costar más.

—¿Me estás llamando fácil? —Miré hacia arriba enfadada de verdad.

—¡No! No me malinterpretes. No quería decir eso.

—Vale, porque no lo soy. —Cogí la copa y di un trago largo. Los efectos del vino de la cena se habían evaporado y el *gin-tonic* que tenía en las manos estaba aguado por el hielo. Con esto quiero decir que sabía lo que hacía, porque me apetecía tanto. Tenía tantas ganas. Mi cuerpo me lanzaba mensajes bien claros sobre lo que quería, los latigazos de deseo eran tan fuertes que por qué ignorarlos. ¿A quién tenía que rendir cuentas? A nadie, salvo a mi cuerpo—. ¿Quieres venir a mi casa?

La mirada de Andrea me dejó helada. Me agarró la mano libre y me la llevó a sus pantalones. Ahí noté que la respuesta era un sí rotundo. No puedo negar que ese gesto me ruborizó, no estaba

acostumbrada, pero, qué demonios, lo acababa de invitar a mi casa, ¿qué esperaba? ¿Qué me dijera que quería un té con pastas?

Salimos y el frío me despejó la mente como no puede hacerlo otra cosa que no sea el frío seco e intenso de diciembre en Madrid. Y me sorprendí albergando las mismas ganas que antes de que Andrea se viniera conmigo a casa. No hizo falta llegar hasta la parada de taxi, conseguimos uno de camino.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Andrea. —Y sonrió con una carcajada leve que me volvió un poco loca de deseo. No parecía verdad que me sintiera tan a flor de piel.

—Yo, Maca.

—Lo sé.

—No suelo hacer esto.

—Lo supongo. Ni yo.

—Ah, ¿no?

—No, no suelo ir a por las mujeres que entran en el Ginger, la verdad.

—Bueno, pues me sentiré afortunada y halagada, aunque a lo mejor no en ese orden. —Y me reí más fuerte de lo normal, en un vano intento de no parecer estridente. Al menos, no me había maquillado en exceso, la mezcla podía ser mortífera para mi imagen.

Llegamos a la puerta de mi bloque. Por un momento, tuve miedo de encontrarme con algún vecino. No era relativamente tarde, ¿qué hora sería? Las siete, las ocho... ¿Y si se presentaban mis padres? Lo subí a casa como una exhalación. Apenas cerramos la puerta, empezamos a besarnos. Era todo tan nuevo para mí. No me refiero al sexo, claro, sino a la persona, a la situación. Supongo que con Ernesto había habido esa furia, ese anhelo al principio, ya no lo recordaba; desde luego, ahora con Andrea me faltaba el tiempo para tenerlo entre mis piernas y sentir sus envites. Me sobraba todo, su camiseta, sus pantalones, mis bragas, todo. Porque todo eran obstáculos. Me dejó llevarle por la entrada, atravesar el salón y llegar a través de un pasillo a mi habitación. Esa habitación que no había conocido otro hombre que Ernesto. Esto tenía que pasar, yo no me iba a mantener célibe toda mi vida, pero qué raro todo.

Caímos en la cama como si una columna se volcara sobre el suelo, al peso. Él se levantó, se terminó de quedar desnudo y se puso el preservativo. Mientras lo hacía, pude observarlo en su totalidad y me quedé sin respiración, era tan atractivo. Me terminó de quitar el vaquero y las bragas, porque la parte de arriba ya hacía un rato que había quedado en el suelo de la entrada. No hubo que esperar mucho más, creo que los dos estábamos tan ansiosos de que pasara que, cuando lo recibí y abracé sus caderas con mis piernas, se metió raudo dentro de mí emitiendo un sonido gutural que me dio más empuje y con mis movimientos le pedí más. No tardamos. Esa primera vez fue rápida, más que rápida, frenética. Mientras se balanceaba, destrozaba mi pecho con una de sus manos y con la otra se sostenía a unos centímetros de mí, para poder mirarme a los ojos. Me miraba atento y dejaba que yo le agarrara del pelo, le tirara, le pellizcara los glúteos. Cuando sintió que yo me había ido, siguió moviéndose con virulencia algo más, pidiéndome que aguantara un poco y, por fin, se fue él también.

Estaba exhausta. Éramos dos cuerpos sudados sobre las sábanas descolocadas. Me empecé a reír nerviosa.

—¿Qué pasa? —Se volvió y me acariciaba con un dedo el vientre—. Nunca se habían reído tanto conmigo después de hacerlo. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, en realidad, nada. Es que esto... esto es tan... ¡raro!

—¿El qué? ¿Hacer el amor? —Lo miré con cara extrañada—. ¿Follar? —Cambiar el concepto me dio más risa aún—. Ven, a ver si te hace gracia esto. —Me volvió boca abajo y me dejó hacer, a ver hasta dónde llegaba él. A ver hasta dónde llegaba yo.

Se puso a horcajadas sobre mí, escuché un papel rasgándose, supuse que el preservativo, y luego se tumbó en mi espalda y tuve conciencia de lo grande que era, más que Ernesto. Pero ¿por qué no hacía más que compararlo con mi ex? Era inevitable. Me agarró una mano y me la inmovilizó arriba, con la otra se abrió paso hacia mi pubis. Mientras me susurraba guarradas que no llegaba a entender del todo, porque quizá lo más importante no era lo que decía sino cómo lo decía, su voz ronca y su aliento sobre mi piel. Mi respiración estaba acelerándose, mi cuerpo respondía a sus movimientos y, en uno de ellos, sus piernas abrieron las mías y encontró el camino hasta penetrarme de nuevo. Fue explosivo. Después tomó mi mano libre y la llevó con la suya a mi pubis, nos movíamos a la vez. Y también nos corrimos a la vez.

Esta vez no me reí, caí rendida y nos dormimos. Solo para despertarnos a media noche y comenzar de nuevo.

Ahora

Capítulo 11

QUE EL SOL DE DICIEMBRE CALIENTA ES COMO DE MENTIRA

Ni calienta ni alumbra ni deslumbra. Pero hace que un domingo por la mañana se vea de otro color. Nos sentamos junto a la cristalera de una cafetería a un par de calles de mi casa. No es que me estuviera escondiendo, es que era el único lugar que ofrecía un desayuno decente un domingo. También tenía que ver cierto reparo, pero eso no importaba.

—No está mal el café de aquí. —Andrea le había echado dos sobres de azúcar a su café. Supongo que el exceso tenía que ver también con la edad.

—Con tanto azúcar que le has puesto, habrá perdido hasta el sabor original.

—No te creas. —Y me devolvió una sonrisa traviesa antes de tomarse otro sorbo de café—. ¿Te traes a todos tus ligues a desayunar?

—¿A todos mis ligues? —Por Dios, que tenía casi cuarenta.

—Sí, a todos tus ligues.

—Tú eres mi primer ligue desde que me divorcié.

—Joder, vaya responsabilidad. —Y me atraganté con el café.

—¿Por qué?

—¿Hacía año y medio que no estabas con un tío?

Hacía un año y medio que no estaba con un tío, hacía año y medio que no estaba con nadie, ni física ni mentalmente. Lo sabía bien porque justo la noche antes de que Ernesto y yo decidiéramos poner punto y final a nuestro matrimonio, nos habíamos despedido con una noche de sexo tierna y eterna. De esas que te dejan exhausta, sobre todo, psicológicamente. Aunque a unos les afecta más que a otros, porque él pronto tuvo recambio para su cama y yo había dejado pasar dieciocho meses.

—Justo, día arriba, día abajo. Ernesto y yo nos despedimos a lo grande la noche antes de separarnos.

—Vaya. —Y se reclinó en su silla. Parecía más joven que por la noche. La barba incipiente le daba un aspecto desaliñado de serie juvenil. Ahora que me fijaba, cuando sonreía, lo hacía de lado. Y sus ojos eran de un color oscuro intenso. No dejaba de sorprenderme lo atractivo que era.

—¿Sorprendido? No deberías, has estado muy bien. —Sonreí mientras me llevaba un bocado de tostada a la boca.

—Me alegro de haber pasado el corte.

—Lo has hecho con nota.

—Si quieres volvemos a tu casa otra vez. —Qué ímpetu, aparte de que no creía que pudiera físicamente aguantar mucho más, y aunque el plan me parecía maravilloso, tuve que rehusar.

—No va a poder ser, mis hijos vienen a almorzar.

—¿Hijos?

—Sí, dos. Cuatro y siete años. —Se quedó pensativo—. Ya puedes salir corriendo. —Y me entró la risa floja.

—No, no voy a salir corriendo.

—Bueno, pues despacio, poco a poco. No me voy a asustar.

—Trabajabas en una editorial, ¿verdad? —Su cambio de tema me sorprendió, pero fue un giro de timón muy efectivo, la conversación estaba yendo hacia lugares que prefería que se quedaran inexplorados.

—Ajá, y escribo sobre libros en una revista cultural.

—¿Cuál?

—*El Mosaico*. —Y lo miré con atención—. No la conoces.

—No, perdóname.

—No te preocupes. —No parecía preocupado—. Dime, ¿por qué estás tan interesado? —Me fascinaba su intento por propiciar una situación normal. La situación no era tan normal, al menos, no para mí. Antes de que pudiera contestar, seguí yo, a pesar de tener la boca llena de tostada de mantequilla y mermelada, que me explotó por la comisura de los labios—. ¿Y qué estudiabas tú?

—Estudio Diseño Industrial.

—Ajá, Diseño Industrial, me lo vas a tener que explicar también, es de esas cosas que escuchas, pero que no sabes qué es exactamente.

Se inclinó sobre la mesa y cruzó un brazo sobre la encimera, con el otro gesticulaba con la tostada en la mano dando bandazos de un lado a otro.

—A ver, digamos que el envase de tu zumo favorito, ese que ha cambiado últimamente, lo he podido diseñar yo.

—¿Tú has diseñado...?

—No, no, no lo he diseñado yo, pero podría haberlo hecho.

—Ahm, ya voy entendiendo. No debes de aburrirte, ¿no?

—No, la verdad es que me gusta bastante.

—¿Y te queda mucho para terminar?

—De hecho, solo el proyecto. Ahora estoy también con una beca, la cosa va lenta. —Hablar de sí mismo como profesional le imprimía carácter, lo hacía parecer mayor. Pero luego volvía a tener esa expresión de despreocupación que junto a la palabra «beca» lo situaba de nuevo en la casilla de salida.

No hablamos mucho más. Yo tenía que volver a casa a organizarla para darle la bienvenida a mis monstruos y él tenía que hacer no sé qué del proyecto; estaba diseñando algo especial, pero no quería decirme nada porque, a su modo de ver, podía traerle mala suerte, no contármelo a mí, sino contarlo en general. Me picaba la curiosidad, pero tampoco insistí. Intercambiamos los teléfonos en la mesa del desayuno. Entre los platos llenos de migajas y aceite y los vasos de café vacíos, ambos deslizamos una servilleta con nuestros respectivos números, como si nos hubiéramos conocido en los noventa. Nos miramos a los ojos, más relajados, medio sonriéndonos, como si con la mirada nos pudiésemos decir más que con las palabras.

—A ver quién es el primero en llamar... —soltó él con una medio carcajada.

—Seguro que yo.

—¿Y eso? —Parecía realmente sorprendido por mi sinceridad.

—Porque lo de anoche me gustó mucho. —Y me guardé la servilleta en el bolsillo trasero del pantalón. Un pantalón que más tarde echaría a lavar.

Capítulo 12

HASTA QUE NO LOS VI, NO SUPE LO QUE LOS HABÍA ECHADO DE MENOS

Los niños entraron como dos vendavales en casa. Acababa de limpiar y el aroma del producto friegasuelos aún se mantenía en el ambiente, eso sería lo único que se mantendría en breve, porque a los treinta segundos ya habría migajas de no sé qué podía ser por el suelo.

Ernesto me dio dos besos y me pidió una cerveza.

—¿Qué tal ha ido? —Yo trasteaba en el frigorífico en busca del último botellín. El día anterior las chicas habían acabado con las escasas reservas que tenía.

—Muy bien, los niños se han adaptado muy bien a María. —Me sorprendió el comentario, pero como estaba de espaldas no pudo ver mi cara de estupor.

—Me alegro mucho, es importante.

—Me gustaría que la conocieras. —Así que era eso lo que buscaba con la cerveza y con el primer comentario.

—¿Por qué? —Me volví para alargarle el botellín. Ernesto estaba apoyado en la encimera con las piernas cruzadas por los tobillos y miraba el suelo. Siempre había sido interesante. Había cambiado de gafas, qué detalle que me hubiera fijado en eso, pero es que la elección de gafas nuevas siempre fue un evento en casa. Salíamos unas mil veces para comparar precios, monturas y calidades. Desde que se pronunciaba la frase «necesito gafas nuevas» hasta que efectivamente comprábamos unas podían pasar dos o tres meses perfectamente. Y ahí estaba él, con unas gafas nuevas. Entonces agarró el botellín e hizo una mueca de desconcierto.

—¿Qué me miras?

—Las gafas.

—¡Ah! —Y en su cara se dibujó toda la historia de nuestra historia con las gafas y esbozó una sonrisa melancólica—. He tardado mes y medio.

—Un nuevo récord.

—María no entiende que haya tardado tanto en decidirme.

—Ya lo entenderá. Dime, qué importancia tiene que yo conozca a María, ¿tú confías en ella para estar con nuestros hijos?

—Sí, absolutamente —contestó a la defensiva.

—Pues ya está, yo también. —Y le vi un gesto extraño—. Es ella quien quiere conocerme. —No lo pregunté, lo afirmé entendiendo la situación.

—Sí, dice algo así como que es importante que te conozca, que ella pasa mucho tiempo con tus hijos y que deberías saber quién se queda con ellos y un montón de cosas más que no me acuerdo.

—En cierta forma, tiene razón. El hecho de que no se me haya ocurrido a mí me hace pensar que quizá sea un poco mala madre.

—No digas tonterías.

—Ya, bueno, lo podemos arreglar. Algo rápido, ¿no? —Hablando así, sentía todavía cierta complicidad entre Ernesto y yo, al margen de su nueva pareja. Como si lo que teníamos él y yo fuera diferente y nadie pudiera formar parte de ello más que nosotros dos. Ilusa.

—Una cena.

—¿Cómo? —Debí sonar algo más chillona de lo normal.

—Lo tiene todo planificado.

—¿Es de las que lo planifican todo? —No había reproche en mi voz, pero a él no le cayó bien.

—Le gusta pensar las cosas y hacerlas. —Ese era un dardo envenenado, yo era de pensar las cosas y procrastinar.

—Vaya pullita, Ernesto. —Él permaneció callado—. Ya hablaremos de eso, me parece bien.

—¿El próximo fin de semana?

—Por favor, cuéntame cuáles son tus planes completos y así podremos comenzar a hablar de verdad. —La sensación de la complicidad compartida se había esfumado en solo unos segundos.

—¿Te parece bien una cena el fin de semana que viene? En nuestro piso.

—¿Y por qué no dentro de dos semanas?

—¿Y qué hay de malo el sábado que viene?

—Que es muy precipitado.

—Tienes una semana.

—Bueno, pues necesito adaptarme al plan, parece mentira que no me conozcas. —Bufé como un toro y puse los ojos en blanco.

—Vale, dentro de dos semanas.

—¿Tenías planes dentro de dos semanas? —En su trago rápido a la cerveza vi que sí.

—No. —Sí los tenía.

—Pues estupendo, en dos semanas en tu piso.

—¡Chicos, me voy, un beso! —Con eso, dio por terminada la conversación. Ni él ni yo queríamos aquella cena, pero nos habíamos visto obligados a ella.

Ernesto se incorporó y dejó el botellín a medias sobre la encimera. Yo lo observaba con los brazos cruzados, sosteniendo un vaso de agua, echada sobre el marco de la puerta que daba al lavadero. Estaba guapo, tranquilo. Me hubiera gustado preguntarle por su trabajo, por sus padres, hacía semanas que no hablaba con mi exsuegra. La llamaría esta tarde sin falta. Pero las conversaciones cada vez eran menos íntimas, se limitaba todo a los niños y, de momento, afortunadamente, no daban muchos problemas. Nos despedimos con un gesto de la mano, como si estuviésemos saludando a un indio. Los niños salieron en tropel y se lanzaron a su cuello. Cuando la puerta se cerró por fin, porque la despedida parecía no terminar nunca y yo los observaba por encima del borde de mi vaso de agua, Rafa, el pequeño, se dio la vuelta y me dijo muy serio: «Le iba a decir a papá que se quedase un poquito más, pero como sabía que me iba a decir que no, no se lo he dicho». Acto seguido se fue corriendo para su cuarto y yo me tomé de dos tragos lo que le restaba de cerveza al botellín que mi ex había dejado y le di una vuelta a las patatas con tomate que tenía en el fuego.

Capítulo 13

A VECES ME PREGUNTO SI FUE LO MEJOR PARA ELLOS

Con el primer trago de cerveza, pensé que quizá no fue lo mejor para ellos. Para mí, seguro que sí. Mi vida disfruta de una calidad que antes, aun siendo bastante buena, no tenía. Pero ellos, no sé, estoy dudosa. ¿Hubiera sido mejor aguantar juntos? Y que nos hubieran visto pelear; si no discutir, sí tratarnos mal, con pullas constantes, como las que ya nos lanzábamos antes de decir basta; que crecieran en esa normalidad, que creyeran que una pareja era eso y su relación, la amargura eterna.

Con el segundo trago de cerveza, llegué a la conclusión de que no, de que hicimos bien. A pesar de que las palabras de Rafa todavía tronaban en mi interior como una tormenta eléctrica en un día caluroso de verano. ¿Nunca se irían del todo estos pellizcos intempestivos?

Capítulo 14

DOS ME LLAMARON POR TELÉFONO Y OTRA SE ACERCÓ A CASA

La que se acercó a casa fue Almudena. En bata de guatiné, llamó a mi puerta mirando a su alrededor por si algún vecino la pillaba in fraganti. «Que yo no soy de ir así por el edificio», me dijo bajito entrando como una ladrona en mi casa.

Era de noche, los niños dormían y Almudena y yo nos acomodamos en el sofá del salón.

—Yo también me voy a tener que comprar una bolsa de agua caliente, qué bien sienta. — Almudena se acurrucaba en un rincón del sofá, tapada con mi manta de borreguito y adueñada de mi bolsa de agua caliente—. ¿No tienes palomitas? Es broma, es broma... Cuenta, ¿fue muy impetuoso?

—¿Por qué se identifica juventud con ímpetu?

—Porque una cosa lleva a la otra.

—Pues tienes razón. —Bajé la mirada recordando a medias.

—Venga, Maca, no te hagas más de rogar. Te viniste con él a casa, os vi esta mañana salir del portal. —Me dio una patada en la pierna y me animó a hablar con un gesto.

—¿Me has espiado?

—No, solo que escuché tu puerta y me asomé a la ventana para confirmar que eras tú la que salía.

—Entonces me estabas espiando.

—Llámalo como quieras. —Y se hizo un breve silencio porque ya no se admitían más bromas.

—Bueno, fue espectacular, Almu, no sé cómo he podido estar tanto tiempo sin eso.

—Sin eso te refieres a sin sexo, ¿no?

—Evidentemente, sin sexo. No te voy a negar que ha sido raro, date cuenta de que yo no he estado nunca con otro hombre que no fuera Ernesto, pero una vez que me liberé de ese pensamiento y me dejé llevar...

—¿Cuántas veces?

—Más de tres. —Lo dije algo avergonzada y parapetada tras un cojín.

—¡Más de tres! —Almudena se irguió en su sitio y abrió los ojos realmente sorprendida.

—Y una de ellas en la cocina. —Se echó las manos a la boca para ahogar una exclamación que despertara a los niños y yo volví a esconderme—. A horcajadas... —Mi voz salía ahogada a través de la espuma del cojín.

—Eso no lo he hecho yo nunca.

—Ni yo. —Solté el cojín en el sofá y me recosté—. Os iba a reñir por haberme dejado sola de esa forma tan poco delicada o, mejor dicho, tan evidente. Pero, mira, la verdad es que os lo

agradezco.

—Lo sabía, bueno, lo sabíamos las tres. A ti lo que te hacía falta era mambo... —Y se rio de su ocurrencia—. Y este chico nos lo puso a huevo, todas nos dimos cuenta de cómo te miraba con cada plato que traía.

—¡Venga ya!

—¿No te diste cuenta?

—¡No! Hasta que no se presentó en la cola del baño, ni había reparado en él.

—Pues te echaba unas miradas cada vez que dejaba un plato en la mesa, que te comía con los ojos, chica. Cuando se lo dije al arquitecto esta mañana, me comentó que normal, que estás de muy buen ver.

—¡Qué me dices! —Ahora era yo la que se erguía en el asiento y abría los ojos a más no poder.

—No te creas, no me cayó bien, pero luego me llevó al baño y me quitó las tonterías. —Se rio entre dientes y suspiró.

—Nos hemos intercambiado los teléfonos.

—Mira qué mono, como antiguamente.

—De todas formas, si no nos hubiésemos intercambiado los teléfonos, no nos podríamos ver de nuevo.

—O sea, que para ti es más que un rollo de una noche. —Esa afirmación me dejó desconcertada. ¿Era algo más que un rollo de una noche? ¿No sabía yo lidiar con rollos de una noche?

—Bueno, puede ser un rollo de dos noches, ¿no? —No todo tenía que ser blanco o negro.

—Claro, Maca, de dos noches o de tres. El caso es que te ha venido bien salir, ¿verdad?

—De maravilla.

—Pues, entonces, yo me voy a casa que me espera un hombre en la cama, que seguramente esté ya dormido. Y mañana hay que madrugar.

Nos levantamos del sofá a la vez y, cuando estuvimos de pie, me dio un abrazo.

—No sabes cuánto me alegro.

—Parece que follar está muy bien valorado.

—No seas mal hablada que no te pega. Tú sabes a lo que me refiero. Esa cabeza tiene que empezar a vivir el presente, y ahora tu presente es otro muy distinto al que era hace año y medio.

—Lo sé.

—No, no lo sabes, Maca. O, por lo menos, no lo sabías hasta anoche.

—Te vuelvo a decir: tener sexo no es la solución a los problemas, de todas formas. —Me puse seria y le ajusté el cuello de su bata de guatíné.

—Y yo te vuelvo a decir que tener sexo es solo un síntoma. Venga, se acabó, un beso.

Se fue arrastrando sus zapatillas y, al llegar a la puerta, se volvió con sorpresa:

—¡No te lo he dicho! Tengo un retiro espiritual dentro de poco, ¿te apetece?

—No.

—No seas tan negativa, mujer. —Y dio una patada en el suelo, le frustraba mi negativa continua a acompañarla a ese tipo de cosas.

—Ya sabes que no me van mucho los retiros espirituales. —E hice la señal de las comillas con mis manos—. Y tengo mucho trabajo.

—Esa es otra de las cosas que tienes que intentar cambiar: probar cosas nuevas.

—¿Y un retiro espiritual es algo nuevo?

—Para ti, sí. Piénsalo. —Y se dio un toquécito en la sien.

—Ya te digo yo que no.

—Piénsalo. ¡Chao!

Capítulo 15

ES LA TERCERA VEZ EN LO QUE VA DE CURSO

Es la tercera vez que llego tarde a recoger a los niños al cole. Y solo estamos en el primer trimestre. Esta vez, han llamado a Ernesto y me lo he encontrado en la puerta del colegio con los niños ya dentro de su coche. Ha sido duro, como si tu padre te pillara in fraganti con tu novio de turno en su dormitorio, desnudos. A mí nunca me pasó, pero supongo que las sensaciones se deben de parecer.

—Me han llamado —me dijo nada más verme, no perdió el tiempo en saludarme.

—Y a mí, no entiendo por qué te han tenido que molestar.

—Porque es la tercera vez que te pasa. —Los niños nos miraban desde dentro del coche a la expectativa, como si estuvieran en un cine.

—La editorial quiere lanzar el nuevo sello en un mes, hay mucho trabajo.

—Ya. —Su cara era de «y a mí qué coño me importa».

—Estaba hablando con un autor.

—Ya. —Y abrió la puerta del coche—. Venga, chicos, salid, al coche de mamá.

—Gracias. —Bajé la mirada a los niños y los animé dándoles cariñosamente en la espalda.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Cómo? —Y levanté la vista espantada.

—Que si necesitas ayuda.

—No, si me he enterado, pero... —Me cogió mal de reflejos y no tenía con qué responder.

—He hablado con María y podría ocuparse de recoger a los niños cuando tú no puedas.

—Yo sí puedo recoger a los niños, Ernesto, han sido tres días de error de previsión.

—No, lo digo porque ella ya se encarga de venir a por ellos los martes y los jueves, si tiene que acercarse algún día más...

—¡Mamá! ¿Vas a tardar mucho? —Rafa daba golpecitos en el cristal de mi coche impaciente.

—¡No, cariño! Ernesto, te lo agradezco mucho, os lo agradezco mucho a los dos, pero puedo yo. No volverá a ocurrir. Me tengo que ir.

Y tendría que hacer una llamada al colegio para decirle no sé el qué, pero algo, algo que me ayudara a desalojar de mi cuerpo la ira que se me acumulaba en cada rincón, que me corría por las venas haciendo que mi ceño se frunciera sin poder evitarlo. Porque, ¿de verdad podía garantizar que eso no volvería a suceder? Me senté pesadamente en el asiento del conductor y cogí el volante con ambas manos, tan fuerte que me hice daño en los dedos.

—Ernesto, hijo, ¿quién es tu mejor amigo del cole?

—¿No lo sabes, mamá? —Su voz sonó dolida.

—Sí, cariño, sé que es Pedrito...

—No lo lames Pedrito que no le gusta.

—Pedro, sé que es Pedro. Pero últimamente me hablas mucho de Julio. Además, Pedro no está en el comedor... ¿Quién es tu mejor amigo del comedor?

—Adrián.

—Muy bien, Adrián, debo tener el teléfono de su madre por aquí. ¿Te parece que el día que se me haga tarde os recoja la madre de Adrián?

—Sí.

—Perfecto.

Arranqué el motor y me introduje en el tráfico como quien se aleja del infierno. No quería volver a ver aquel escenario, al menos, hasta el día siguiente; olvidar que mi ex, con toda la tranquilidad del mundo, con toda su buena voluntad de padre dolido que no quiere montar una escena delante de sus hijos, me había ofrecido su ayuda, o más bien la ayuda de su novia, que ya se encargaba de sus hijos en los días alternos que le tocaban. Masqué mi enfado y lo descuarticé dentro de mi boca, lo tragué como una bola y sonreí a través del espejo retrovisor porque Rafa, el pequeño, estaba cantando a voz en grito la última canción de Aitana, que seguramente habría escuchado en la radio con María, porque a mí no me gustaba y, cada vez que salía, cambiaba el dial.

—*Hola, Nuria, soy la madre de Ernesto. Perdona que te moleste, pero me gustaría pedirte un favor. Últimamente he tenido algún problema para llegar a tiempo a recoger a los niños en el comedor. No es normal, solo han sido tres ocasiones y solo ha sido un cuarto de hora de retraso, pero no me gustaría que el colegio me llamara de nuevo. ¿Te importaría recogerlos si me vuelve a pasar? Te avisaría un poco antes y yo los recogería inmediatamente. Sin compromiso, por favor, si no puedes, me dices. ¡Gracias!*

—*Claro, Maca, no te preocupes. Vivimos cerca del colegio, te pasas por casa y los recoges allí. Ya me dices.*

Asunto arreglado.

Capítulo 16

ESTA NOCHE ES LA CENA EN CASA DE MI EX

—¿Y te apetece?

—¿Conocer a la perfecta novia de Ernesto? En absoluto.

Andrea me acariciaba la cicatriz de la cesárea con verdadero interés. Su mano la tocaba, la rodeaba y se iba más abajo sin yo saber nunca dónde iba a terminar. Pero que estuviéramos aquel sábado por la tarde tumbados en mi cama, desnudos bajo el edredón nórdico y con las piernas enlazadas no había sido tan fácil, de hecho, estuvo a punto de no pasar nunca.

Días antes

Después del encontronazo con Ernesto en la puerta del colegio, vinieron tiempos convulsos. Nuria, la madre de Adrián, acabó siendo un encanto de mujer. Tras el intercambio de mensajes, la llamé una mañana y estuvimos hablando casi media hora, ella metida en el cuarto de baño y yo delante de mi tostada, que se quedó tiesa e incomible, pero me dio igual. Ya la conocía de algún cumpleaños, de alguna fiesta escolar, pero nunca habíamos intimado. Ahora, la necesidad había hecho que me viera obligada a ello y lo agradecí muchísimo.

Y al día siguiente del error, María se encargaría de recoger a mis niños y les pondría las canciones de Aitana en el coche y yo no podría hacer nada porque ella había sido tan considerada al insistir en conocernos y una sensación de angustia me subía por la garganta y miraba a mis hijos y me repetía: «Pero a ellos los he parido yo». Y me sentía mal por pensar así, porque aquello ni era una competición ni yo me tenía que sentir menos, porque era una adulta, joder, y tenía que mirar las cosas como si lo fuera, aunque por dentro me berreara una criatura de tres años. Suspiré sonoramente y me dejé caer en mi cama, los niños por fin estaban dormidos. Algo me molestó en el trasero y me palpé el bolsillo del pantalón, haciendo fuerza entre el culo y el colchón. Y ahí estaba, un gurrúño de papel compacto, casi deshecho, con tonos de tinta azul vahído. El teléfono de Andrea había desaparecido delante de mis narices y ahora de lo único de lo que tenía ganas era de llamarlo y tomarme una botella de vino con él; que nos emborracháramos y me follara como lo había hecho hacía apenas cuarenta y ocho horas. Todavía me dolían las piernas, pero quería olvidar por un momento el embrollo de mi vida. A veces, pensar en él era la única forma de mantener a raya la angustia y el estrés. Porque, aunque mi madre me preguntaba cada vez que me veía si necesitaba ayuda, al parecer ya iba captando que mi vuelta con Ernesto era inviable, yo me negaba a aceptar más allá de lo absolutamente necesario: eran mayores, se habían merecido una vida lejos de las responsabilidades acuciantes

después de años de trabajo y ahora estaban con el IMSERSO en Albacete. ¿Qué había en Albacete? No lo sabía, pero era emocionante verlos viajar. Y yo no me veía así, nunca podría llegar a tener esa tranquilidad.

Frustrada, tiré el gurrño de papel a un rincón de la habitación, era insalvable. Al principio, pensé que llamarlo justo el día después de habernos visto habría sido quizá demasiado pronto; ahora cualquier otra posibilidad también quedaba fuera de toda realidad. No lo podría llamar nunca. Atrapé una lágrima con mi lengua antes de que cayera al vacío, evitando una imagen aún más desoladora de mí misma; me puse el pijama, encendí el portátil y me puse a escribir la última recomendación literaria del mes. Iba a ser la primera vez que escribiera una opinión sin haber leído el libro, caía en barrena. Le puse tres estrellas sobre cinco porque el autor me agradaba sin llegar a volverme loca y monté un texto bastante pasable en el que no se vislumbraba demasiado si me había gustado o no la lectura. Lo envié a la revista a las doce y media de la noche. Cuando me dormí, serían las cuatro de la mañana.

—Mamá, ¿qué es esto? —Rafa estaba de pie en la entrada de mi habitación, descalzo, con el pelo revuelto de toda la noche dando vueltas en su almohada.

—¿Qué, mi vida? —Yo hacía la cama sin dejar que se hubiera ventilado la habitación.

—Este papel. —Y me di la vuelta y lo vi con la servilleta de papel compacta en la mano. La estaba desenrollando y leyendo en voz alta—. Seis, cuatro, dos...

—Espera, trae. —Di un paso hacia él y, como se dio cuenta de que podía ser importante para mí, salió de la habitación corriendo y enarbolando el papel con su pequeña y peligrosa mano. No es que yo pensara que me volvería a hacer falta, estaba inservible, pero prefería que me lo devolviera.

—¡Seis, cuatro, dos, cinco, seis...!

—¡Rafa, ven ahora mismo!

—Pero ¿por qué? —Su voz aguda se me metía en el cerebro y no me dejaba pensar.

—Seis, cuatro, dos, cinco, seis, cuatro, uno, uno, cuatro... —Ahora daba saltitos en mitad del salón mientras canturreaba los números.

—¿Cómo? Repite... —Me detuve en seco, como si delante de mí hubiera una bomba a punto de explotar.

—Seis, cuatro, dos, cinco, seis, cuatro, uno, uno, cuatro...

—A ver, ven, dímelo otra vez, pero espera que coja un papel y un boli. —Me di la vuelta lentamente y me acerqué a la mesilla del salón, para coger uno de los tantos bolígrafos medio gastados que mis hijos acumulaban por doquier. No vi papel por ningún lado, serviría la palma de mi mano—. Ahora.

—Seis, cuatro, dos, cinco, seis, cuatro, uno, uno, cuatro... —Rafa estaba exultante y repetía el número de teléfono en bucle y con una seriedad pasmosa. Si lo decía exactamente igual una y otra vez era porque tenía superpoderes y veía efectivamente los mismos números una y otra vez, no se los inventaba.

—¿Cómo has podido leer todos estos números?

—Porque están escritos aquí, mamá. —Me habló como si yo hubiera dicho una tontería y mostró triunfante el trozo deshecho de papel.

—Ahí pone un número, pero yo soy incapaz de distinguirlo.

—Pues yo sí puedo, mamá. —Y levantó el mentón orgulloso.

Corrí a la cocina a apuntar el teléfono en el cuaderno de las listas de la compra y, una vez hecho, observé satisfecha el papel nuevo y reluciente con el 642564114 apuntado en todo el centro, las manos me temblaban como si contuvieran un tesoro. «El tesoro del sexo», pensé y me reí yo sola.

—¿De qué te ríes, mamá? —Rafa me había seguido y me había observado confuso.

—De nada, mi amor, vete a vestir que llegamos tarde al cole.

—Como siempre.

—Como siempre, sí, y no es por mi culpa.

A las diez de la mañana es demasiado pronto para llamar por teléfono. En realidad, para alguien que está trabajando o está con una beca, por la mañana es un momento nefasto para recibir una llamada personal. Dejé pasar el tiempo ultimando detalles del catálogo de novela que mi editorial iba a lanzar en menos de un mes. Con dos títulos garantizados, íbamos a empezar poco a poco, pero con ímpetu, queríamos sacar los dos títulos para Navidad y asegurarnos un éxito, al menos, discreto; que el nombre de la editorial calara con este nuevo sello. Daríamos voz a gente desconocida y eso me había encantado, pero también me había dado un trabajo extraordinario: buscamos entre finalistas de premios locales, mantuvimos abierto durante un plazo demasiado extenso la recepción de manuscritos y, aunque habíamos contratado los servicios de lectores externos que nos hicieron informes de lectura a tutiplén, yo había leído manuscritos sin descanso. En mi casa se amontonaban torres de papel que amenazaban con caerse, mi *tablet* dijo basta cuando acabé con la capacidad de su memoria. En la oficina, tenía la sensación de vivir en la locomotora de un tren antiguo y estar echando paladas de carbón sin cesar. Pero ya veíamos la luz. Y la luz de mi cabeza ahora enfocaba a un chico diez años menor que yo que había conseguido algo que no sabía que necesitaba: excitación, dejadez y relajación.

A la hora de comer, me escabullí de mis compañeros y me fui sola a un lugar de tapas no muy lejos de mi oficina. Me senté en una mesa apartada y puse el móvil y el papel con su número juntos sobre la encimera, que yo los pudiera ver bien. ¿Lo llamaba o no lo llamaba? Era pronto, iba a parecer desesperada, pero es que lo estaba. Solo con pensar en su sonrisa de medio lado casi me corría del gusto. Sé que era la novedad, el morbo y la carne, pero qué más daba si me proporcionaba esas sensaciones tan gustosas. ¿Lo llamaba o no la llamaba? ¿Por qué estas reticencias? Había experimentado verdadera euforia cuando escuché dos veces seguidas el número de teléfono de Andrea en la voz chillona de mi hijo de cuatro años. Además, nadie me aseguraba que realmente ese fuese su número, a saber lo que Rafa había entendido de ese papel húmedo y casi deshecho. Después de darle un trago a mi Shandy sin alcohol, pulsé la pantalla táctil de mi móvil y llamé con la esperanza de que Rafa, efectivamente, se hubiera equivocado.

—*Hola, soy Andrea, ahora no puedo atenderte, si es importante me dejas un mensaje. Si no, llama más tarde. Gracias.*

No había considerado esa posibilidad. El contestador: el demonio, el infierno de las situaciones incómodas. Colgué inmediatamente. Era su número, no había duda: el dueño de ese número se llamaba Andrea y la voz grabada se parecía sobremedida a la de mi amante. Amante, sí, había pensado en esa palabra y era exactamente lo que Andrea era ahora mismo, mi amante. Solté el móvil en la mesa y le pegué un bocado con ganas a mi montadito, tenía hambre, había ciertas cosas que ni la turbación más extrema podía evitar y yo tenía que comer. Por el amor de Dios.

—*Hola, soy Andrea, ahora no puedo atenderte, si es importante me dejas un mensaje. Si no, llama más tarde. Gracias.*

—*Hola, Andrea, soy Maca. Seguro que no te sorprende que te llame, ya te dije que me adelantaría. ¿Te apetece que nos veamos esta tarde? Los niños no llegan a casa hasta las ocho. Venga, ya me dices.*

Me habría faltado por decir: «Y necesito sexo».

Capítulo 17

¿QUIÉN LLAMABA A LAS CUATRO DE LA TARDE?

Los comerciales del Círculo de Lectores ya no existían porque ese sello había desaparecido, los que se dedicaban a querer leer tus facturas de luz y gas solían pasarse por las mañanas, Almudena estaba de retiro espiritual en la sierra de Madrid —actividad a la que tuve que negarme con vehemencia, aun cuando podría haber ido fácilmente dejando a los niños con su padre esta semana—. Así que, ¿quién demonios estaba partiendo por la mitad mi siesta de veinte minutos? Dejé pasar la primera llamada y la segunda, al tercer timbrazo me levanté de un salto con cara de mala leche y ganas de bulla y cuando me asomé a la mirilla toda esa ira se desvaneció.

—¿Qué haces aquí? —Todavía me estaba quitando las lagañas.

—Eres tú la que me has llamado. —Andrea me miraba desde arriba, empapado, porque ese día llovía como si no lo fuera hacer más en toda la vida. Iba ataviado con una chaqueta gruesa de lana y una mochila de piel marrón que parecía poder escurrirse y solventar los problemas de sequía de un país de pequeñas dimensiones.

—Pero...

—Tenemos hasta las ocho, ¿quieres hablar?

—No. —Y de un pellizco en su chaleco lo metí en casa, cerré de un portazo y empezamos a desnudarnos con avaricia.

El primero fue de necesidad. Mientras me embestía con fuerza y yo hacía lo propio manejando mis caderas marcando un ritmo frenético, me daba pellizcos en los pezones que me hacían ver las estrellas, era como querer condensar todo en poco tiempo. Y lo estábamos consiguiendo, vaya que sí. Madre mía, cómo había obviado yo todo esto durante un año y medio, pero ¿estaba loca o qué?

—¿Cómo sabías que iba a estar en casa?

—Me llamaste, ¿no? —Andrea estaba boca arriba con los brazos detrás de la cabeza, tapado inocentemente hasta la cintura.

—Sí, pero tú no me devolviste la llamada. Podría haber hecho otros planes.

—Ya, tenía que arriesgarme, el factor sorpresa siempre me ha gustado. —Y me miró arqueando las cejas, haciéndose el interesante. No hacía falta que se hiciera el interesante para seducirme, ya me tenía en el bote, vaya si me tenía.

—Tiene su aquel, la verdad es que sí.

Me deslicé sobre él y me encajé sobre sus caderas, ya le había puesto el preservativo antes, así

que no hubo interrupciones. El segundo de la tarde fue más lento, menos urgente, pero igual de satisfactorio.

Más tarde, Andrea y yo nos mirábamos por encima de las tazas de té humeantes, sentados en las butacas de la barra de la cocina. No había querido café y a mí también me había dado pereza tomar cafeína, la noche me lo agradecería.

—Si no me hubieses llamado tú hoy, lo habría hecho yo.

—¿Hoy?

—Ajá, esta noche. Lo tenía planeado. —Asentía pensativo aspirando el vaho de su taza.

—¿Planeas esas cosas? —Yo daba pequeños soplidos a mi té, intentando sin éxito que se dejase beber.

—No, es cuando iba a poder hacerlo con tranquilidad. —Y se encogió de hombros sin darle importancia.

—Esta tarde no se te veía muy nervioso.

—Esta tarde me he saltado dos clases para poder venir aquí.

—Pero...

—Y toda la responsabilidad es mía, no hay que discutirlo. —Y cortó mi respuesta sonriéndome con sorna—. El rollito maternal te lo puedes ahorrar. —Él bebía de su taza como si el líquido que contenía no estuviera a una temperatura anormalmente alta.

—Vale.

—¿Este fin de semana...?

—Tengo a los niños.

—Ah, vale.

—El jueves, si quieres.

—No puedo faltar más a clase.

—Ah, claro.

Y lejos de sentirnos raros, nos hacía gracia. Hasta que sonó el timbre. El timbre de casa. No el del telefonillo. El de casa. La sonrisa se esfumó en un instante.

—Pero ¿qué hacéis aquí tan pronto? —Después de confirmar a través de la mirilla mis sospechas, inspiré fuerte y abrí la puerta con una sonrisa forzada.

—Papá tiene una cena y nos ha traído antes. —Ernesto hijo pasó como una exhalación dejando su mochila húmeda en la entrada. Rafa pasó detrás de él como un soldadito obediente. «¡Hola, mami!», y Ernesto padre se paró en el quicio de la puerta con la mochila del kárate de los niños al hombro.

—¿No te lo dije? —Lo espetó en un tono relajado que realmente me molestó bastante. Esa seguridad, ese disponer a su antojo.

—No, Ernesto, no me lo dijiste. —Y le tendí la mano para que me pasara la mochila.

—Entonces se me pasó, de verdad, perdóname. —Se pasó la mano por el pelo, fingiendo una culpabilidad que realmente no sentía. Lo peor es que yo no podía reprocharle nada porque a la que le pasaba eso normalmente era a mí y él era tan comprensivo que nunca me había echado en cara mis despistes. Algo extraño porque, realmente, sería una muy buena arma arrojadiza, de hecho, lo había sido en su momento. Además, después de la metedura de pata del día anterior, mejor no salirse mucho del tiesto. Aun así, mi sangre seguía hirviendo, más o menos como el té que había dejado abandonado en la encimera de la cocina.

—¡Mamá! ¿Quién es este hombre que está aquí? —Noté cómo la cara me tornaba a roja y un calor me subía por la garganta, los brazos me hormigueaban y pude sentir la mueca de sonrisa

que puse.

—¿Un hombre? —Y Ernesto esquivó mi brazo extendido y entró ágilmente junto a mí dejándome paralizada en la puerta de entrada.

Cuando llegué a la cocina, Ernesto padre estaba tendiéndole la mano a Andrea, que actuaba muy natural, con su taza en la otra mano y volviéndose a sentar.

—Y yo soy Andrea.

—Yo tengo una amiga en clase que se llama Andrea —dijo Rafa desconcertado.

—Ya, aquí suele ser nombre de chica, pero Andrea es un nombre muy común para los chicos en el país de mi padre.

—En Italia, claro. —Mi exmarido valoraba la situación detrás de la barrera fantasma que normalmente alzaba cuando había algo que lo desafiaba.

—Aunque aquí ya no es tan raro tampoco, sobre todo si tienes una madre a la que le gusta lo exótico. —Y Andrea le dio un trago a su té, le guiñó un ojo a Rafa y me sonrió.

—Mamá, ¿quién es Andrea? —Y en ese momento, tras esa pregunta de mi hijo mayor, le di gracias a Dios de que no apuráramos nuestro devaneo sexual hasta los límites horarios de los que disponíamos y decidiéramos hacer un poco de conversación al calor de unas tazas de té, si no, la explicación podría haberse complicado hasta cotas insospechadas.

—Andrea es un amigo, mi amor.

—¿Dónde lo conociste?

—La verdad, lo conocí en un restaurante.

—¿Era el cocinero? —Y a Rafa se le abrieron los ojos de la emoción.

—No, pequeño, no sé hacer ni un huevo frito. —Y le desordenó el pelo divertido. Yo observaba la mirada ceñuda de mi ex y podía traducir la animadversión que le causaba que aquel desconocido se estuviese ganando a su hijo pequeño de un modo tan sencillo.

—Pues los huevos fritos están buenísimos.

—Lo sé.

—¿A ti te los hace tu mamá?

—Sí.

—A la mía le salen con puntilla y eso es muy difícil, están riquísimos.

—Entonces, le tendré que pedir a tu mamá que me haga huevos. —Y levantó la cara dando por terminada esa conversación surrealista con mi hijo pequeño a la que todos asistíamos con más o menos grado de estupor. Dejó la butaca y mostró una altura que distaba mucho de la de Ernesto, a pesar de que él ya era alto de por sí, pero Andrea lo era más y sonrió de nuevo al tendido—. Bueno, me tengo que ir... Eh, voy a por los zapatos. —Y señaló al interior del piso.

Pasó por mi lado y me dedicó una sonrisa solo a mí y me rozó la mano con sus dedos. Se movía tan grácilmente y chirriaba todo tanto en mi cabeza que no escuché la pregunta al principio.

—¡Mamá!

—Ay, dime, Ernesto, hijo.

—¡Que por qué no lleva zapatos!

—Pues porque llovía cuando llegó, por qué va a ser. —Y antes de que pudiese preguntarme que por qué no había dejado los zapatos en el lavadero, como lo obligaba a hacer a él lloviera o no, continué con la retahíla—. Y ahora encárgate de la bolsa del kárate que lleva tu padre —no puedo negar que dije esto último con algo de retintín— y mete las cosas en la lavadora.

Mi ex continuaba en silencio, un silencio raro, cargado, suspicaz. Me miraba con recelo. Yo

no acababa de entenderlo. Entonces Andrea apareció con sus zapatos y su chaqueta puestos y su mochila de piel todavía húmeda al hombro.

—Bueno, encantado de conocerte, Ernesto. ¡Y a vosotros, chicos! —Y levantó la mano desde la puerta de entrada.

—Si quieres, puede venir también a la cena del sábado.

—¿Cómo? —Me volví horrorizada hacia Ernesto.

—Que, si quiere, puede venir...

—Ya me he enterado, Ernesto, no creo que...

—Iré encantado, ya me dices, Maca. Ahora me tengo que ir, llámame. —Y me agarró de la mano y me la apretó significativamente, mirándome a los ojos.

Andrea se fue por las escaleras. Y cuando su presencia se esfumó, sentí un fuerte vacío en mi estómago. Miré a Ernesto con rencor, sí, con rencor, porque no sabía a qué había venido aquello último. En mi cabeza tenía tal madeja de sensaciones e ideas de lo que realmente había ocurrido que me era imposible desliarla.

—Creo que yo también me voy. —Ernesto estaba enfadado, no sé por qué. Se estaba mordiendo la lengua, lo conocía desde hacía ya demasiados años como para no darme cuenta—. ¡Niños, que me voy! —Pero no hubo contestación.

—Se habrán metido ya en la ducha —les excusé yo sin demasiado ánimo.

—Bueno, despídeme de ellos. Avísame de cuántos vais a venir al final a la cena.

—Lo haré, no te preocupes. —Ni que fuera a llevar a un equipo completo de fútbol.

—Venga, hasta luego.

—Adiós.

El portazo sonó a alivio y a desconcierto.

Capítulo 18

CREO QUE TIENE CELOS

¿Celos de qué, por el amor de Dios? Miranda era toda una fábrica de ruiditos calmantes de bebés. «Deberías grabarte y patentarte, lanzas un CD y te haces rica». Que ya lo había pensado, me dice. Su teoría era que Ernesto tenía celos, que le habían arrebatado su papel de hombre salvador de su exmujer y se había sentido desplazado. Yo no alcanzaba a verle el sentido, pero todo apuntaba a que debía de tener razón.

—Pues no le veo el sentido, la verdad, yo no me siento nada desplazada porque tenga a María.

—Un poquito sí, Maca.

—Un poquito, sí, Miranda, pero no se lo dejo ver. Tengo que reconocer que cuando le vi las gafas nuevas se me removi6 algo por dentro. —Y dej6 salir un resoplido. Al final, todo es bastante parecido a cuando tienes quince años, pero con casi cuarenta y con hijos que dependen de ti, no tienes tanto tiempo de menudear en tus sentimientos. La realidad prima.

—¿Ves?

—Pero por eso no voy y lo pongo en un brete.

—Ya, pero los tíos no funcionan igual que nosotras.

—Eso es una tontería.

—Eso es una tontería hasta que pasa.

—En fin, te dejo...

—No, no, no... No me llames para contarme tus penas y no tus alegrías. Cuéntame, qué tal con Andrea.

—Maravilloso. —Y suspiré con devoción.

—Lo sabía, es el poder de la juventud.

—Tampoco es tan joven.

—Chica, que tiene diez años menos, eso se traduce en diez veces más de energía. —Me reí porque se acercaba bastante a las sensaciones que yo experimentaba—. Te estás riendo.

—No puedo evitarlo.

—¿Tan bueno es?

—A ver, no he hecho nada fuera de lo normal, vamos, nada que no hubiera hecho antes con Ernesto. Pero date cuenta de que es el segundo hombre en mi vida con el que me acuesto, ¡el segundo! Y es como si estuviese estrenándome.

—¿Él tiene mucha experiencia? —La pregunta me dejó un poco confundida, debía de tener mucha, mucha experiencia.

—No lo sé, pero lo parece.

—Pero experiencia de todo, ¿ha tenido relaciones largas?

—Miranda, no me ha dado tiempo a hablar intimidades con él, tampoco vamos a casarnos.

—Sí, sí, eso lo dices ahora, ya me contarás dentro de un año. Por cierto, ¿lo llevarás a la cena?

—Ernesto se merece que lo haga, pero no, no creo.

—Si lo llevas, que no sea por venganza. —Y ahora hablaba muy bajito, casi no la podía entender, seguramente el bebé se había dormido.

—Creo que te dejo, ¿no? —Y empecé yo también a susurrar.

—Sí, voy a llevar a la nena a la cuna. No olvides mantenerme informada, tu vida es lo más emocionante que me ha pasado últimamente.

—No seas idiota. Un beso.

—Beso, chao.

No voy a llevar Andrea a la cena.

Capítulo 19

HABÍAN PASADO CUATRO DÍAS DESDE LA ÚLTIMA VEZ QUE VI A ANDREA

Justamente desde que salió de casa ante la mirada atónita de mi exmarido. Cuatro días desde que me agarró de la mano para despedirse. Cuatro días desde que bromeamos sobre cuándo podríamos volver a quedar porque él tenía responsabilidades académicas y yo responsabilidades infantiles. Responsabilidades, al fin y al cabo, aunque nunca hay que quedarse en la superficie.

Tampoco habíamos hablado. No había tenido tiempo de llamarlo, no era cuestión de egos y orgullos. Quedaban dos semanas para el evento de lanzamiento del nuevo sello, las dos novelas con las que íbamos a inaugurar estaban en sus últimos momentos de producción y la editorial era una bola de energía vibrante: nunca había tenido tanto trabajo y nunca lo había pasado tan bien en la oficina. Todos estábamos expectantes. Yo decidí escribir un artículo para la revista digital. En ello estaba cuando Ernesto entró como un torbellino en el despacho de casa y me puso sobre el teclado, que escupió unos cuantos caracteres sin sentido a la pantalla, un sobre amarillo chillón.

—¿Y esto qué es, Ernesto?

—La invitación.

—La invitación a qué, cariño. —Qué difícil se les hacía dar la información completa desde primera hora.

—¡Pues al cumpleaños de Javier!

—¿Qué cumpleaños de Javier, Ernesto? —Yo había subido la voz y ya me estaba levantando.

—¡El cumpleaños de Javier, mamá! ¡Te lo dije el miércoles!

—¡No me dijiste nada! —¿No me dijo nada? ¿Me lo dijo? En su gesto vi que no. Por un momento había dudado de mí misma.

—Es esta tarde, comemos en el McDonald's y vamos al cine. —Su brío había bajado porque sabía que no me lo había dicho.

—Pues no tenemos ni regalo. —Abrí el sobre: *El sábado a las dos en el McDonald's*. Miré el reloj, las doce y media. Ya no me daba tiempo ni a ducharme—. Venga, andando. Dile a tu hermano que se ponga los vaqueros de ayer.

—¿Y yo?

—Tú también.

Nunca mis hijos fueron tan rápidos a la hora de vestirse, nunca habían demostrado tal grado de urgencia por algo y habían cumplido las expectativas. Seguramente no volvería a suceder algo así y no iba a servir de nada que se lo recordase, pero tenía que decir algo: «Cuando soy yo la que tiene prisa por algo, bien que tardáis en poneros un pantalón». Y ni volvieron la cabeza.

Sabía que habían escuchado mi comentario, pero lo imaginaba como una gota de agua sobre un impermeable de los buenos: resbalando sin esperanza hacia la nada.

—¿Y qué vamos a llevar de regalo, mamá? —Ernesto, Rafa y yo corríamos por las escaleras porque esperar el ascensor era perder demasiado tiempo. Rafa saltaba los escalones y yo rezaba para que no se cayera y tuviésemos un accidente que nos trasladara directamente a una sala de Urgencias del hospital. Desde que era madre, podía ver el futuro con una nitidez pasmosa.

—Ya pararemos en el Lefties que está aquí al lado.

—¿El Lefties, mamá? —El tono agudo que le salió a ese niño mío al que parece que le va a cambiar la voz antes de tiempo me hizo notar que quizá no era lo que él tenía pensado.

—Si me lo hubieses dicho antes, mi amor —nótese mi ironía en este vocativo cariñoso—, podríamos ser más espléndidos, pero ahora el objetivo es no presentarnos en el cumpleaños con las manos vacías, ¿estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo. —Y siguió bajando las escaleras con determinación.

Hora y media y un chaleco de *Star Wars* después, estábamos los tres en el McDonald's con el corazón aún latiéndome como un poseso, luchando por tranquilizarse un poco. Ernesto vio antes que nadie el barullo de niños al fondo del establecimiento: gritos, globos y madres pasotas mirando de lejos. Me fui hacia ellas para unirme al aquelarre. Desde luego, no me hubiese gustado estar en la piel de la madre de Javier en aquellos momentos, aunque todas pasábamos por lo mismo tarde o temprano.

Rafa se había unido al grupo de su hermano, era muy tierno ver cómo se sentía uno más en ese grupo de mayores y más tierno aun cuando, a pesar de verse ninguneado muchas veces, hacía como el que no se daba cuenta. Yo lo notaba especialmente cuando volvía remolón a mi lado y me pedía el móvil con una sonrisa traviesa. Esta vez volvió a mí no porque lo ningunearan, era todavía demasiado pronto y Ernesto no estaba lo suficientemente cansado de su hermano como para darle de lado, volvió a mí por una cuestión más peliaguda.

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué pasa, cariño? —Lo cogí en brazos. Pesaba un montón ya, pero me quedaba poco de poder hacerlo, así que obligaba a mi espalda a hacer algún sacrificio de tanto en tanto.

—He visto a Andrea.

—¿Qué Andrea? —De verdad que no caía en quién podía ser Andrea, es más, en mi archivo mental buscaba a esa niña que estaba en su clase. Quizá había otra fiesta de cumpleaños, esperaba que no hubieran invitado a Rafa y que yo no hubiera pasado por alto uno de los miles de mensajes que llovían a diario en el grupo de WhatsApp del cole.

—¡Andrea! ¡Tu amigo, mamá! El que vimos el otro día en casa. —Las demás madres dejaron sus conversaciones y se giraron hacia nosotros, porque realmente esto era más interesante.

—Estás de broma, Rafa, no digas tonterías. —Yo sonreía presa del pánico buscando disimuladamente alrededor.

—¡No, mamá, nunca me crees! ¡Mira allí! —Y seguí su dedito amenazador.

Y miré. Y todas miraron. Aunque solo yo reconocí los hombros inmensos y esa barba de tres días perenne que se gastaba mi amante. Una de las madres se acercó a mí y me dio un codazo. «Chica, quién pillara a ese chaval». Daba igual a cuál de los dos chicos hacia los que señalaba Rafa se refiriera, rezumaban juventud por cada poro de su piel. Como también rezumaban juventud las tres chicas que estaban con ellos. Les pegaba tanto estar en el McDonald's, les pegaba tanto llevarse la pajita de cartón ecológico a la boca, ese vaso de Coca-Cola que yo ya había sustituido hace mucho por agua o vino; les pegaba tanto pedirse un Big Mac, les pegaba

tanto estar juntos entre risas. Lo que me chirrió un poco fue ver las manos de Andrea alrededor de la cintura de una de las jóvenes. —No tiene otro nombre, otra calificación nada más que la de joven—. Verlo reírse en su oído y mantenerle la mirada profunda durante más de tres segundos.

Yo me hubiera girado para no delatarme, pero Rafa se escabulló de mis brazos aprovechando mi consternación y se fue como una flecha para la mesa alta que ocupaban Andrea y sus amigos. Maldita sea, maldita sea, maldita sea todo en esta vida que no quiere salir bien.

—¡Hola, Andrea! ¡Hola, Andrea! ¿Te acuerdas de mí? —Siempre me pregunto qué tipo de atracción sienten los niños hacia la gente nueva y joven que se acerca a sus vidas. Con Almudena no son así, con las madres de sus amigos no son así. Observé cómo Andrea se volvía a mirar hacia abajo y reparé en cada uno de los cambios de su gesto. Soltó a su amiga de inmediato, sonrió y me buscó. Yo no me había movido de mi sitio, las demás madres me rodeaban como un organismo vivo de protección, como una coraza orgánica, fingían hablar de cualquier cosa, pero estaban al quite. Nos miramos y sonreí.

Andrea se levantó, despeinó a Rafa, que se sintió feliz por esa muestra de atención y me señaló. Cuando inició su camino hacia mí, yo hice lo mismo. Nos encontramos en mitad del local. Él sonreía con una sonrisa que le ocupaba toda la cara, una sonrisa sincera, se alegraba de verme. O eso o era muy bueno aparentando. Rafa se fue corriendo con los demás niños, ya había cumplido su función.

—Qué sorpresa, ¿no? —Y me dio dos besos demasiado cerca de la comisura de los labios. Podía notar las miradas de las madres a mi espalda.

—Ya ves, el McDonald's es un sitio idóneo para encontrarse a una madre y a un joven.

—¿Un joven? —Y se le escapó una carcajada que casi me hace desmayarme del soponcio. Esa carcajada la había utilizado en la cama, sitio en el que lo había visto más a menudo.

—Unos jóvenes. —Y señalé con la mirada a la mesa de sus amigos.

—Maca, ¿no estarás celosa? —¿Celosa yo? Celosa, no; confundida, puede.

—Celosa, no; confundida, puede. —Y me reí de lo sincera que había sido—. Andrea, no te pido explicaciones. Si Rafa no te hubiera reconocido, probablemente ni te hubiera visto. Vuelve con tus amigos, ya nos llamamos. Me ha gustado verte. —Mentira, no me había gustado verlo porque no me había gustado ver cómo le hacía carantoñas a otra mujer más joven y más tersa que yo, pero realmente era la única mentira que le había dicho.

—Qué rápido me dejas, ¿no? Espera, que me despido de ellos y, si no te importa, me tomo un café contigo. ¿Te importa? —Se inclinó tentadoramente sobre mí y su aliento me llenó las fosas nasales. Podría haber tenido un orgasmo allí mismo, en mitad de un McDonald's lleno de niños.

—¿El qué? ¿El café? No, claro que no, pero...

—Ahora vengo.

Yo volví a mi zona de confort junto a las demás madres y Andrea fue a despedirse de sus amigos. La chica que había colmado las atenciones de Andrea hasta ese momento puso cara de puchero (¡cara de puchero!, yo creía que eso solo pasaba en las películas) y se recogió su larga melena rizada y negra en un moño perfecto; no pudo evitar una mirada de reojo en mi dirección y acarició la mano de Andrea. Luego, él se reunió conmigo.

Capítulo 20

¿QUÉ SIGNIFICA PARA TI UN CAFÉ?

Para mí, un café significa muchas veces más de lo que parece. Es decir, ir a tomar un café es todo un protocolo social. Y a mí me chifla todo lo que tiene que ver con eso. Me gusta el café en sí, me gusta quedar para un café, me gusta hablar con el café, me gusta la hora del café... Me gusta todo del café. Y ahora me encantaba el café que me estaba tomando porque tenía a Andrea delante de mí en la mesita estrecha de la cafetería que había junto a la hamburguesería y era una situación que no había planeado; y también una situación nueva con él.

—Será un café corto, no creo que aquello dure mucho más. —Miré con urgencia hacia la cristalera que me daba acceso visual a mis hijos.

—¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy? Bien. Bueno, algo rara por la situación.

—Sí que ha sido raro, sí. Raquel no es mi novia, si es eso lo que te estabas preguntando. —Él giraba su taza con leves movimientos y no evitaba mi mirada para nada. Raquel, así que se llamaba Raquel.

—No me lo estaba preguntando, pero no está mal saberlo.

—Aunque sí estamos algo enrollados.

—Tampoco está mal saber eso. —Y probé el café y deseé no estar en mitad de un proceso de disminución del azúcar en mi vida, cuánto necesitaba un segundo sobre de azúcar en mi café, pero cuánto.

—Maca, tú y yo...

—Andrea, ¿yo te he pedido explicaciones? Quiero decir, nos hemos acostado varias veces, pero no hay nada serio entre nosotros, no estás obligado a decirme nada, de verdad. —¿Verdad? No me iba a poner a decirle que yo también podía tener encuentros con otras personas porque eso hubiera sido deprimente. Lo cierto es que sí que me había dejado un poco descolocada, no había barajado la posibilidad de que Andrea tuviera más amantes por ahí.

—Mira, Maca, me ha pasado una cosa antes cuando te he visto allí de pie. Te he mirado y me ha importado que me vieras tontear con Raquel. Es más, deseé que Raquel no estuviera. Qué te puedo decir, me ha importado y me ha sorprendido que lo haya hecho. —No dejaba de darle vueltas a su taza y a mí me estaba poniendo nerviosa porque veía el café derramado sobre la encimera de la mesa. Estuve a punto de reprenderle, pero paré a tiempo—. A la vez, cuando te he visto me he alegrado un montón. Sé que hoy te tienes que ir ya y que si estás aquí con tus hijos es porque te tocan este fin de semana, ¿te apetece quedar el martes de nuevo? —Sus ojos me decían que era sincero. Y, qué demonios, yo también tenía muchas ganas.

—Me apetece bastante, la verdad. Ven a mi casa. —Y me terminé mi café de un largo trago

que me calcinó el esófago.

—¿A la misma hora te viene bien?

—Perfecto.

Nos levantamos los dos a la vez. Yo me acerqué para darle un beso en la mejilla, pero me pilló desprevenida y me plantó un beso en la boca, con lengua y todo, que hizo que un cosquilleo me recorriera desde las puntas de los pies hasta las puntas de los pelos.

¿Qué significa para ti un café? Para mí, un café puede significar muchas cosas, una promesa, una certeza, un beso con lengua cuando esperabas un beso en la mejilla; un café puede significar una sorpresa, una coincidencia y hasta un punto y seguido. Todo eso puede significar un café.

Capítulo 21

NOS HEMOS ACOSTADO CINCO VECES

Y creo que voy a dejar de contar las veces que me he ido a la cama con Andrea. No es algo que yo soliera hacer cuando era joven, pero ahora las cuento como quien cuenta las salidas al campo: son pocas y hay que recordarlas.

No sé si esa conversación al calor de un café me vino bien o mal o no la supe interpretar. La cuestión es que, cuando nos vimos el martes, todo fue un poco diferente. Yo me había escapado de la editorial aduciendo que tenía una urgencia con los niños. A decir verdad, solo mentí en aquello de que era con los niños, porque la urgencia efectivamente existía. Tenía tanto trabajo que le di la oportunidad a la culpabilidad de salir a la luz durante un rato, justo el que duró mi trayecto a casa y la espera de unos minutos antes de ver a Andrea en la puerta de entrada con esa imagen tan de artista de cine. Ahora que lo pienso, la mente y la autosugestión tienen mucho que ver en la visión que tenemos de la realidad, pero sí que es cierto que todo el que ve a Andrea le aconseja que pruebe suerte en la tele. Me sonrió desde muy arriba y me besó tan profundamente que perdí la noción del tiempo. ¿Cuánto estuvimos besándonos en la puerta de casa como si fuéramos dos adolescentes? No sé, quizá quince minutos, quizá una hora, quizá solo treinta segundos.

—Te he echado de menos, Maca. —Cerramos de un portazo y nos apretujamos contra una de las paredes de la entrada.

—Uf, y yo también. —Yo atinaba a agarrarle el culo y poco más, creía que iba a explotar de excitación. Olía a jabón y a hombre. Esa mezcla de aromas no sofisticados, sin perfumes caros o baratos, según el caso; una pizca de suavizante para la ropa, un poquito de material de papelería y un pelín de sudor. Así olía Andrea. Y así no olía para nada Ernesto. Ernesto olía a su perfume de toda la vida, ese que me había enamorado desde que salíamos en la universidad y que el día de la boda le dio por cambiar por otro más caro, pero menos persuasivo. Nunca más volvió a usarlo y compraba su perfume preferido casi por cantidades industriales. Era una seña de identidad, de él y de su personalidad. Tuve un pinchazo de nostalgia en mi corazón, pero una mano de Andrea abarcando prácticamente toda mi teta derecha me devolvió al aquí y al ahora.

Nos lanzamos a un vertiginoso juego del sexo que no fue otro que hacerlo en estancias donde no lo habíamos hecho antes, menos la habitación de mis hijos, todas las demás: el despacho, el lavadero y la habitación de invitados. Esta vez tocó el despacho. Apartamos las cosas que había sobre mi escritorio; quitamos cuidadosamente el portátil, porque si lo retirábamos bruscamente y caía al suelo, no había posibles para uno nuevo; retiré las últimas pruebas que estaba corrigiendo de una de las novelas de próxima edición, también de un modo suave, que si se caían tendría que volver a ordenar las cerca de trescientas páginas que la componían; pero los lápices sí los barrí de

un manotazo acompañado de una carcajada. Él me cogió por detrás y me inclinó sobre la tarima de la mesa y empezó a masturbarme por encima de las medias y la ropa interior mientras me besaba el cuello y sentía su aliento en mi oreja derecha.

—Ya —le supliqué entre gemidos. Deslicé una mano hacia atrás para trastearle en el pantalón. Él entendió enseguida. Sin despegarse de mí, se bajó los pantalones, se puso el preservativo, me subió la falda y me bajó las medias y las bragas de una vez. Y ahí me penetró y yo vi las estrellas.

Las estrellas se ven todas juntas, como una explosión de placer. Yo había sido una mujer de tener orgasmos con Ernesto, pero esto estaba superando todos mis estándares. Quizá la novedad o el no recordar o yo qué sé, que fuera lo más próximo en el tiempo a lo mejor quizá hacía que lo sintiera de modo diferente, más divertido, más refrescante, más intenso. Acabamos exhaustos. Abrazados, con mi espalda contra él, respirando agitados. Andrea no se separaba de mí y me besaba en el pelo, y me pareció tan tierno y me gustó tanto que yo me enderecé y me acurruqué en su pecho. Se estaba bien allí.

De nuevo en la cocina, delante de otra taza de té humeante que empañaba un poco la visión, Andrea me habló:

—Estoy haciendo sillas puzle para niños.

—¿Cómo? —Negué con la cabeza sin comprender.

—¿Recuerdas mi proyecto fin de carrera? Son unas sillas puzle para niños. —Me quedé anonadada. No sabía cómo asimilar la información, porque en esas pocas palabras pude ver que había más significado que el que tenía la frase en sí.

—Qué chulo, ¿no? Pero..., Andrea, ¿por qué me lo cuentas? Me dijiste que no querías contárselo a nadie.

—Me apetecía contártelo a ti. —Y metió su cara en la taza y sonrió. Sonrió con esa sonrisa que lo cubre todo de buen rollo.

—Esto... —Yo titubeé porque no sabía qué decir realmente y no quería dejar un silencio que lo empañara todo.

—Esto es una proposición, ¿quieres que seamos más que un rollo sexual? No te digo que salgamos en plan morir juntos, pero, no sé, podríamos ir el jueves al cine, por ejemplo.

Y dije sí.

Capítulo 22

SOLO TÚ PODÍAS CONVERTIR UN ROLLO DE UNA NOCHE EN UNA RELACIÓN

«Tampoco es una relación», le contesté de mala gana a Teresa. Pero ella tenía razón, aquello tenía pinta de relación.

Esa tarde de miércoles, recién estrenada mi nueva situación con Andrea, había decidido ir a visitar a mis padres con los niños. Hacía dos semanas que no aparecía por casa y mi madre empezaba a impacientarse.

—También podríais venir vosotros aquí.

—¿Que tu padre coja el coche para ir al centro? Parece mentira... —Y mi madre chistó a través del teléfono en un gesto que yo imitaba cada vez más a menudo con mis hijos.

Sí, parecía mentira que yo aún me enfadase por ese tipo de cosas, pero así era la vida y había momentos en que seguía sin entenderlo. Afortunadamente, Teresa también estaba visitando a los suyos y allí nos vimos, en esa visita familiar que fue todo un despropósito: mi padre estaba echando la partida en la asociación de vecinos y mi madre se había ido a yoga a la media hora de llegar yo.

—Ya no os traigo más a los niños.

—Venga, no seas tonta, si aquí pueden jugar en la calle y donde tú vives no. Espérame, que la clase de yoga solo son cuarenta minutos y no puedo perdmela, que después me quedo atrás.

—Sí, vas a retrasarte porque faltes un solo día.

—No refunfuñes, cada vez te pareces más a tu padre.

Y con esa frase, mi madre daba por zanjadas todas las discusiones conmigo: mi padre y yo habíamos comenzado a tener mucho más en común de lo que yo creía. Mi madre se dio la vuelta en la terraza de la cafetería y doblando la esquina apareció Teresa. Iba de la mano de su hija, Paula, y me sonrió nada más verme.

—¡Maca! Qué alegría, no sabía que venías.

—Ni yo, la verdad, ha sido sorpresivo para todos. Y, aun así, mis padres tienen mejores cosas que hacer que estar conmigo y con sus nietos.

—Déjalos, pobres, están disfrutando de su vida.

—De eso no te quepa duda, hace nada que volvieron de Albacete.

—¿Albacete? ¿Qué hay en Albacete?

—Pues no sé. ¿Un café?

—Venga, uno rapidito, que mi madre me espera en su casa, le está haciendo un vestidito a Paula.

—¿Un vestidito?

—Sí, como los que yo usaba de pequeña. —E hizo un mohín de disgusto.

—Pero...

—No me digas nada, es una batalla perdida. ¿Dónde están los tuyos?

—En la plaza.

—Paula, guapa, busca a Rafa y juega con él.

—Pero Rafa es un niño, no quiere jugar conmigo. —Paula hizo un puchero y a punto estuvo de soltar alguna lágrima.

—Pues toma, invítalo a gusanitos. —Teresa sacó una moneda de su bolsillo y la niña la cogió encantada.

—Eso ha sido...

—Eso ha sido supervivencia. ¿Pedimos?

Teresa y yo nos sentamos en la única cafetería que había en el barrio desde el principio de los tiempos o, al menos, desde que ella y yo podíamos recordar. Ahora la llevaban las hijas de los antiguos dueños, que habían ido con nosotras al colegio. Todo era muy familiar en el barrio de mis padres. Una vez sentadas, con nuestros cafés por delante, nos pusimos al día:

—Solo tú podías convertir un rollo de una noche en una relación.

—Venga ya, Tere, tampoco es una relación.

—No, qué va, ¿entonces?

—Solo vamos a ir mañana al cine. Hace mil que no voy. —Yo daba vueltas al café, el azúcar hacía ya mucho que se había disuelto.

—Porque no has querido, porque poder, has podido ir perfectamente.

—No te voy a quitar la razón en eso.

—Y tampoco en lo de la relación.

—La cuestión es... ¿Se puede decir a nuestra edad que estoy *encoñada*?

—Perfectamente.

—Pues estoy *encoñada*, qué le voy a hacer. No solo lo bien que nos..., no sé, que nos compenetrarnos en la cama, que también; es... Mira, el otro día, después de hacerlo, nos quedamos echados mirando el techo. Yo le hablé de los dos libros que íbamos a editar en el nuevo sello de novela, de los argumentos, de los trabajos con las pruebas... No es que Ernesto no me escuchara, es que él...

—Es que él es nuevo y ahora mismo todo es novedad.

—Será eso. Pero me sentí muy cómoda contándole mis cosas, le vi interés real en lo que le estaba contando.

—Obsérvalo con perspectiva, no es que quiera quitarte la ilusión, pero Ernesto también te escuchaba, ¿no? Quiero decir, no sales de un matrimonio en el que te sintieras ninguneada.

—Ninguneada, no; que lo mío era menos importante, sí. Y eso lo sabes. —Y la señalé con intención, ella lo sabía y había presenciado varias escenas en nuestra vida, que así lo habían corroborado.

—Pero no...

—No era de forma exagerada, vale. Mi trabajo también era importante y todo eso, pero lo suyo lo era más y volver a sentir que lo mío es prioridad ha sido...

—Pero eso te lo ha dado el divorcio. A ver, Maca, no quiero hacer de abogada del diablo, pero, insisto, mira las cosas con perspectiva. Tú siempre has sido muy enamoradiza, te conozco desde que teníamos la edad de Paula.

—Joder, hace un mes tenía que salir como fuera y ahora... —Sentía impotencia.

—Y ahora te has embarcado en una relación con un hombre diez años menor que tú. Has pasado de nada a todo y las prisas no son buenas.

Menos mal que los niños vinieron a interrumpir nuestra discusión. Teresa se levantó y me dio un beso y un abrazo, me dijo que la llamara para lo que necesitara, «como siempre», y me guiñó un ojo. Paula se fue con la boca llena de gusanitos, más o menos la misma boca que traía Rafa. Fui a por Ernesto a la plaza, le mandé un mensaje a mi madre y me fui a casa.

Capítulo 23

TENGO GANAS DE IR AL CINE

Es un hecho, tengo ganas de salir y ver una película en pantalla grande. Lo podría haber hecho antes, como me dijo Teresa, seguramente, pero no lo he hecho. Y ahora tengo unas ganas tremendas. Y esta tarde voy a ir al cine con Andrea a ver no sé el qué no sé a dónde. Porque no sé ni a qué sala iremos. Es la primera vez que voy a ver a Andrea fuera de la cama, si obviamos la noche en que nos conocimos y que acabamos en la cama y la tarde del café intempestivo. Y tengo que reconocer que me hace ilusión.

Si me da por pensar, quizá esté dándole muchas ínfulas a esta seudorrelación que me he agenciado, no puedo evitar que las palabras de Teresa hagan mella en mí. Pero, por otro lado, es lo que me apetece hacer. A lo mejor yo no he nacido para rollos de una noche y soy carne de relación larga, no puedo asegurarlo porque prácticamente la única relación que he tenido en mi vida ha durado años y ha sido con Ernesto. Así que...

Andrea estaba guapísimo en la cola de la taquilla del cine. Cuando me vio, sonrió, su expresión cambió por completo y me recibió con un abrazo que colmó todas mis expectativas. Era tan agradable. Compramos palomitas, algo que yo nunca había hecho porque a Ernesto siempre le molestó comer en el cine y a mí me daba lo mismo. Pero he descubierto que sí que me gusta comer palomitas en el cine. Entramos a ver una de las que suenan para los Óscar, yo me enteré de bien poco, nos dedicamos a hacer manitas como dos adolescentes durante toda la película. Todavía me sorprende que nos quedásemos hasta el final. Teníamos pensado cenar fuera, pero acabamos en mi casa haciendo el amor en la cocina, que era donde nos pillaba más cerca.

—¿Y tus hijos no vendrán?

—¿No crees que si vinieran mis hijos te diría algo?

—Pues tienes razón. —Y Andrea me subió a la encimera de granito.

Después, en la cama y abrazados, me contó una cosa al oído que todavía no he olvidado: «La noche siguiente a la primera vez que estuvimos juntos, me acosté con Raquel. Entonces me di cuenta de que para mí ya eras algo más». Y se quedó dormido y yo no dormí en lo que restó de noche.

Cuando sonó el despertador, fue tan agradable despertar con el calor de otro cuerpo al lado. Es verdad que ya había dormido con él en una ocasión, y no hacía tanto, pero el contexto era bien diferente. Ahora, el calor corporal que me rodeaba estaba plagado de sentimientos de demora, de confianza, hasta de rutina. Anhelé por un momento tener ese calor corporal cerca de mí todos los

días. Hasta que no lo pierdes, no sabes lo que es realmente. La primera noche que dormí sin Ernesto fue tan extraña, tan vacía, tan larga, la cama era como un páramo, no tenía fin. Y las sábanas estaban frías al otro lado, tanto que no me acostumbraba y tuve que comprar una bolsa de agua para calentar toda esa parte en las noches de invierno. Era raro cómo mi mente relacionaba el frío real con el frío de mis sentimientos; me iba cada noche a la cama con el frío pegado a mi piel. No, en todo el año de separación, no me había acostumbrado a dormir sola, a dormir con el frío. Porque ese frío era vacío.

A lo mejor es verdad eso de que yo no estoy hecha para relaciones esporádicas, que necesito relaciones más largas. O a lo mejor todo eso es una tontería. Quizá si Andrea hubiese llegado en un momento más tranquilo de mi vida, con menos estrés laboral, con menos estrés personal, hubiera gestionado esta relación más relajadamente, poniendo las cosas en su sitio. Pero no, mi vida era una olla a presión: los niños, mi ex, mi trabajo, yo, todo bulle con ganas de salir disparado sin dirección fija. Y yo decidí dejarme llevar. Porque era muy fácil hacerlo, era muy cómodo dejar que las cosas fluyesen, hacer lo que me apeteciera a cada momento y no pararme a pensar si está mal o no. Y Andrea me hacía sentir maravillosamente bien. Qué fácil.

Andrea metió una mano por debajo de mis bragas y me cogió una nalga, me apretó a él y pude sentir en mi cadera la dureza de su erección. Me dio un beso largo y húmedo.

—No, cariño, tengo que irme a trabajar y tengo el tiempo justo para ducharme y un café.

—Uno cortito...

—Nada me gustaría más, pero no puedo. —Me dio otro beso que parecía que iba a ser el último que me diera en su vida y me dejó ir. Con él en la cama y yo seleccionando la ropa que me iba a poner esa mañana me soltó: «Me gusta que me llames cariño». Sonrió y se volvió. Y yo sonreí y me volví para entrar en el baño. Pues sí, se me había escapado, le había llamado cariño y había salido del todo natural. Todavía me arrepiento de no haber echado ese polvo cortito del que me hablaba.

Capítulo 24

ESTA NOCHE ES LA CENA EN CASA DE MI EX

—¿Y te apetece?

—¿Conocer a la perfecta novia de Ernesto? En absoluto.

Andrea me acariciaba la cicatriz de la cesárea con verdadero interés. Su mano la tocaba, la rodeaba y se iba más abajo sin saber yo nunca dónde iba a terminar. Habíamos estado juntos desde el jueves por la tarde que habíamos ido al cine.

El viernes, después de salir cada uno a su trabajo y despedirnos con un beso un poco más largo y un poco más húmedo de lo normal, me pasé toda la mañana en las nubes, con las manos de Andrea recorriendo virtualmente mi cuerpo y su última frase en la cama martilleando mi cabeza: «Me gusta que me llames cariño». Le gustaba que le llamara cariño. Justo en el momento en que di carpetazo a la última prueba de imprenta del último libro que íbamos a publicar, dejando en manos de Dios y de la audiencia el éxito de nuestra apuesta, me llegó un mensaje:

Andrea: Te apetece que durmamos hoy también juntos?

¿Hoy? Y todos los días, aún tenía pegado a la piel ese calor con el que me desperté por la mañana.

Maca: Me apetece mucho, vente esta tarde si quieres.

Andrea: ¿Comemos juntos?

Maca: No puedo, almuerzo con la gente del trabajo. ¿A las ocho en mi casa?

Andrea: Allí estaré.

Y esa promesa hizo que mojara las bragas y que Concha, mi ayudante en la aventura empresarial, me preguntara:

—Maca, ¿te pasa algo? Estás como ida.

—No, nada, cosas mías.

—¿Sigues con el pibón?

—Sigo con el pibón.

—Enhorabuena. Yo también me voy a tener que buscar algo, porque...

—No me digas eso, Concha, qué va a ser de tu Aurelio sin ti.

—En eso tienes razón, y yo sin él. —Y me guiñó un ojo—. Escucha, viene para acá el diseñador de cubiertas, trae las definitivas. ¿No estás nerviosa?

—Estoy que no quepo en mí. —Y me recliné en la silla feliz.

—Es la primera vez en mi vida laboral que me gusta más estar en el trabajo que en casa. —Me reí con ganas porque yo, si no fuera por Andrea, pensaría lo mismo.

—A mí me pasa casi igual.

—¿Crees que tendremos suerte?

—Las historias son buenas, Concha. —No quería sonar demasiado positiva, porque esto era casi como una lotería.

—Pero el público es cruel.

—Eso también... Ahí está Eduardo. ¡Eduardo, pasa por aquí!

Y Eduardo entró como un ciclón en la oficina, abrió una carpeta de tamaño extragrande y sacó unas pruebas de diseño de cubiertas que nos hicieron llorar a Concha y a mí. No podía dejar de hablar de ellas, Andrea podría haberse incorporado a nuestra oficina por lo mucho que lo tenía al día.

Estábamos haciendo tiempo antes de que me marchara a la nueva casa de Ernesto, había sido un sábado perfecto, casi ideal.

—Las cubiertas son realmente... Sencillamente maravillosas. —Mi pibón se estaba tomando ahora un café sentado en el sofá y me miraba con verdadero interés mientras yo le explicaba gesticulando más de lo normal la visita de Eduardo a la oficina.

—Dicen que ahora las cubiertas son muy importantes.

—En realidad, siempre lo han sido. Muchas veces, te compras un libro solo por la cubierta.

—Pero tú no quieres que sea solo por la cubierta...

—Claro, quiero que la cubierta los atraiga a coger el libro y luego le den la vuelta y lean la sinopsis. Ese es el objetivo, que, al leer la sinopsis, se queden prendados y no puedan hacer otra que llevar el libro a la caja.

—Me gusta escucharte así de entusiasmada. —Y me rozó el dorso de la mano con el dedo índice, como indiferente a todas las sensaciones que ese ínfimo roce estaba provocando en mi interior. Me dejé querer unos segundos más y escabullí la mano para alcanzar mi vaso, quería continuar con todo mi discurso.

—Estoy muy entusiasmada, ya hemos enviado todo a la imprenta, en una semana empieza lo bueno.

—Cuéntame más de los libros.

—¿No te lo he contado? —Él asintió y se encogió de hombros, porque sí que lo había hablado ya con él, pero al mismo tiempo di un respingo en el sofá y me froté las manos con ilusión. Andrea me dedicó una de esas sonrisas suyas que hace que creas que no hay nada en el mundo más importante que tú y lo que vayas a decir. «Desde luego, la chica que acabe contigo será una mujer afortunada y feliz», no sé por qué pensé eso, pero sobrevoló alrededor de mí como una mosca cojonera hasta que la aparté de un manotazo—. Pues son dos títulos, es ambicioso, pero...

—¿Dos títulos es ambicioso?

—¡Claro! Tú no estás muy enterado del mundo editorial.

—Nada.

—Pues ya te digo yo que es muy ambicioso. Son dos títulos: uno de novela negra y otro de novela contemporánea. Ambos fueron finalistas en premios nacionales y nadie los quería publicar.

—¿Por qué? —Ahí la que se encogió de hombros fui yo.

—Es muy difícil darles paso a las nuevas voces. Cuando contactamos con los autores estaban autopublicándose y pararon en seco. Imagínate, estás ya gastando tu último cartucho porque

quieres ver tu novela en las manos de la gente y, de repente, te llama una editorial que no conoces para ofrecerte eso mismo. Al principio, no se lo creyeron.

—Venga ya, ¿y qué hiciste?

—Fue un trabajo importante de negociación, no te creas. La chica que había escrito la novela negra la tenía ya a punto para salir en Amazon, la iba a autopublicar en Kindle, había pagado a una asesora para que le maquetara el texto, tenía un diseño de portada que le hizo un amigo ilustrador, había abierto cuentas en Twitter e Instagram... La novela es muy buena, a mí me mantuvo enganchada desde el principio, me leí el manuscrito en una noche.

—¿De qué va? —Madre mía, cómo me gustaba hablar con él sobre estas cosas.

—Transcurre en Cádiz, la protagonista es inspectora, madre y esposa, y se tiene que enfrentar a una serie de asesinatos de chicas jóvenes; violaciones.

—¿Y el otro libro?

—Venga, va, si ya te conté algo el otro día... —Continuó mirándose, esperando que le respondiera—. Bueno, pero te lo resumo, el otro libro es de un autor más madurito, cuenta su infancia.

—Un poco trillado. —Y le dio un sorbo pequeño a su taza.

—Bueno, quizá la temática, pero no la forma, es muy novedoso. Él es gay y se crio en un pueblo de Extremadura, te puedes imaginar en aquellos tiempos, ronda los cincuenta años. Cuando acabas el texto, te queda un regusto amargo y dulce a la vez.

—O sea, que eliges los libros desde las tripas.

—Estos sí. Estos, al menos, me han dejado elegirlos así.

—Creo que te quiero. —Y me miró con una profundidad que me ahogó.

—¿Cómo? —Estupefacta se queda corto para lo que se formó en mi estómago y en mi cabeza.

Andrea dejó la taza de café en la mesilla del salón, me tumbó en el sofá y se colocó entre mis piernas. No hicimos nada más que besarnos, pero la promesa de una noche apasionada me dejó tocada.

—Tengo que irme ya. —Lo miré expeditiva desde abajo y me dejó levantarme.

—Te espero aquí. —Se repanchingó en el sofá y su visión era tan tentadora que me resultó extraño que a la vez me provocara miedo, porque ese cuerpo unido a lo que había dicho unos instantes antes se parecía bastante a una película de terror para mí.

—Tienes Netflix en la tele. —Intenté mostrarme natural, que él no notara que me había dejado conmovida.

—¡Eh! Pero qué pasada, ¿no? —Y puso la televisión como si fuera un niño pequeño. Le di un beso de despedida, le recordé que había *pizza* congelada y me puse los tacones. Mientras cerraba la puerta, no pude contener la sensación de que dejaba por primera vez solo en casa a uno de mis hijos adolescentes, con Netflix en la tele y *pizza* congelada en la nevera. Fue muy extraño, así que me lo quité de la cabeza porque lo que tenía por delante necesitaba de todos mis recursos.

Capítulo 25

QUE LLUEVA Y QUE PIENSES EN UN «TE QUIERO»

Con los limpiaparabrisas funcionando a todo trapo, las luces de los coches que venían de frente se presentaban difuminadas, como mis pensamientos. No había dejado escapar ese detalle de Andrea, aunque, cuando me levanté, creo que hice un gran papel, uno con el que podría haberme llevado un Goya. ¿Qué me quería? Estábamos pasando mucho tiempo juntos, era casi una adicción para mí, pero ¿querer? Lo único que yo deseaba en ese momento era ver a mis hijos, no podía evitarlo, ellos eran la única constante en mi vida y a lo que me aferro cuando la incertidumbre ataca por algún flanco.

Mis hijos fueron mi ancla al mundo real cuando me divorcié de Ernesto, por ellos sabía que todo lo que estaba haciendo estaba bien hecho, por ellos sabía que no podía quedarme en la cama a llorar y lamerme lentamente las heridas, como me apetecía el noventa y nueve por ciento del tiempo. Y ahora ellos me iban a sacar de este mar de dudas lanzándome a la realidad. Qué poco acostumbrada estaba aún a pasar días sin verlos, es antinatural.

—¡Hola! Tú debes de ser Maca. —María me recibió en un perfecto uniforme de estar por casa, con unos mocasines de ante y un jersey de lana ancho que le cubría las curvas; un moño perfecto y unos mechones colocados adrede alrededor de su rostro. Seguramente había sido preparado el hecho de que me abriera ella la puerta. De que me la abriera ella y su flamante rostro, ahí podía yo identificar sérum del caro, crema hidratante de no menos de setenta euros el tarro pequeño y un colorete de última tendencia. Pero yo tenía el rubor del sexo en mis mejillas, a eso no me podía ganar.

—Sí, hola, y tú eres María, ¿verdad?

—¡Mamá, mamá, mamá! —Rafael salió por detrás de ella y se abalanzó a mis piernas. Me dio un subidón verlo abrazarme así.

—¡Cariño! ¿Qué tal? —Le cogí la cara a Rafael con las dos manos y le llené de besos las mejillas. Sorprendentemente, él se dejó hacer. Sí que me echaba de menos, una ola de satisfacción me invadió el cuerpo, como si me hubiera tomado un Paracetamol.

—No quiero estar tantos días sin verte, mamá, eso lo tenéis que arreglar. —Me espetó ofendido, con la seguridad de que todo se puede arreglar según los deseos que vayas teniendo.

—Claro, mi amor.

—¿Vais a hablar de eso esta noche? —Ahora su insistencia me agobió un poco. Eran cosas que no sabía cómo responder porque no estaba segura de cómo arreglar aquello.

—No sé, amor, igual esta noche no es el momento.

—Podemos hablar de lo que quieras, Maca, pero entra, por favor. —Y se quedó esperando cuando franqueé la puerta.

—Vengo sola.

—¡Ah! Esperaba que vinieras...

—No. —Mucho querer conocerme y muy poco tacto con Rafa delante. Nadie iba a coartar a la Maca interior que lo juzgaba todo con visión exigente y estricta. Esa noche no.

—Déjame el abrigo. —Y se llevó mi abrigo a algún lugar indeterminado entre el salón y la cocina.

La casa era muy bonita, pero más pequeña que mi piso céntrico, seguramente a Ernesto le había costado el cambio. Aunque, a decir verdad, su último cambio había sido desde casa de sus padres, así que todo lo que viniera, bueno sería. Hacía calor.

—¡Mamá! —Ernesto salió de la cocina y vino hacia mí con verdadera alegría, la misma que me contagió Rafa y en la que mecía mis anhelos desde que lo tenía colgado de mis piernas.

—¡Hola, cariño! —Le di un beso y un abrazo.

—Adivina qué. —Y no me dio tiempo a responderle—. He ayudado a papá con la cena. —¿Ernesto cocinando?—. Hemos hecho pollo al horno. Huele superbién.

—Sí, es verdad, lo puedo oler desde aquí. —Yo me veía desde fuera sonriendo como una madre comprensiva, la reina de la comprensión, del saber estar.

—Siéntate. —Y me trajo los exámenes corregidos que había tenido en esos días y me hablaba sin parar de todo lo que había hecho, abrumándome un poco porque quería atenderle, pero tampoco quería perder de vista a la mujer que pasaba con mis hijos una cantidad ingente de tiempo.

Ernesto salió enseguida. Lo vi en el umbral de la puerta de la cocina, con un mandil atado a la cintura y con esas hechuras de hombre maduro, satisfecho y feliz con su vida. Hacía tiempo que no lo veía así, no con un mandil, nunca lo había visto con ninguno, sino así de pleno, quizá no fuera yo la única que se sentía enjaulada en una relación que no aportaba ya nada a nivel personal. En su rostro percibí relajación, sintonía con su entorno; y como no podía parar de comparar, recordé que, en casa, Ernesto saltaba de una estancia a otra y que, en los últimos tiempos, nunca parecía encontrar su sitio. Cuando María se puso a su lado y observé la complicidad que existía entre ellos, me pregunté en qué momento la perdimos nosotros, en qué momento esa complicidad se convirtió en rutina y esa rutina en desgana.

—Has venido... sola.

—Sí, he venido sola. ¿Qué esperabas?

—No sé, quizá... —Y eché una mirada llena de intención a los niños—. Quizá nada, ¿cenamos?

—Sí, claro. Oye, por cierto, ¿desde cuándo cocinas? —Me levanté y me moví con soltura hacia la mesa de comedor, que estaba preparada como si esperaran a alguien importante, como nunca la pondrías si fueras a cenar en familia en casa. Los cubiertos estaban dispuestos a cada lado del plato y no amontonados bajo las servilletas en un extremo; el queso reposaba milimétricamente cortado en triángulos en una bandeja de cerámica, ni rastro de la pieza completa, que en casa llevábamos y traíamos en cada comida. Yo era alguien importante, yo era una visita. Una visita, claro. La sensación fue agri dulce, por un lado, me halagaba, por otro me dejaba muy al margen.

—No te lo vas a creer —fue María quien habló—, se apuntó a un curso de cocina. Hace cosas extraordinarias. —Vaya, me perdí la mejor versión de Ernesto.

La cena fue de todo menos cómoda. María estaba empeñada en que aquello se pareciera más a una reunión entre amigos que a lo que realmente era y no, María, dos ex no son amigos, tal vez

pueden llegar a serlo; pero, *a priori*, los ex son personas que tienen que encajar muchas piezas, que han vivido muchas cosas y que ahora, tienen una relación porque hay hijos en común, si no, por qué iba a estar yo allí cenando y poniendo buena cara. Ernesto se daba cuenta de lo forzado de la situación e intentaba terciar. Yo simplemente callaba porque si abría la boca, podía empeorarlo todo. Hablamos de los niños, del trabajo y de los planes de Ernesto, entre los que se encontraba la publicación de una nueva novela de la que ya había vendido los derechos. Me sorprendí porque no sabía absolutamente nada, pero por qué iba a tener que saberlo yo, ¿no?

—Me alegro mucho por lo de tu nueva novela, Ernesto, de verdad, te lo mereces.

—Eso mismo me dice María. —Y tomó una primera cucharada del helado que habían traído de postre y me miró culpable. No pasaba nada, no hacía falta que ocultara la buena vida que llevaba y lo feliz que era con su nueva pareja, aunque me costaba ser espectadora de todo aquello. Podía vivir perfectamente como hasta ahora, sabiendo de la existencia de María, pero no llegando a conocerla nunca. A esas alturas, ya era imposible.

—Entonces te conoce. —Y sonreí—. Y si el objetivo era que yo conociera a la mujer que se queda con mis hijos para que me quedase tranquila, ya te digo que sí, estoy muy tranquila.

—Gracias, Maca, es importante para mí. —María se metía una cucharada colmada de helado y sonreía.

—¿Se lo decimos ya? —Ernesto saltaba en su silla y Rafa se comía las uñas.

—¿Decirme qué? —Me lo estaba oliendo. Esa ansia por el helado en invierno y el hecho de que no se hubiera levantado ni una sola vez a por algo a la cocina eran signos latentes de la noticia.

—Bueno, Maca, queríamos que fueras de las primeras en saberlo porque esto va a afectar a Ernesto y a Rafa, ¿verdad, chicos? —Ernesto padre me miraba de un modo indescifrable—. Estoy embarazada. —Y sonrió y le apretó la mano a Ernesto, que le devolvió la sonrisa. Ya podía decirle a mi madre esa excusa para que no soñara más con la reconciliación sin temor a que descubriera que era mentira.

—¡Vamos a tener un hermanito! —Rafa se reía nervioso.

—Se lo hemos dicho a ellos esta tarde, está de tres meses. —Ernesto me hablaba realmente feliz, ilusionado.

—Como en las casas reales, no decís nada hasta que no ha pasado el primer trimestre. —No pude evitar la broma—. Me alegro, felicidades, María.

—Yo nunca pensé que quería hijos —comenzó ella como si yo le hubiera pedido explicaciones, tengo que reconocer que mis pensamientos interiores eran bastante negativos—. De hecho, creí que ya no habría momento, pero conocí a Ernesto, vi la relación que tiene con sus hijos y el gusanillo de la maternidad llamó a mi puerta, ¡ya ves!

—¡Ya ves! —El gusanillo de la maternidad, madre mía, a ver cómo lo llevaban—. Pues me alegro, de verdad, ahora cuídate mucho.

—Sí, estoy de reposo porque estuve manchando al principio, pero la ginecóloga me ha dicho que es normal.

—Claro. Cualquier cosa que necesites, ya sabes... —Fórmulas de cortesía, esperaba que no me llamara para nada.

—Mi madre está como loca, ¡ya creía que se iba a quedar sin nietos!

—Claro, es normal. Bueno...

—Pero no pienses que esto va a cambiar mi relación con tus hijos, para nada, Maca, siéntete segura. —María hablaba sin parar, sin dejar que nadie la interrumpiera.

—Me siento segura, no te preocupes.

—María, creo que Maca quiere irse ya. —Ernesto la interrumpió por fin y se levantó de la mesa. Yo no tenía pensado irme tan pronto, pero se ve que la cosa estaba derivando a terrenos donde no quería entrar.

Después de que tuviera que despedirme de los niños como si me fuera a ir a la guerra y que tuviera que convencerlos de que una noche pasaba en nada y que al día siguiente los recogería por la tarde, Ernesto me acompañó a la puerta.

—Gracias por la paciencia, no lo está pasando muy bien.

—Vaya, siento oír eso.

—Lleva una semana encerrada en casa, no quiere hacer ningún esfuerzo a pesar de que ya le han dicho que puede moverse e incluso correr.

—¿No teníais planes de viaje?

—Sí, ya ves, pero... —Y me puso cara de pocos amigos.

—Te pillé, sabía que este finde teníais algo.

—Siempre haces lo mismo, sabes cómo cogerme en un renuncio. —Me miró con ternura. Y, en ese momento, lo eché de menos tan fuerte que fue como una bofetada en plena cara, un puñetazo en la nariz y sentir el crac de los huesos. Inspiré fuerte de la forma más discreta que pude.

—Te sienta bien la nueva paternidad.

—No seas tonta, no ha sido tan pensado como te ha dado a entender. Más bien un accidente al que le hemos buscado sentido. Pero estoy ilusionado, sí.

—Me alegro.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Ese chico al que vi el otro día...

—Andrea, se llama Andrea y no es un «chico», es un hombre. Me espera en casa.

—Se te ve bien.

—¿Se me ve bien? Bueno... —No quería hablar de eso, demasiadas cosas que asimilar en una sola tarde, un «te quiero», un embarazo, un tramo más en el camino que me alejaba de Ernesto —. Mañana a las siete vengo a recoger a los niños.

—De acuerdo.

—Chao.

—Chao.

En cuanto me deslicé desnuda entre las sábanas junto al cuerpo fibroso de Andrea, me acoplé a su cintura e hicimos el amor sosegadamente. Fue muy profundo. Yo tenía una vida paralela a mi vida real, y esa vida paralela era Andrea. En ese mundo aparte, había sexo del bueno, había risas, despreocupación, picardía, libertad, calor por las noches, pasión por la vida y por lo que hacía; y también había habido un te quiero, un te quiero que sepultó el cuerpo de Andrea cuando, sobre mí, me hizo el amor lentamente, aplastando cualquier motivo de duda o temor.

Capítulo 26

YO TAMBIÉN HE DICHO «TE QUIERO»

Los tres pares de ojos me observaban con atención. Tomábamos un café en esa cafetería que hacía ya un par de meses había sido testigo del primer desayuno entre Andrea y yo. Fue profético, diría yo: de casi perder la servilleta en la que escribió su número de teléfono allí mismo a estar sentada en la misma mesa con las tres mujeres más dispares que podría encontrar para contarles que había caído en ese «te quiero» finalmente.

—No lo puedo creer, Maca... —Miranda se metió un cruasán en la boca y masticó un par de veces antes de añadir—: Bueno, para qué voy a mentirte, sí me lo puedo creer. De hecho, fíjate lo que te digo, lo raro hubiese sido que hubieses hecho lo contrario.

—Siempre igual. —Yo me hundí en mi taza de café y la miré de reojo.

—Siempre igual tú. Cuando empezaste con Ernesto, todo era: «Sé que va a ser importante, pero Ernesto no llegará más lejos que, no sé, ¿un año?». Y mira tú... Es tu *modus operandi*.

—Y tu *modus operandi* es...

—Eh, eh, eh, ya sé lo que me vas a decir: que mi *modus operandi* es todo lo contrario que el tuyo. No ataques al mensajero. —Me mordí la lengua y seguí con mi café.

—Pues yo creo que, si la cosa ha fructificado, no deberíamos desalentarla. —Teresa le había dado el móvil a su hija, que aguardaba sentada junto a ella a que su madre diese por terminada la reunión de mayores. Aunque no estaba tan mal tener el móvil sin haberlo pedido siquiera.

—Gracias.

—Pero ya te dije en una ocasión que sueles precipitarte.

—Y gracias por la de arena.

—Esto es muy fácil, quiénes somos nosotras para juzgarla. —Almudena sonrió desde el otro lado de la mesa. Me miró con intención y continuó—: Quiero decir, ella mejor que nadie sabe lo que tiene y lo que quiere. Nosotras somos meras espectadoras. —El problema era que yo no sabía exactamente lo que quería, que andaba a ciegas porque, en la vida, ¿cuándo puedes estar segura de querer algo sin sus consecuencias?—. Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a presentarlo en sociedad? ¿Tus hijos van a saber que es algo más que un amigo de mamá que se encontraron un día en casa?

—Ahora no tengo ni idea, esto no se planea.

Esto no se planea.

Dije «te quiero» después de un orgasmo. Creo, de verdad, que no es el momento más sincero para verbalizar sentimientos, pero ahí estaba, ya lo había dicho y ahora Andrea tenía su cabeza hundida en mi pelo y me abrazaba a mi espalda. Yo lo escuchaba inspirar fuerte y sonreír, sí, también se escucha sonreír a alguien. Me había salido del corazón, sin pensar y, bueno, ¿no

dicen que eso es lo mejor para sacar lo más auténtico de uno mismo? Es decir, lo que se dice sin pensar y que surge desde el corazón. También dicen que hablar sin pensar suele conducir a situaciones incómodas y malentendidos, pero esto último prefiero no observarlo. Lo que estaba claro como el agua era que no me podía desdecir, tendría que lidiar con ello, como cuando prometía a mis hijos una pizza a mitad de semana en medio de un momento de estrés y luego llegaba el miércoles y tenía que cumplir. Cerré los ojos y me imbuí de la sensación de calor y bienestar que Andrea me proporcionaba e intenté alejar los pensamientos negativos que saltaron como muelles en cuanto pronuncié las dos terribles palabras. Igual no era tan mala esa idea de dejarse llevar por los sentimientos, por el amor, por la felicidad... Por Dios, no tenía veinte años, tenía casi cuarenta y dos hijos a los que proteger de mis malas decisiones.

—Deja de pensar, si quieres, hago como el que no ha escuchado. —Andrea me susurró al oído y yo casi no supe si lo escuché realmente o lo imaginé, convirtiendo en verdad lo que tanto deseaba. No, no lo imaginé.

—¿Cómo? —Y me volví, acercándome tanto a él que nos rozábamos los labios.

—Te he escuchado, pero si quieres hago como el que no lo ha hecho. —Y me dio un beso profundo.

Me enrosqué a él porque el silencio a veces es mejor mensajero que una ristra de palabras desesperadas. Su cuello olía a sexo y a sudor. Todavía era pronto para otro asalto, así que nos quedamos abrazados. No quería que ese abrazo se terminara nunca, que esos brazos grandes y musculosos nunca dejaran de rodearme con fuerza, que mis piernas nunca dejaran de ceñirse a su cintura, que mi piel nunca dejara de rozarse con la suya.

Esto no se planea.

Capítulo 27

ESTO NO SE PLANEA

La convocatoria había sido un éxito. Estábamos en la sala de actos de una librería del centro y, entre medios y público, había un lleno espectacular. La gente se agolpaba en la parte de atrás y el ruido era ensordecedor: había sido un acierto contratar los servicios de una agencia, sin ellos no habríamos podido dar cita a tanta audiencia.

Habían pasado dos meses desde el lanzamiento de los libros y la acogida había sido tímida al principio y entusiasta poco después. Se habían hecho actos de presentación que pasaban de un éxito mayor o menor según el lugar. Por ejemplo, en la ciudad de los autores, la acogida era buenísima; en Madrid, costaba más llenar. Pero ya habían pasado dos meses, las novelas estaban en el circuito y el boca a boca había jugado a nuestro favor dándole la razón a mis tripas. Me sentía orgullosa. A partir de ahí, decidimos tirarnos de cabeza: una lectura pública del primer capítulo del libro por parte del escritor; luego, ruegos y preguntas; y, para terminar, firma de ejemplares. El autor del libro intimista sobre su viaje vital hacia la salida del armario no quiso hacerlo, parece que todavía no había llegado a su destino, pero la autora del *thriller* no se lo pensó dos veces. Y allí estábamos, ante unas ciento cincuenta personas que auguraban una buena entrada; al fin y al cabo, aparte de los medios, la mayoría de los asistentes eran lectores del libro y, si estaban allí, era porque les había gustado.

Yo me coloqué en una esquina del pequeño escenario que se había improvisado cuando empezaron a llegar personas y vimos que estar al mismo nivel que el público no era factible si queríamos que el acto se viera desde el fondo. A mi lado, la autora aguardaba con los ojos cerrados, los abría de vez en cuando y los volvía a cerrar. Me hubiera encantado tener el vicio de comerme las uñas, al menos así podría tener las manos quietas. No podía parar, y de repente mi vista se detuvo en él, en Andrea. Estaba de pie, atrás del todo, con los brazos cruzados y apoyado de lado en la pared. No sé cuánto tiempo llevaría observándome, pero sabía que me miraba a mí porque, cuando me percaté de su presencia, sonrió, sí, con esa sonrisa suya. Una oleada de confianza me recorrió la espina dorsal.

Un tsunami de tranquilidad me envolvió, igual que llevaba envolviéndome desde que lo conocí. Habían sido semanas de hablar sin parar, eso es lo que pasa cuando conoces a una persona y lo quieres saber todo de ella y ella lo quiere saber todo de ti. Mis sueños, mis miedos, mis debilidades, todo eso ya lo conocía Andrea. Y él me contó todo de él, hasta el accidente de tráfico que casi lo deja en silla de ruedas y que superó gracias a un gran equipo médico con el que todavía salía a tomar cervezas, algún día me los presentaría.

—Buenas tardes a todos. —La encargada de la librería estaba intentando llamar la atención del público, pero era difícil—. ¡Buenas tardes a todos! —Dejó unos segundos y las voces se fueron

diluyendo—. Bien, estoy encantada de estar aquí y estoy encantada con este aforo, pocas veces llenamos así nuestro salón de actos y es una gozada. Aquí tenemos a Beatriz Sánchez, autora de *Calor en las calles*, un *thriller* localizado en Cádiz que nos sorprendió hace un par de meses. Han sido muchas las presentaciones que se han hecho hasta este momento, pero este evento es especial, tenemos una lectura con la autora y luego podréis preguntar lo que queráis. Para finalizar, firma de ejemplares. De momento, os dejo con Beatriz. —Apreté la mano a Beatriz y ella me devolvió una sonrisa. Habían sido muchos meses de comunicación a través de teléfono, videoconferencias y varias citas en persona.

—Hola a todos, muchísimas gracias por estar aquí, no me esperaba esta acogida, me siento un poco abrumada. La publicación de *Calor en las calles* por parte de una editorial fue toda una sorpresa para mí, casi estaba lista para autopublicarlo en Amazon y esta propuesta fue una oportunidad inmensa. Gracias a la editorial El Castillo, pero especialmente gracias a la persona que se ha encargado de todo allí, a Maca, sin ella, sin ti —y se volvió para guiñarme un ojo y a mí se me saltó una lágrima— no hubiera sido posible esto. —Y levantó el libro para que todos lo viesen—. Confiaron en mí, en mi historia, en mi inspectora y me emociona mucho. No quiero que esto se dilate excesivamente, a ver si por hablar demasiado se nos va a hacer pesado. Así que, si me permitís, paso directamente a leer el primer capítulo: «*Calor en las calles*, capítulo uno. Se echó la mano a la boca y a la nariz para evitar que el mal olor penetrara hasta el fondo, aunque, para qué negarlo, ya lo había hecho. Sin embargo, con ese gesto, le llegó una ráfaga del olor infantil que su hijo pequeño le había dejado impregnado. Esto le produjo dos sensaciones contradictorias: por un lado, percibir ese aroma fue como un golpe de brisa fresca en aquel lugar cerrado y viciado, lo cual lo agradecieron sus pulmones y sus sentidos; por otro, le resultó absolutamente intolerable que un olor tan familiar, tan inocente, se inmiscuyera en lo más miserable del mundo. No, no podía permitirlo, y se quitó la mano de la cara aun a sabiendas de que las arcadas serían difíciles de controlar...».

Beatriz continuó durante diez minutos más. Diez minutos en los que se fue destensando el ambiente y mis hombros. Bajé de la tarima y me dirigí a Andrea. Me abrazó con ternura y me dijo al oído: «No me lo podía perder». Lo empecé para una hora más tarde y volví a mi puesto. Al final fueron dos horas, dos horas en las que repasé mi camino hasta llegar donde estaba, en las que reflexioné largo y tendido sobre Andrea y sus consecuencias en mi vida y en la de mis hijos.

Andrea y yo llevábamos juntos cerca de tres meses. Y desde hacía dos y medio, en exclusiva, más por su parte que por la mía: desde aquel momento en que me dijo que cuando se acostó con Raquel, se dio cuenta de que solo quería estar en mi cama. Fue una declaración de amor un tanto extraña, quizá un poco torpe, pero sincera. Yo no había tenido la oportunidad de conocer a ningún otro hombre, tampoco había tenido ganas. Quedar con Andrea y volver a vivir los comienzos de una relación me insuflaron vida y me dieron un ímpetu que creía haber perdido hacía tiempo o que nunca tuve. Me llenaba en todos los sentidos, me gustaba y me sorprendía cómo era yo con él; a lo mejor la verdadera Maca era la que emergía cuando me encontraba entre sus brazos, yo qué sé. Ya había cenado un par de veces en casa con los niños, no se había quedado a dormir porque no quería confundirlos, aunque a veces pensaba que era porque quería tener más seguridad. Él había estado de acuerdo, así que, sin discusión no había problema, hasta que él estuvo preparado para dar el siguiente paso.

Capítulo 28

TRES MESES PARECEN POCA COSA

Pero no lo son. Tres meses, según en qué momento del año nos encontremos, pueden ser noventa y uno o noventa y dos días. Redondeando, casi cien días. Tengo que reconocer que en mi fuero interno redondeaba siempre al alza y los cien días los observaba desde que llevábamos ochenta y cinco. En cien días, se es capaz de escribir un libro si te fijas objetivos diarios; en cien días, te preparas para una carrera de pocos kilómetros, de esas pequeñitas y asequibles; en cien días, se pasa del frío al calor en un mismo año. Cien días dan para mucho: para muchas cenas, para muchas risas, para muchos orgasmos. ¿Demasiados orgasmos? Nunca son demasiados orgasmos.

—¿Y si vivimos juntos? Creo que les caigo bien a tus hijos, ¿no? —Andrea me miraba sorbiendo un espagueti larguísimo de su plato. Estábamos sentados en una mesa pequeña y coqueta, en un rincón oscuro del italiano al que nos acostumbramos a ir cada semana, los jueves que los niños pasaban el día con su padre. Yo corté mi espagueti con un golpe seco de dientes y dejé caer sobre mi plato el resto, salpicando un poco de salsa de tomate alrededor.

—¿Qué ha sido eso? Creía que lo teníamos hablado. —Me recliné en la silla y lo miré entrecerrando los ojos.

—Bueno, ya llevamos... ¿Cuánto? ¿Cuatro meses?

—Tres meses y medio.

—Bueno, en cualquier caso, hemos superado tu barrera de los cien días. No sé, me paso más tiempo en tu casa que en la mía. Y me parece que tus hijos no son tontos. —Y negó con el tenedor. Claro que mis hijos no eran tontos, Rafa me había preguntado más de una vez si mi amigo iría a la fiesta del colegio y yo siempre le respondía que «ya veremos», sinónimo de «no».

—Ya sé que no son tontos...

—A ver si la que no quiere eres tú y todo lo que me has dicho hasta ahora son excusas. —Y me sonrió de medio lado, como si hubiera pillado a su primo pequeño entrando en su habitación para robarle su objeto más prohibido, por ejemplo, una guitarra. Bueno, yo me sentí así, como el primo pequeño.

—No, no... —Me aturullé e hiqué el tenedor en la pasta, dando vueltas con más fuerza de la necesaria para enrollar los espaguetis y creando una bola imposible de abarcar con la boca.

—Sí, sí... Maca, si no estás lista, lo comprendo, nadie se tira años con una pareja, se rompe y puede comenzar una nueva relación completa así como así.

¿Cómo que no? Ernesto lo había hecho. Y muy pronto, por cierto. No me dolía, pero me escocía, claro que me escocía. Y el embarazo de María me ponía de los nervios, sobre todo, cuando mis hijos venían locos de ilusión contándome que habían notado moverse a su hermana.

«Hermanastra», me daban ganas de soltarles, pero nunca lo haría porque esas eran neuras mías que debía mantener a buen recaudo. Y habían pasado casi dos años, claro que estaba lista. Si me preguntan, estaba listísima para zambullirme de nuevo en una relación completa. Quería ser una mujer valiente, con decisión, que vive la vida hasta las últimas consecuencias, sin miedos ni inseguridades. ¿Por qué había tardado tanto en salir? ¿Por qué había tardado tanto en conocer hombres? Y encima, al que había conocido había sido por casualidad, aunque con unos resultados inmejorables. Mi mente iba a mil por hora, había dejado la velocidad de tres dígitos mucho antes de abandonar el tenedor en mi plato y mirar con energías renovadas a Andrea. Además, ya le había dicho «te quiero».

—No podemos irnos a vivir juntos si no me presentas a tu familia. Tú ya conoces a mis hijos, no sé, creo que deberíamos organizar una comida... No, mejor una cena, que es menos tiempo...

—Reconozco que disfruté un poco sorprendiendo a Andrea. No se esperaba aquello en absoluto, palideció un poco, pero encajó el golpe bastante bien.

A decir verdad, yo tenía curiosidad por conocer a sus padres. Me había hablado de ellos de forma esporádica, haciendo alusión a ellos de rebote, por algún otro motivo. Podía interpretar que se llevaban bien, pero que Andrea tenía una edad en la que ya le pesaba vivir en casa de sus padres. A pesar de eso, no creía que su propuesta de dar el «gran paso» fuera porque deseaba abandonar el nido, lo conocía lo suficiente como para reconocer que era sincero y realmente quería vivir conmigo. Para eso, cien días habían sido más que suficientes para él.

Todo quedó en el aire, como el precipicio junto al que caminas y que al principio te atemoriza, pero que con el tiempo se convierte en algo tan familiar que dejas de temerlo. Hasta que llega el día que debes caer por él.

Capítulo 29

TENEMOS QUE HABLAR DE ERNESTO

Y se me acumularon las tareas pendientes. Mi exmarido y yo estábamos sentados delante de sendos cafés en una pastelería en zona neutral. Ni yo quería que se acercara por casa ni él pretendía que cogiera el coche para desplazarme a la suya. Cómo habíamos empezado a mirar esas cosas, no lo sé, pero habían salido solas. Curioso. Alguien, alguna vez, debería escribir un manual del perfecto divorcio en el que se describieran las fases por las que pasan los recién separados, todo esto si hay hijos en común, claro, y así les ofrecería pautas y previsiones. A lo mejor, se lo proponía yo misma a mi editorial y era un éxito.

—La psicóloga del colegio dice que no tiene nada que ver con el divorcio. —Yo le hablaba en tono monocorde, pasándole un informe. Estaba cansada y me frotaba la frente con tal fuerza que seguro que me hice una rojez inmensa en medio. Quería llevar esa rojez cuando llegara a casa y que mi hijo mayor viera por lo que me hacía pasar.

—Llevamos casi dos años separados, no he pensado en ningún momento que lo fuera. —Y cogió el informe para echarle un vistazo rápido, como si lo que hubiera allí escrito no tuviera importancia alguna—. Tampoco creo que una pelea en el patio sea motivo suficiente para hacerle un informe. A su edad, nos hemos peleado todos.

—Es que no es la primera pelea que tiene.

—Con el mismo niño siempre. No lo deja en paz, le dije que se defendiera.

—¿Has sido tú el que le ha dicho que se pegue? —Dejé la taza a medio camino de mi boca y lo miré con los ojos grandes. Pude sentir cómo mi gesto se transformaba de preocupado a furibundo.

—¿Que se pegue? No, le he dicho que se defienda, que es diferente. Ese chaval lleva haciéndole la vida imposible a nuestro hijo —y subrayó lo de «nuestro» con un énfasis en su tono de voz que casi me hace saltar del asiento— desde primeros de curso. Lo persigue en el patio, le roba los lápices, le ha roto la agenda y se mete con él. Por las gafas. —Y parecía que esto último le dolía en lo más hondo, porque sabía que la miopía de Ernesto era hereditaria al cien por cien. Y yo empecé a llevar gafas al cumplir los veinte años, así que estaba claro de quién lo había heredado.

Cuando terminó de enumerar con los dedos de una mano todas las *putadas* que un niño de ocho años le hacía a nuestro hijo de ocho años, respiró profundamente intentando coger más aire del que sus pulmones podían asimilar. Siempre que se enfadaba muy fuerte, le pasaba lo mismo. A mi hijo mayor también. Entraban en un bucle de respiraciones frustradas que los llevaban a temblar y a parecer que estaban atravesando un pequeño episodio de ansiedad. Rafa, de momento, se salvaba de esa característica, gracias a Dios.

—Ernesto, tranquilo, no hemos venido aquí para esto. —De forma natural, le agarré una mano, pero él la apartó bruscamente. No supe cómo interpretar esa manera suya tan sorpresiva para mí, ¿otra fase del divorcio? Donde antes hubo una relación basada en el respeto y la complicidad para conseguir unidos un objetivo común, la educación de nuestros hijos, ahora había signos de rechazo al mínimo desacuerdo. Me dolió.

—Si no puedes quedarte con Ernesto estos días de expulsión, puede venirse a casa conmigo, María está de baja y puede estar con él. —Ah, no, por ahí no iba a pasar.

—No, no hace falta, puedo teletrabajar perfectamente. —No tan perfectamente, pero lo haría. Y si no, a mi hijo le tocaría venirse a la oficina conmigo, dos días pasaban rapidísimo. ¿Era un pensamiento egoísta? ¿Infantil? ¿Obtuso? ¿Todos mezclados? Bueno, estaba en esa fase del divorcio, entonces.

—No le voy a decir a Ernesto que me alegra lo que ha hecho, pero tampoco le voy a reñir por defenderse. —Mi exmarido me miró con una mirada nueva pero vieja a la vez, nadie lo iba a bajar de ahí.

—Vale. No hay más que hablar entonces, ¿no?

—No hay más que hablar entonces.

Nos levantamos sin mirarnos y dejé que él pagara, porque hay ciertas costumbres que no se pierden y porque insistir en pagar yo podía dar pie a más situaciones extrañas e incómodas. Y no tenía ganas de más. Nos despedimos en la puerta de la cafetería con algunas indicaciones sobre los niños, que hoy recogía él de las extraescolares, y yo me apresuré a que Andrea me salvara de mi vida real durante un rato, lo justo hasta que llegaran los niños para cenar.

Capítulo 30

QUÉDATE

Quizá no era el mejor momento para hacerlo, con Ernesto recién expulsado del colegio durante un par de días y los nervios familiares a flor de piel. Yo tenía pendiente una conversación larga y seria con mi hijo, pero podía esperar a mañana, porque esa noche, independientemente de que Andrea se quedara o no, no la íbamos a tener. Que él estuviera con nosotros, podía dar un toque de naturalidad que agradeceríamos mucho todos. Y verlo a las duras y a las maduras podría seguir ayudando a introducirlo en nuestra pequeña familia.

No puedo negar que me daba miedo que se involucrara en la vida de mis hijos y que, después de un tiempo, saliera de ella y volviéramos a empezar de nuevo. Pero bueno, la situación de nuestra vida había cambiado en general y ellos tenían que aprender a jugar con las nuevas reglas. Igual que estaba haciéndolo yo, igual que había hecho su padre, igual que tenemos que hacer todos con las cosas que nos van pasando. «Protege, pero no dejes de vivir», me dijo una vez Almudena y eso era exactamente lo que estaba intentando hacer.

—¿No me vas a reñir, mamá? —Ernesto me miraba desde detrás de sus gafas, demasiados grandes para él, pero necesarias si queríamos que duraran algo más de un año. Igual por eso era un blanco fácil para el matón del colegio; igual tenía yo la culpa, que era la que le había comprado las gafas así, primando la economía familiar y no la estética. A pesar de que su padre se había ofrecido a costear la mitad de unas gafas más apropiadas, pero más caras. Culpa, siempre culpa por todo.

—Hoy no... —Y me miró espantado, no podía tener una riña aplazada, vivir con eso era un martirio para él—. Quiero decir, no, no te voy a reñir, pero vamos a hablar del tema porque dos días de expulsión del cole no es una tontería.

—¿Te han expulsado dos días del cole? —Andrea se giró hacia él. Estábamos sentados alrededor de la mesa baja. No había querido usar la mesa de comedor para no darle un aire oficial a que Andrea se quedara a cenar, más bien todo lo contrario. Nosotros nos habíamos sentado en el sofá, los niños en cojines en el suelo. Estaban encantados.

—Sí. —Y Ernesto bajó la mirada a su tortilla a medio comer.

—¿Y eso? —Andrea insistió y yo no sé si se había dado cuenta de que mi hijo no quería hablar del tema porque le avergonzaba y le daba lo mismo o realmente no había visto el gesto incómodo de Ernesto.

—Me he peleado con un compañero. —Ahora tragaba saliva como si fuera un puñado de clavos. Yo no quería entrar para no empeorar las cosas, pero estaba tan tensa que había dejado de comer casi sin darme cuenta. Incluso Rafa masticaba más silencioso de lo habitual.

—Uf, yo también me peleé un par de veces de pequeño. —Y Ernesto levantó la cabeza como

un resorte y lo miró pidiéndole más—. Había un niño que no me dejaba en paz, me llamaba conejo. —Ernesto le devolvió un gesto interrogante—. Por esto. —Y Andrea enseñó los dientes—. Me salieron los dientes definitivos muy pronto y con tu edad ya tenía las paletas que iba a llevar toda mi vida. Ahora son perfectas para mi tamaño, pero con ocho años me quedaban un poco grandes. —Y sonrió y destensó el ambiente.

—¿Y también te expulsaron?

—Eso se lo tendría que preguntar a mi madre, la próxima vez que la vea, lo hago. Pero no me extrañaría nada que lo hubieran hecho. Fui muy peleón de pequeño.

—Eso no me lo habías contado —comenté como quien no quiere la cosa llevándome de nuevo el tenedor a la boca. El estómago de repente había deshecho su nudo.

—Hay muchas cosas que no sabes todavía. —Y me miró misterioso y a mí se me subió un poquito la tortilla por la garganta. Me pilló desprevenida. Pero su mirada no tardó más de dos segundos, lo justo para que mis hijos no notaran nada.

—¿Te quedas hoy a dormir, Andrea? —Rafa lo miraba suplicante—. Así mañana me puedes llevar al cole, sería guay.

—Sería muy guay, sí, ¿no, Maca? —Yo aproveché que tenía la boca llena para meterme otro pico más y alargar el momento. Aun así, los tres pares de ojos no se apartaron de mí hasta que pude hablar:

—Sí, supongo que sería muy guay. Si él quiere...

—Yo quiero. —Y Andrea levantó los brazos y sonrió. Yo pensaba que iba a decir que no, que tenía trabajo que hacer, mil obligaciones que atender, pero si quería forzar la situación, había que trabajarlo un poco. Ahora solo tenía en mi mente el momento de irnos a dormir. ¿Cómo verían mis hijos que me fuese al mismo dormitorio con un hombre que no era su padre?

—Ya verás, Andrea —Rafa seguía con su retahíla incesante—, la cama de mamá es la más cómoda de todas. A mí me encanta. —Yo reprimí una tos y Andrea soltó una carcajada, parecía que ellos tenían más que asumido que Andrea dormiría conmigo.

—Oye, ¿qué os parece si os enseño una cosa? —Los niños dejaron sus platos de lado inmediatamente, sabía que después de esa proposición ya no cenarían más. Tampoco iban a quitar la mesa, pero no quería romper el encanto del momento.

—Vale, ya me encargo yo de la mesa. —Ernesto y Rafa se sentaron a ambos lados de Andrea, que había sacado unos planos de su mochila.

Cuando volví de recoger la cocina, los niños estaban entusiasmados con el proyecto de las sillas puzle de Andrea y ya se las estaban pidiendo para su cumpleaños.

Capítulo 31

LA MÁS RARA ERA YO

Me sentía fuera de lugar. Los niños se fueron a su habitación en cuanto dieron las diez y yo me quedé con Andrea un poco más en el salón. Ya no ocultábamos algún beso esporádico o un roce de manos o un gesto de cariño entre nosotros delante de ellos. Los mostrábamos poco a poco, a cuenta gotas, estaba pensado, aunque no orquestado. Levantarnos ambos como una pareja normal y dirigirnos a mi dormitorio me costó mucho, como si cada paso que daba por el pasillo fuera un paso más hacia una mazmorra: tenía miedo. En el breve camino hacia allí, pude escuchar las tranquilas respiraciones de mis hijos a través de sus puertas entreabiertas y mi cabeza trabajaba a marchas forzadas para tratar de encajarlo todo: Andrea se iba a quedar a dormir por primera vez en mi casa con mis hijos. Eso era mucho, eso era demasiado. Él entró detrás de mí en la habitación y, agarrándome por la cintura, me susurró al oído: «Tranquila, ¿quieres que me vaya?». Yo negué con la cabeza, entonces se separó y empezó a desnudarse. Se quedó en camiseta y se deslizó entre las sábanas, yo no tardé en seguirlo.

—Gracias —le dije una vez me hube unido a él, con mi nariz pegada a la suya. Él me asió de la cintura y su mano grande llegaba a cubrirme parte del trasero. No podía negar que la presión que ejercía me impulsaba a pegarme a él.

—¿Gracias por qué? —Hablábamos bajito y aquello era tan íntimo que creía que me iba a explotar el corazón.

—Por cómo te has portado con Ernesto, no lo está pasando muy bien... Bueno, eso es un eufemismo, lo está pasando fatal. Ese niño... —Siseó brevemente haciéndome callar y me besó en los labios—. No tenías que...

—Sí tenía. Quiero estar contigo y quiero estar con ellos también. —Esas palabras sí que explotaron dentro de mi cabeza. Tal como entraron por los conductos auditivos, viajaron rápidamente a mi mente e hicieron que saltaran por los aires fuegos artificiales. Me arrimé más a él y lo besé profundamente. Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo, mi piel estaba tan receptiva que cada caricia suya era como si hubiera pasado una lengua de fuego.

—No podemos...

—Ya lo sé, date la vuelta. —Le hice caso entre respiraciones aceleradas. Me acomodé en su pecho y él bajó su mano por mi vientre con lentitud. Cuando la metió en el interior de mis bragas, me susurró: Todo depende del ruido que hagas tú. —Yo di un pequeño grito y me siseó al oído de nuevo, provocándome aún más deseo—. ¿Sigo?

Yo asentí rápidamente y me abandoné a sus manos expertas. Nunca antes me habían provocado un orgasmo con masturbación, si no había sido yo misma la que me lo hubiera hecho. Es decir, Ernesto nunca supo masturbarme o nunca habíamos ahondado en ese aspecto porque

teníamos otras formas de llegar al placer. En el momento del clímax, aplasté su mano contra mi pubis y sonreí. Noté que me daba un beso en la cabeza y que también sonreía. Me quedé dormida al instante.

Capítulo 32

COMO UNA FAMILIA NORMAL

Esa noche fue la primera de muchas. Andrea se quedaba en casa al menos dos veces a la semana. Mi ex ya se había enterado de los cambios que se habían producido en mi hogar, porque tampoco puedes esperar silencio de unos críos, y su actitud se había tornado más profesional, más distante. A lo mejor iba a ser verdad eso que me dijo Miranda sobre que a Ernesto le iba a costar soltar su papel de salvador en mi vida. Tal vez lo fuera. A lo mejor yo me había montado una historia no muy convincente sobre qué tipo de relación debíamos mantener: estábamos divorciados. Podíamos ser *amigos*, pero guardando siempre una distancia. Qué pena todo.

Andrea había recogido a los niños un par de veces del colegio, lo había incluido en la lista de autorizados y eso había sido casi como firmar una hipoteca. Él no sabía qué podía significar; para mí, entregar su DNI para que lo tuvieran en el registro de personas autorizadas para retirar a mis hijos del centro había sido un ejercicio de compromiso más grande que un «sí, quiero» delante de un altar o de un concejal de Ayuntamiento.

—¿Te apetece venir a comer a casa este domingo? —Me tomó desprevenida, en medio de un almuerzo rápido en un bar cercano a la editorial. Era jueves, pero no habíamos podido ir al italiano.

—¿Y eso? —No se me había olvidado el guante que le había tirado hacía un tiempo, pero estaba viviendo tan tranquila y feliz en esos momentos, todo iba tan rodado, que no se me había vuelto a pasar por la cabeza. Y teniendo en cuenta que lo dije cuando mis reticencias a vivir juntos superaban con creces a mis ganas, era un combo perfecto para mi sorpresa genuina.

—¿No dijiste que querías conocerlos? —Tampoco es que hubiera confiado en que se le fuera a olvidar algo así.

—Sí, sí, claro. —Dejé el montadito de lomo en el plato y me limpié con parsimonia la boca, con una de esas servilletas que no secan nada. Aproveché y cogí otro par para volver a limpiarme y ganar tiempo. Me había vuelto una experta en eso de alargar gestos cotidianos para reubicarme en la realidad—. Pero creía que lo habías olvidado.

—¿Ya no quieres conocerlos? —Él también había dejado de comer y ahora me miraba interrogativo, con un tono de reproche diría yo.

—No quiero decir eso, sino que no me lo esperaba... —Encajé el gurrño en que había convertido las servilletas en el hueco entre el plato y la mesa, encargándome de que no sobresaliera ni una arista—. ¿Este domingo has dicho?

—Ajá. —Y volvió a morder su montadito—. Alguna vez tenía que pasar, mi madre me ha preguntado por ti. —Pero no hablaba con el desparpajo y la naturalidad con la que solía hacerlo, o con esa actitud algo pasota que le quitaba tanto hierro a todo. Me asustó un poco.

—¿Y eso no es bueno?

—Yo no he dicho eso, pero, bueno, le he hablado de ti. Sabe que tienes diez años más que yo y dos niños de un matrimonio anterior. No se lo ha tomado especialmente bien. —Me miró y ahora sí que estaba desplegando su particular protocolo de ver las cosas con humor. Justo cuando a mí se me había metido ya el miedo en el cuerpo.

—¿Qué le has dicho exactamente?

—Bueno, empecé hace unos meses diciéndole que tenía una relación. Fue muy pesada porque te quería conocer de inmediato y yo le quité la idea de la cabeza. Hace una semana me preguntó qué significaba que durmiera fuera de casa dos veces a la semana, si eso iba a convertirse en algo más dentro de poco. —Se reclinó en la silla y lanzó una servilleta a la mesa, desganado—. Te voy a ser sincero, a mi madre le encantaría que yo saliera casado de mi casa, aunque hace tiempo que le dejé claro que eso probablemente no sucedería nunca. —Yo asistía a su monólogo entre fascinada e irritada—. Quiero decir, saldré de mi casa sin casarme, igual sí me caso algún día. —¿Casarse? ¿Con quién? ¿Conmigo? El lomo del montadito comenzó a hacerse bola en mi boca y a no pasar de la garganta. Cogí otra servilleta inútil y discretamente escupí el trozo de carne. Él no pareció darse cuenta de mi contrariedad—. Cuando me preguntó eso, nos sentamos y le hablé de nuestra relación, de ti, de tus hijos, de cómo los quería... —Me iba a hacer llorar. Y lo hubiera hecho si no hubiera estado tan sorprendida y ocupada en esconder la servilleta llena de una bola de carne a medio comer.

—Entonces, este domingo. —Quería que se callara, que no hablara más del asunto. Si aquello era una prueba que había que pasar para continuar con mi existencia despreocupada y feliz, que así fuera.

—Correcto.

—Bueno, pues confírmase lo, claro. —Pero dentro de mí la seguridad se había volatilizado como un agua de colonia de mala calidad al sol. Lo vi morderse la lengua, habían hablado más cosas su madre y él. Habían hablado más cosas que a mí no me interesaba saber. No tenía curiosidad alguna por ello. Ninguna. ¿Ernesto se habría casado con María? Se me cruzó esa pregunta por la cabeza y enseguida hilé que era imposible, me habría enterado de semejante noticia, los niños habrían asistido al evento. No, imposible, casarse no, pero ¿se habrían hecho pareja de hecho? Ahora, con un bebé en camino, lo más normal es que formalizaran su relación de algún modo.

—¿Estás conmigo, Maca? —Andrea me cogió una mano y me la zarandeó.

—¿Cómo? ¿Qué? Sí, sí, se me había ido el santo al cielo.

—No te preocupes, seguro que todo sale bien.

Volví los ojos al precipicio, seguro que todo salía bien, claro.

Capítulo 33

ESTOY INCÓMODA

—Miranda, te dije que no debíamos haber venido. —Yo me debatía entre ir directamente a la barra del bar a pedir una copa bien cargada que me nublara la razón durante el par de horas máximo que me había dado para permanecer en aquel lugar o darme la vuelta y salir por la misma puerta por la que había entrado hacía apenas unos minutos, como si se tratara de una puerta giratoria.

—Venga, Maca, no seas aguafiestas, no me digas que no es bonito reencontrarte con tus antiguos compañeros de clase. —Miranda miraba a su alrededor con esa aura de superioridad que la caracterizaba, podía casi jurar que era de las únicas que había llegado a un puesto de cierto reconocimiento social en nuestra promoción, la abordaban por la calle y las abuelitas le preguntaban por su vida personal en la cafetería, era toda una VIP en la comunidad. Luego, un par de compañeros habían vuelto de la guerra hacía poco. Otro había podido asistir a la fiesta porque estaba de vacaciones de su puesto como corresponsal en Estados Unidos, se lo veía maravillado por los canapés que varios camareros se encargaban de distribuir por el salón. Otros tantos estaban colocados en agencias de prensa y medios, mejor o peor pagados, hacían corrillos y lanzaban carcajadas, se lo pasaban bien, se tomaban un respiro de sus vidas. La gran mayoría éramos hormiguitas dispersas por un abanico de puestos de trabajo que rozaban levemente los estudios de Periodismo que habíamos cursado y nos preguntábamos qué hacíamos allí si ya no teníamos nada que ver con la gente que nos rodeaba, al menos eso pensaba yo. Y, por último, claro, estaba Ernesto, que no había sorprendido a nadie posicionándose como el gran creador de opinión que había sido siempre.

—Nunca fui muy popular. Ni muy sociable —le espeté a Miranda casi escupiendo unas palabras que eran verdad al cien por cien.

—En eso tienes razón, todos nos preguntábamos qué demonios había visto Ernesto en ti. —Yo la miré agrandando los ojos y vi la burla en su rostro.

—Tonta.

—Tonta sí, pero no idiota. Mira, allí está Alberto. —Alberto, su primer amor, con el que estuvo todo el primer curso en la cama de su piso de estudiantes.

—¿Vas a ir a saludarlo así sin más? —Nos paramos en la barra y le hicimos un gesto al barman para que nos pusiera dos cervezas.

—Pues claro, ¿por qué no? Deberías haberle dicho a Andrea que viniera, seguramente te hubiera hecho sentir un poquito más segura. —Hizo un mohín de disgusto, yo la disgustaba, yo la tenía harta más bien.

—Igual se acerca más tarde. —Y en ese momento giré la cabeza y vi que Ernesto acababa de

hacer su aparición. Todos se arremolinaron a su alrededor. Descubrí que la sonrisa que le ocupaba media cara era de pura satisfacción: sabía que era admirado en los espacios que ocupaba, pero allí, en esa fiesta de antiguos alumnos de nuestra promoción de Periodismo, se sabía más admirado aún. Los ojos no se me pudieron ir hacia otro lugar que no fuera su mano izquierda, que cogía fuerte la de María, que parecía un globo a punto de salir levitando de allí. Según mis últimas informaciones, debía de estar a punto de cumplir ya su tiempo de embarazo, si no lo había hecho ya. Qué punzada más rara me noté en el corazón.

—Hola, Maca. —La voz me sacó de mis pensamientos del mismo modo que si me hubieran echado un jarro de agua fría por encima de la cabeza. Necesitaba analizar cada gesto y cada movimiento de Ernesto y alguien había interrumpido mi barrido visual. Y no sabía muy bien por qué: no sabía muy bien por qué necesitaba analizarlo y no sabía muy bien por qué me habían interrumpido. Me volví de mala gana, modulando mi graznido de sorpresa.

—Hola... —Miré a mi interlocutor algo aturrida, confusa. La cuestión es que su cara me era muy muy familiar, pero su nombre no quería materializarse en mi cabeza.

—Rodrigo. —Y se dibujó una enorme sonrisa en esa cara que ya había encontrado acomodo en mi memoria.

—¡Rodrigo! Pero... ¿Cuánto tiempo...?

—Veinte años, más o menos. —Nos fundimos en un abrazo sincero. ¿Cómo había podido olvidar a uno de mis grandes amigos de la facultad? Cuando nos separamos, me miró a los ojos —. Ah, no, lágrimas no, no las soporto.

—¡Rodrigo! —Miranda se acercó desde el otro lado de la barra, donde había estado charlando tan natural con Alberto.

—¡Hombre, la que faltaba! Aunque a ti te veo tanto en la tele que parece que no te he perdido la pista, ¿cuántos hijos tienes ya?

—No seas malo... —Y Miranda levantó una mano y escondió el pulgar.

—¿Cuatro? —Ella asintió con regocijo.

—Todos buscados.

—Eres mi heroína.

—Lo sé, siempre lo he sido. —Se dieron un abrazo entre ellos. Y luego Rodrigo fijó su atención en mí.

—Bueno, ahora que te has separado de Ernesto, a lo mejor podemos retomar la amistad, ¿no? —Y levantó una cerveza como si brindara por ello.

—Las noticias vuelan.

—Y los embarazos también. —Señaló con la cabeza a la pareja de la fiesta que todavía no habían podido avanzar mucho más allá de la entrada al salón, para satisfacción de Ernesto.

—Sabes que Ernesto no fue el motivo para que nos distanciáramos. —Me senté en un taburete de esos que no tienen dónde apoyar los pies, tan incómodo que, tan pronto planté el culo en él, me bajé.

—Tampoco le gusté mucho nunca.

—En eso tienes razón. —Se la tuve que dar. Rodrigo y Ernesto habían disentido prácticamente en todo desde el principio de la carrera: en opiniones, en ideas, hasta competían por ver quién de los dos tenía mayor nota a final de curso o mejores comentarios en los trabajos. Era comidilla general del curso los dimes y diretes que se traían entre ellos. Lo cierto es que Rodrigo era de las personas más divertidas que yo había conocido en mi vida, lo había pasado muy bien con él. Ahora era dueño y director de una importante agencia de información del corazón—. Cuéntame

las últimas noticias jugosas que tengas en tu poder. —Y sonreí con picardía.

—Uy, eso cuesta mucho dinero para soltarlo aquí así sin más, solo diré que Letizia... Con Z.

—¿Cómo? —Miranda y yo gritamos escandalizadas.

—Nada que pueda rivalizar con tu relación con un yogurín. —Me dejó pasmada—. No te asustes, no es una información, estuve con Ernesto en un acto hace un mes, me lo contó. —No sé qué me sentó peor: que no fuera información o que Ernesto se dedicara a ir aireando mi vida privada.

—Maca, qué bien que estés por aquí, ¿podemos hablar? —Los tres nos giramos sorprendidos sin esperar ver la cara de Ernesto manteniendo a raya su incomodidad, suponía que por Rodrigo. María sonreía a su lado, algo bobalicona, o me lo parecía, claro—. Rodrigo, Miranda, me alegra veros.

—A mí también me alegra verte, Ernesto. —Miranda lo escrutó incrédula, ¿ese iba a ser su saludo? Se podía ir bien lejos, con su mujer embarazada y sus libros sin éxito, traduje en la mirada irónica de Miranda. Rodrigo se limitó a asentir y a sonreír.

—Claro, claro, ¿ahora? —Dejé la cerveza en la barra y María se agarró de mi brazo como si fuéramos las mejores amigas desde hacía años.

Capítulo 34

NO QUERÍAMOS QUE TE ENTERASES POR TERCEROS

—Pues no habéis dado mucho margen para que no lo hiciera.

Yo miraba a María acariciarse la barriga recordando cómo yo misma lo hacía, sabiendo que el momento del parto se acercaba, despidiéndome de la gran sensación que era tener a mi hijo dentro. ¿Tenía celos? No, no eran celos, era quizá nostalgia, María estaba viviendo lo que yo había vivido con Ernesto hacía ya tanto tiempo y por partida doble.

Miré a Ernesto con un atisbo de decepción. La sensación que últimamente me impregnaba y me ahogaba con más frecuencia se materializó con toda la fuerza de la tristeza. Ernesto y yo nos habíamos alejado definitivamente, no había vuelta atrás.

—Tampoco tengo que informarte de mi vida —contestó a la defensiva.

—No te lo he pedido, nunca te pediría eso. —Me recompuse como pude y continué como si no me importara, algo difícil porque no se puede camuflar la sorpresa cuando no estás acostumbrada a hacerlo—. ¿Los niños lo saben?

—No, es una sorpresa. —María intervino con demasiado énfasis. El gesto de Ernesto me dio la verdadera respuesta a mi pregunta.

—Ah, entiendo. —Y sonreí, tragándome aún más hondo la bola de decepción que me dominaba en ese momento—. No fuera que me lo contaran a mí. —Ernesto fue a responder, pero no le dejé, levanté una mano y lo callé—: No, Ernesto, no me contestes, ya lo has dicho todo. Os deseo lo mejor, de verdad, de corazón. María, que sea una horita corta. —Miré a Ernesto con fingida naturalidad—. Si puedes, tráeme a los niños bañados, que siempre que llegan a casa tan tarde y sin bañar, se acuestan a las mil y eso repercute en su descanso para el cole del día siguiente.

—Los bañaré, no te preocupes.

—No, no me preocupo. Que lo paséis muy bien mañana, recuerda que Rafa es alérgico a los frutos secos.

—Nunca olvidaría una cosa así.

—Lo sé, pero por si acaso. —Cómo iba a olvidar Ernesto que Rafa era alérgico a los frutos secos si fue con él con quien dio la cara la alergia y tuvo que llevar al niño hinchado como una pelota a Urgencias después de que se comiera una avellana en el cumpleaños de su abuela. Pero yo estaba fastidiada y la única forma que tenía de atenuar mi dolor era provocando un poquito de malestar. Solo un poquito—. En fin, os dejo, que Ernesto tiene que atender a sus fans.

Ernesto me observó con el rictus contraído, el entrecejo fruncido, pero no le di importancia: se le pasaría pronto, en cuanto viniera alguien a lisonjearlo. Me regañé por enésima vez por tener ese tipo de pensamientos, creía que estaban superados, pero me sorprendían una y otra vez, como

huevos de pascua escondidos en los lugares más insospechados. Menos mal que solo tenía que ajustar cuentas ante mí.

—¿Qué quería la estrella? —Miranda ultimaba su cerveza y ya tenía otra preparada junto a ella.

—Mañana se casa.

—¿Cómo? —El trago de Miranda casi acaba en la chaqueta de Rodrigo, que se apartó a tiempo para que no le salpicara demasiado.

—Ya ves, que no quieren que la niña nazca fuera del matrimonio, por aquello de los papeles y esas cosas. No sé qué son esas cosas, pero vamos, el resumen es que mañana se casan en una ceremonia íntima en casa de su madre, en el jardín.

—En el jardín que tú ayudaste a montar.

—Bueno, ese jardín no es nada mío, aunque tengo que reconocer que echo de menos la casa de mi suegra. —Le hice una señal al barman—. Una copa de tinto, el que tengáis. —Volví a Miranda y a Rodrigo—. También echo de menos a mi suegra, a decir verdad.

—Esa mujer ya no es tu suegra. Tú todavía vives en el pasado. —Rodrigo me señaló con la mano que sostenía su vaso de tubo y sonrió.

—¿Yo? Tú estás loco. Hablo con esa mujer —e hice la señal de las comillas con las manos— una vez cada quince días, no es mi suegra, pero es mi amiga... Además, hace más de dos años que nos separamos, te aseguro que tengo muy claro que soy una mujer divorciada sin ninguna posibilidad de volver con su exmarido. Y tengo pareja. Andrea es un chico maravilloso.

—Ajá, un chico maravilloso con el que tienes miedo de dar un paso adelante. —Miranda no perdía la oportunidad de ponerme delante de los caballos.

—No es tan fácil, tengo dos hijos, no...

—No pongas a tus hijos de excusa, eres tú, es tu miedo. —Miranda me miraba impotente, ella había asistido a varias de mis diatribas con las que justificaba mi falta de empuje.

—Miranda, ¿para qué estamos aquí? ¿Para pasar un rato agradable con antiguos compañeros de clase o para analizar mi vida sentimental y mi comportamiento?

—Para beber.

—Pues bebamos. —Alcé la copa de vino que me había traído el barman y le hice un gesto a mis dos amigos. Luego me pimplé el contenido de un solo trago—. Ahora, me voy.

Capítulo 35

¿YA?

Rodrigo me miró sorprendido.

—No he hablado contigo nada y tengo negocios que proponerte. —Se estiró la pajarita de color azul eléctrico que no desentonaba nada con el traje que llevaba aquella noche. Era todo tan arriesgado que le quedaba como un guante.

—¿Negocios? —Volví a pedir una copa de vino. Quizá el cambio de tema me viniera bien, pensar tanto en Ernesto, su relación, María, su hijo en camino, mis hijos, mis reticencias con Andrea. Sí, era una buena idea cambiar de tema.

—La editorial en la que trabajas ha dado el salto a la novela, ¿no? —Yo asentí atenta, aquella frase despertó una curiosidad insana en mí—. Pues tengo un manuscrito al que me gustaría que le echaras un vistazo. —Ah, vale, un amigo que se quería aprovechar de una amiga, seguramente tendría un conocido que se dedicaba a escribir en sus ratos libres y él le había prometido un contacto, qué típico. Le di un sorbo a mi copa, desganada, ya podría estar de camino a casa.

—Ah, ¿sí? ¿De quién?

—Mío. —Casi me atraganto con el vino.

—¿Tuyo? ¿Desde cuándo escribes tú?

—Desde siempre, y me duele que me lo preguntes, habiendo sido tan amigos en la facultad.

—Venga, no te hagas la víctima, que nuestra amistad fue mucha en primero, luego desapareciste con tus probaturas románticas.

—Ya, tú también desapareciste con Ernesto.

—Bueno, vale los dos, ¿de qué va la historia? —Miranda nos envió una mirada cansada a ambos.

—Es un poco autobiográfico, cómo llegué a ser el dueño de una de las agencias de noticias del corazón más importantes del país. —Lo dijo tranquilamente, como si hacer lo que él había hecho fuera lo más fácil del mundo.

—¿Se lo has enviado a alguna otra editorial?

—Si lo que estás insinuando, Maca, es si me lo han rechazado ya en alguna editorial, la respuesta es no, no lo han rechazado porque no lo he enviado a ningún lado. La terminé hace un mes y la guardé en un cajón. Mi madre la ha leído y le ha gustado mucho. —Sonrió a través del cristal de su copa—. Y le encantaría ver mi nombre impreso en la tapa de un libro.

—Ya ve el nombre de tu agencia al pie de miles de imágenes de la tele a diario.

—Ya, pero esto da más caché, podría enseñarlo a las vecinas. No se conforma con enterarse antes de todos los cotilleos nacionales, que son los únicos que le interesan. —Ya volvía a ser el mismo Rodrigo de siempre, despreocupado y gracioso. Y a mí puede que me interesara una

historia como la suya, ya tenía eslóganes con los que vender su libro en mi cabeza. Solo faltaba que fuera bueno literariamente y que él aceptara nuestras pobres condiciones de editorial emergente. Necesitábamos un título que le diera impulso al nuevo sello y volvía a tener esa sensación en el estómago, era verdad que Rodrigo nunca escribió mal. Mi viaje en la montaña rusa de estados de ánimo volvía a ser ascendente—. Pero, mira, a mí también me interesan tipos como ese.

Miranda y yo nos giramos hacia la entrada. Andrea había cruzado la puerta con aire despreocupado, con ese andar tan característico de chico guapo que no sabe que lo es, pelo revuelto, manos en los bolsillos, buscándome. Y, al verme, puso una sonrisa tan cálida que creo que nos derretimos la mitad de los asistentes a la fiesta, entre ellos Rodrigo, que cuando comprendió de quién se trataba, me dio un empujón y me susurró: «Siempre supiste elegir bien. Llámame». Me dio su tarjeta y se alejó para integrarse con otro grupo de alumnos que en esos momentos brindaban por algo que solo ellos sabían. Miranda me guiñó un ojo, se dirigió a Andrea y lo saludó, dejándolo que viniera hacia mí y yo me sintiera la mujer más afortunada de la tierra.

Capítulo 36

¿QUIERO DE VERDAD A ANDREA?

Palpé su pecho. Estaba dormido profundamente, lo sentía en su respiración, lenta y acompasada, era tan fácil adivinar su estado. Ese hombre me volvía loca, solo con mirarme me temblaban las piernas; solo con tocarme podía darme por vencida. Al principio, pude haberlo confundido con el poder de la novedad, de que yo no había conocido casi a otro hombre que no fuera Ernesto, que había sido único durante más de veinte años. Pero ya había pasado esa fase y sus manos ya no eran inéditas sobre mi piel y seguía queriendo más de él, mucho más.

Que una vez hubiera estado enamorada y hubiera querido tanto, tantísimo, parecía no ser suficiente para detectar lo mismo en otras ocasiones. Más bien en esto del amor, la experiencia no servía para nada. Incluso podría afirmar, sin miedo a equivocarme, que era un hándicap de los gordos. O quizá mi hándicap era pensarlo todo tantas veces que lo convertía en algo ya sin esencia. Pero si seguía queriendo más de él, era que lo quería, ¿no?

Visualicé a Miranda esa noche, ¿eran mis hijos excusas? Dos excusas muy buenas, por otro lado, pero excusas, al fin y al cabo. Eran tan buenas que incluso Andrea las aceptaba sin rechistar. Pero ya llevábamos meses saliendo, nos habíamos demostrado cosas, él me había demostrado cosas, entonces...

Entonces, mañana iría a casa de sus padres a conocerlos, a dar ese paso que tanto pavor me daba y a comprometerme conmigo misma y con Andrea. A no volver a dejar una frase inacabada, aunque fuera solo en mi cabeza. A lanzarme a la piscina ya no de cabeza, sino en bomba. Y que mi ex fuera a casarse también al día siguiente no tenía nada que ver.

Capítulo 37

EMILIA Y MASSIMO

Esos eran los nombres de los padres de Andrea, de mis nuevos suegros, como me había dicho Almudena aquella misma mañana cuando fui a su piso a devolverle un destornillador de estrella que los niños le habían pedido para abrir el espacio de las pilas de unos viejos *walkie-talkies* que habían encontrado en el fondo de una caja de juguetes. Y ya de paso, aprovechar y quedarme en esa isla de su cocina el tiempo suficiente como para tranquilizar mis nervios crispados. Parecía mentira que yo tuviera que pasar por aquello otra vez, cuando yo me veía ya en el otro lado, ejerciendo de madre del novio a la que hay que ganarse con un poco de parloteo. Pues no, me tocaba parlotear de nuevo a mí.

—Bueno, chica, no seas tan exagerada, ya verás como no es para tanto. Además, con la edad que tienes, no puede imponerte tanto. —Almudena me miraba desde detrás de una taza humeante de café. Si no fuera porque yo ya me había tomado dos a esas horas de la mañana, le hubiera pedido otro. Pero era lo último que necesitaba.

—Me impone en la medida en que me importa Andrea. —Junté mis manos en la encimera y la miré agazapada en la butaca.

—Hombre, ya, supongo que sí, pero a lo que me refiero es que ya no debe ser tan importante para ti la aprobación de sus padres. Eso, con la edad, se relativiza bastante. Seguro que estabas más insegura con veinte años en casa de Ernesto.

—Ay, por favor, ¿para qué lo nombras ahora? —La miré con los ojos como platos, se me iban a salir de las órbitas.

—Lo siento, no sabía que Ernesto se había convertido en un tema controvertido en tu vida. Es decir...

—Ernesto se está casando hoy con María, me lo dijo anoche en la fiesta de exalumnos de la universidad.

—¡Hostia!

—Sí, eso mismo pensé yo. No se lo habían dicho ni a los niños para que a ellos no se les escapara delante de mí.

—Vaya con Ernesto... —Y dejó la taza ya vacía en el fregadero.

—Sí, vaya con Ernesto. —Y me levanté para irme, porque en menos de una hora salíamos para casa de Andrea y todavía tenía que ducharme.

—¿No tendrá eso nada que ver para que por fin hayas dado el paso y vayas a conocer a tus suegros?

—Qué tonterías dices, esto ya estaba hablado de antes.

—Sí, qué tonterías digo, ¿verdad? Bueno, tú tranquila y, cuando llegues, si puedes, te pasas

por aquí para contarme o me mandas un mensaje. En cualquier caso, mañana hablamos.

—Sí, mañana hablamos. —Nos dimos un beso—. Me sé el camino —dije señalando al pasillo para que no me acompañara a la puerta. No tenía ganas de estar con nadie desde el mismo instante en que me había preguntado si la boda de Ernesto había influido en el ímpetu con el que iba a mi cita de hoy.

Capítulo 38

QUÉ BONITO ES EL JARDÍN

Ese comentario me salió sin pensar y me llevó a creer que yo tenía una obsesión rara con los jardines. Primero el de la madre de Ernesto y ahora este. De todas maneras, era verdad, el jardín de aquella casa era precioso. Estaba lleno de parterres con flores muy bien cuidadas y un limonero en una esquina que daba sombra a una mesa de jardín y unas sillas que parecían muy cómodas.

Pero lo que más llamaba la atención de aquella casa es que estaba muy llena. Es decir, la puerta estaba abierta cuando llegamos a la verja del jardín y de dentro venían voces de más de dos personas y música. Andrea se quedó paralizado y yo con él, adaptándome al tempo que él fuera a marcar.

—Creo que han venido mis tíos.

—¿Tus tíos?

—Y mis primos.

—¿Tus primos?

—Sí, iban a venir un día de estos, pero no sabía exactamente qué día era, como cada vez paso menos tiempo en casa...

—¿Qué quiere decir eso?

—Que hoy no solo vas a conocer a mis padres, vas a conocer también a mi familia italiana. — Me apretó la mano, en un intento vano de darme ánimos y quitarle hierro al asunto. Pero el asunto tenía mucho hierro, demasiado, pesaba tanto que podía quedarme hundida en el fondo de una piscina.

—¿Y tu madre no pensó que quizá no iba a ser el mejor día para hacer una presentación oficial de nuestra relación?

—Se ve que no. —Y sonrió. Porque él sonreía ante las adversidades. Llevábamos juntos el tiempo suficiente como para conocerlo y sabía que, después del momento de desconcierto ante una situación no esperada, Andrea reaccionaba adaptándose a ella con la mayor de las naturalidades, sin darle la mayor importancia. Me gustaba mucho esa parte de él, sin embargo, podía convertirse en un problema grande para mí cuando me veía afectada. Y, en esta ocasión, yo me veía afectada de lleno. Me volví de forma inconsciente y él me frenó—. No vamos a cambiar nuestros planes. Sé que mi madre lo ha hecho queriendo.

—¿Queriendo? ¿Tu madre es, es...? ¿Vengativa? —Lo miré desconcertada sin saber muy bien qué pensar.

—No, mi madre es divertida, siempre le ha gustado ponerme en situaciones comprometidas. —De ahí parecía venir su capacidad de adaptación—. Me dice que es para prepararme para el

futuro. También un poco para hacerme ver que no me he comportado como debería, tenía que haberte traído hace tiempo.

—Yo me sentiría más cómoda si volviésemos otro día. Dentro de dos fines de semana, cuando los niños vuelvan a tocarle a Ernesto. —Por cierto, ¿habría dado ya el «sí, quiero» Ernesto? Qué contraste todo esto, la cabeza me iba a explotar.

—Pero no puedo darle ese gusto, qué buena ha sido esta. Además —y me miró con intención—, es verdad que teníamos que haber venido hace semanas. —Yo no quise abrir ese melón.

—¿Y tú luego se las sueles devolver?

—¿Estás loca? —Y volvió a mirarme, esta vez como si yo hubiera dicho una blasfemia y él fuera el mayor cristiano católico practicante del mundo—. A mi madre jamás se la devolvería. Es mi madre.

—Claro, claro. ¿Entonces?

—Entonces, vamos. Te va a encantar mi familia, es muy bulliciosa. —Tragué con dificultad y apreté el paso camino del infierno. El pasillo que atravesaba el jardín hasta la puerta de su casa se me hizo demasiado corto.

Capítulo 39

ME ENCANTA EL ITALIANO

Y en aquella casa lo único que se estaba hablando en ese momento era italiano. Andrea me llevó de la mano, cruzamos un par de estancias, una de ellas atestada de maletas —pero ¿cuánto tiempo se iba a quedar esa gente allí?—, hasta llegar a la cocina. Era grandísima. Necesitaba serlo, porque estaba albergando a una, dos, tres... Ocho personas. Ocho personas hablaban superponiéndose unas a otras, alrededor de masas de *pizza*, tomates y ensaladas. El aroma que desprendía aquel espacio me hizo salivar de inmediato y lo agradecí, al menos mi cuerpo seguía reaccionando a otras sensaciones que no fueran el miedo a lo desconocido. Todos enmudecieron cuando aparecimos en la puerta.

¡Andrea! Hubo una explosión general. Todos se acercaron a la vez para abrazarlo y besarlo. Andrea hablaba en italiano y yo me preguntaba cómo era posible que no supiera que él hablaba también ese idioma. Era lo más normal si su padre era italiano, pero no sé por qué nunca se me había pasado por la cabeza que sería lo más natural del mundo. Me excité un poco, no puedo negarlo, porque esa noche le pediría que me susurrara unas cuantas guarrerías en italiano mientras lo estuviéramos haciendo, con total discreción, para que los niños no se enteraran.

Y por pensar en cosas que no debía en el momento que no debía, me sorprendí cuando delante de mí apareció una mujer bajita, morena y risueña que me dijo en perfecto español:

—Tú debes de ser Maca. —Se aupó un poco para llegar a mis mejillas y nos dimos dos besos.

—Sí, soy Maca, encantada. —Y sonreí beatíficamente, como debería sonreír una novia cuando conoce a los padres de su pareja.

—Llevaba tiempo queriendo conocerte, pero para Andrea nunca era el momento. Y fíjate, justo te trae hoy, cuando la casa está llena y yo no voy a poder atenderte como me gustaría.

—Bueno, él no sabía que iban a estar aquí sus tíos. —Lo dije un poco dubitativa, no sé si esa mujer amable y sonriente se estaba intentando quedar conmigo o de verdad había sido una sorpresa también para ella.

—Seguramente se ha creído que es otra de mis hostias de realidad, pero no.

—¿Hostias de realidad? —Lo pregunté antes de que pudiera continuar y ella sonrió igual que lo hacía su hijo, desde luego, no podía negar que era su madre. Yo me contenté con que mi Rafa se pareciera muchísimo a mí y fuera una viva imagen de su madre en la boda de su padre con otra mujer. Volví a Emilia.

—Sí, no sé si te habrás dado cuenta, pero mi hijo es muy despistado. Me costó entender que no hacía las cosas queriendo, simplemente es que no caía en ello. Desde la adolescencia, le tengo en una dieta de situaciones embarazosas que podría haber evitado solo con prestar atención. — ¿Ves? Esa era una versión bastante diferente a la que me había contado Andrea hacía un

momento y, desde luego, tomé nota de ella para ponerla en práctica yo misma.

—Me gusta eso, creo que me voy a guardar la idea. —Y pude notar cómo por su cara cruzaba una leve sombra, metafóricamente hablando, claro. Pero salió de ello con total naturalidad, como su hijo.

—Ven, te voy a presentar a mi marido. ¡Massimo! —Y un hombre que medía por lo menos dos metros se presentó delante de nosotras de una zancada. Traía consigo una pala de madera y me dio una mano llena de harina.

—Encantado. Maca, ¿verdad? —Asentí, algo cohibida por el tamaño del padre de Andrea. En mi cabeza no podía haber una pareja más dispar que Emilia y Massimo.

—Seguro que ahora estás pensando cómo pudimos encajar como pareja, ¿a que sí? —La risa de Emilia invitaba a decir más cosas graciosas para que ella continuara riendo. Y yo estaba sintiéndome cada vez más a gusto, poco a poco mis reticencias se habían ido dispersando.

—Ya conoces a mis padres. —Andrea llegó en ese momento, tenía la cara llena de harina y tomate y se le veía feliz—. Siento no haber llegado antes, la tía no me dejaba. Después seguís hablando, ven —y me cogió de la mano con soltura—, te voy a presentar al resto de la familia.

Y así fue cómo me vi inmersa en una fiesta familiar italiana, llena de *pizza* artesanal, ensaladas de tomate y pasta. Podría parecer muy típico, pero no lo era en absoluto. En la cocina de Emilia y Massimo había un horno encastrado en la piedra y la *pizza* era el plato especial que preparaban en los eventos especiales. Y yo era especial.

Capítulo 40

NO ESTÁ BIEN ESCUCHAR DETRÁS DE LAS PUERTAS

Eso es algo que siempre me enseñaron mis padres. Me llevé más de una bronca cuando me pillaron merodeando alrededor del salón a ver si pillaba algo de sus conversaciones, sobre todo, cuando yo era el asunto que discutían. Yo misma he regañado a mis hijos cuando los he sorprendido jugando justo al lado de donde yo estaba hablando por teléfono. Pero como una misma no es su mejor ejemplo, allí estaba yo, detrás de la puerta del baño escuchando lo que decían al otro lado. Para sentirme un poco mejor, intenté argumentarme que yo había ido al baño antes de que comenzara aquella conversación de la que estaba siendo oyente inesperada; y que no abría la puerta para no interrumpir y ser maleducada. Claro, maleducada. Lo cierto era que había oído mi nombre y me había quedado paralizada con el pomo de la puerta en la mano, justo antes de abrirlo. No sé exactamente qué esperaba escuchar, el día había ido perfecto, la familia de Andrea era acogedora, bulliciosa, te hacía sentir una más. Mis miedos se habían disipado y eché de menos no haber hecho eso mucho antes. Incluso pensé en lo bien que les iban a caer a mis hijos, en lo mucho que disfrutarían comiendo *pizza* artesanal. No había vuelto a pensar en el lugar en el que estarían en ese momento, es más, ¡qué me importaba a mí el lugar donde se encontraban ellos en ese momento! Ese día, sentí liberación.

Por eso, cuando reconocí las voces de Emilia y Annetta, la tía de Andrea, hablando de mí, me quedé ahí escuchando. Al principio, todo fueron susurros, hablaban en italiano, pero yo notaba que a Emilia le costaba, había cierta impotencia en su voz, cierto pesar, y pasó al castellano.

—La chica es un encanto, pero ¿entiendes que no me guste? —Estaba angustiada y se me encogió un poquito el corazón.

—Claro, Emilia, claro que lo entiendo, pero tienes que respetar las decisiones de tu hijo. Igual, cuando llegue el momento, él se dará cuenta de...

—¿De qué? ¿De que quiere ser padre y no lo será? Conociendo a Andrea, debe querer mucho a esos niños, pero también lo conozco lo suficiente para saber que le gustaría formar su propia familia. Y, aun así, no lo hará porque se sacrificará por ellos. Y no hace falta ser muy lista para saber que Maca no desea tener más hijos. —¿Hijos? ¿Más hijos? ¿De qué estaba hablando esa mujer? ¿Comprendéis por qué me quedé paralizada con la mano en el pomo?

—Emilia, pero tienes que dejar que sea él quien se dé cuenta de que esa relación no va a ningún lado. —Esa relación sí que iba a algún lado, ¿verdad?

—No es tan fácil, Annetta, no es tan fácil. Lo ves ahí, tan contento, la mira y lo veo en sus ojos, está enamorado; pero a la vez veo que, a la larga, él no va a ser completamente feliz con ella porque él lo dará todo, pero ella no.

Y después de escuchar esa bomba, me dejé caer en la taza del váter totalmente conmocionada

porque, por mucho que pudiera caerme mal que hablaran de mí y de mi relación en esos términos, no podía dejar de entender a esa madre. Porque yo también era madre y también quería lo mejor para mis hijos. Y sufriría al verlos equivocarse y meterse en relaciones que no los llevarían a ningún lado, relaciones que no les darían lo que ellos querían de verdad. Relaciones que les negarían incluso la posibilidad. Porque yo no había dicho que no quisiera ser madre de nuevo, pero Emilia lo había visto solo hablando de cosas banales y superficiales conmigo, porque yo también vería cosas en conversaciones intrascendentes cuando se tratara de mis hijos.

Esperé a que se fueran. Cuando creí que el camino estaba despejado, abrí la puerta con cuidado de no hacer ruido. Antes, me miré en el espejo y compuse mi mejor sonrisa, aunque sabiendo la capacidad de Emilia para adivinar todo lo que pasaba a su alrededor, dudaba que la fuera a engañar. Salí decidida a terminar un día fantástico, a terminarlo arriba, aunque la vagoneta de mi montaña rusa se encontrara en esos momentos bajando en picado. Mi mente ya estaba montando la siguiente conversación trascendental de mi vida.

¿Por qué me tenía que pasar esto justo cuando había dado el salto mortal con doble tirabuzón que me llevaría a lanzarme a la piscina con despreocupación?

Capítulo 41

ME HABLÓ EN ITALIANO MIENTRAS HACÍAMOS EL AMOR

Bajito, al oído. Y yo vi las estrellas. Nos mecimos ahogando los suspiros y los jadeos. Cuando de forma excepcional llegamos los dos a la vez al orgasmo, tensando nuestros músculos y apretándonos en un abrazo posesivo que por mí podía haber durado horas, me tomó la cara con ambas manos para besarme largo y tendido, introduciendo su lengua lentamente en mi boca mientras yo le agarraba el culo a puñados. Nos quedamos así unos minutos, los suficientes para que yo me sintiera una impostora, porque mi cabeza seguía trabajando en el plan que había comenzado a bosquejar al final de la fiesta italiana.

El plan consistía en dejar pasar un tiempo para que no sospechara nada. Sabiendo cómo era Andrea, dudaba mucho que fuera a relacionar mi repentina preocupación por su futura paternidad con la comida en su casa si lo hacía con la suficiente distancia temporal. Y yo, durante ese tiempo, esa semana o semanas, dependiendo de mis reticencias a dejar escapar al hombre por el que por fin había soltado todas las amarras, iba a representar un perfecto papel. La cuestión era que, si él había sido la razón por la que mi cambio de armario se había completado con éxito, él era la razón precisamente por la que debía dejarlo ir.

Por la mañana, ayudó a preparar a los niños para ir al colegio. Yo lo veía hacer y sentía como si aquello tuviese las horas contadas. Qué demonios, tenía las horas contadas. Quedaban muy pocas mañanas de esa nueva rutina que habíamos creado. Y un hueco cada vez más grande se iba haciendo en mi interior, lo notaba abrirse, como si un gran agujero negro fuese engullendo poco a poco todas las ganas, las ilusiones y las perspectivas de futuro. Me sentía poco menos que una espectadora que lo divisaba todo desde el margen. Pero al contrario de lo que me ocurría en muchas ocasiones, diría que en todas, no tenía dudas sobre lo que iba a hacer: si había dos cosas que tenía claras en mi vida eran el amor incondicional por mis hijos y que debía romper con Andrea si de verdad lo quería. Y me había dado cuenta algo tarde, pero de verdad que quería a Andrea y le debía dar la oportunidad de tener una vida plena. Así fue cómo cerré la puerta de casa y me fui a la oficina. No hay nada como tener seguridad sobre algo para parecer fuerte.

—Estás enamorada hasta las trancas, Maca —me soltó Almudena al teléfono. No había podido aguantarse y a media mañana me llamó, obligándome a tomar un pequeño descanso.

—Lo malo es que me he dado cuenta cuando tengo que dejarlo... Tú me entiendes, ¿verdad? —No buscaba su aprobación, pero podía suponer un pequeño consuelo.

—Lo entiendo perfectamente. Y entiendo a esa madre... Quizá, si no fuéramos madres, no lo entenderíamos tan bien.

—Me va a estallar la cabeza. Lo quiero, Almudena. Y es la primera vez que lo digo sin miedo al compromiso.

—¿Cuánto vas a alargar esto?

—No más de una semana, no creo que yo aguante mucho más. Tampoco quiero que se extienda mucho en el tiempo, Rafa y Ernesto le han tomado mucho cariño, todo lo que sean más días, será mayor sufrimiento.

—Comprendo... Oye, ¿qué tal fue el recibimiento ayer con los niños? —Se notó demasiado que quería cambiar de tema y yo lo agradecí, aunque el foco lo puso en otra cuestión peliaguda.

—Bien, los niños vinieron bañados y con el pijama puesto.

—¡Vaya, la primera vez!

—Pues sí, a lo mejor comportarnos con este desapego influye en cumplir mejor con nuestras obligaciones. Vinieron agotados, fue una fiesta íntima, pero por todo lo alto, ya sabes lo que le gustan a mi exsuegra este tipo de celebraciones y más si son en su casa.

—Arquitecto está molesto porque no nos invitó.

—Dile que no se haga mala sangre, Ernesto ha dejado atrás muchas cosas, me ha sorprendido incluso a mí.

—Ya, es lo mismo que le he dicho yo, pero a él le hacía ilusión ser vecino y amigo de un periodista famoso. —Sonreí con ironía—. Bueno, te dejo, pero en tres semanas comienza otro retiro en la sierra, quizá te apetezca después de romper con Andrea.

—Igual sí, no lo descarto. —Y lo que antes había sido impensable, ahora sí que lo veía factible.

Cuando colgamos, llamé a Rodrigo. A los diez minutos, tenía el manuscrito de su libro en mi correo electrónico. Mientras mi impresora escupía sus páginas, cogí el calendario y marqué en azul el jueves, el día que Ernesto se llevaba a los niños por la tarde y Andrea y yo aprovechábamos para estar solos en casa. También marqué en rojo el domingo. Tenía exactamente una semana para romper con Andrea.

Capítulo 42

¿QUÉ ES ESTO?

Los niños ya se habían acostado y nosotros estábamos apurando el lunes. Intentando alargarlo lo máximo posible, últimamente el tiempo se nos escurría de las manos.

—Es el manuscrito de Rodrigo, un antiguo compañero de clase. Me lo ha dado para que le eche un vistazo. Me gustaría que tú lo leyeras, aunque fuera por encima, para ver si te interesa. —Aunque sonaba despreocupada y el tema no tenía nada que ver con mi plan maestro, todo lo que yo decía me parecía tan ensayado, tan impostado, que casi me daban ganas de vomitar y creía que en cualquier momento se iba a dar cuenta de mi farsa.

—¿Y por qué quieres que lo lea yo? —Cogió el tocho de folios sorprendido.

—Porque me vendría bien la opinión de alguien que no es público objetivo de esta novela.

—Ah, bueno, vale... —Me quedé mirándolo—. ¿Ahora? —Levantó los folios y los ojos.

—Si puedes empezar ya, sí, ahora. Yo llevo leyéndola desde esta mañana y no me ha dado respiro. Creo que es buena.

—Entonces, ¿por qué me necesitas a mí para esto?

—Te lo he dicho, no me vendría mal una opinión ajena, muy ajena al tema. Son nuevas técnicas. —Y me encogí de hombros. Tenía que sembrar nuestra relación de cosas para que luego no pareciera que lo tenía todo planeado.

—Bueno, pues...

—Apago la tele y te espero en la cama. —Me levanté de un salto y le besé en la mejilla. Lo último que vi fue que se arrellanó en el sofá con el manuscrito en la mano. Me pinchó el corazón, él no tenía ninguna gana de ponerse a leer nada, y menos un manuscrito, pero ahí estaba, sin haber protestado siquiera por mi propuesta y regalándome su tiempo. Andrea me lo había regalado todo desde que nos conocimos, era la persona más generosa que había conocido en mi vida. Ernesto había sido algo generoso al principio, cuando éramos jóvenes, pero siempre había guardado un poco de egoísmo en su forma de ser. No se lo tenía en cuenta, cada uno era como era, pero es que Andrea no tenía ni un ápice de egoísmo ni de maldad.

Cuando me acosté, observé la claridad del salón. Lo escuchaba pasar las páginas y comencé a llorar. Qué vacía iba a estar mi casa la semana siguiente. Mi casa y mi corazón iban a estar desiertos. Desiertos de su amabilidad, su sencillez, sus sonrisas, sus llamadas a deshora y su apoyo incondicional. Desiertos de su pasión, de sus caricias por las noches y sus besos.

La culpa me aguijoneaba. Me sentía como un faquir sobre un colchón de clavos. Los clavos se me clavaban y me hacían insoportable el ser, pero no lo suficiente como para levantarme e irme; no me hacían sangre, pero me producían oscuros cardenales.

Y es que podría haber sido sincera desde el primer momento, pero eso hubiera provocado una

tormenta familiar. ¿Cómo le iba yo a explicar a Andrea que había escuchado a su madre escondida en el cuarto de baño y que estaba de acuerdo con ella punto por punto? ¿Cómo le podía decir que conmigo no iba a tener una vida plena?

A lo mejor le estaba robando el poder de decisión, pero el resultado iba a ser el mismo. Es decir, yo iba a romper con él, la diferencia estaba en si provocaba una catástrofe mayor en su familia o lo dejaba en un fuego controlado en la mía.

Capítulo 43

ME GUSTARÍA HABLAR CONTIGO

Había estado ensayando diferentes maneras de comenzar la conversación con Andrea. Incluso había hecho un cónclave con Almudena, Teresa y Miranda el martes por la noche. En una videollamada, nos reunimos las cuatro y les planteé mis dudas. Fue extraño porque todas estaban de acuerdo en lo que iba a hacer. También era extraño porque Miranda me había estado empujando hacia Andrea de manera constante desde hacía meses y ahora, después de dibujar la situación, me daba ideas sobre cómo dejarlo.

—Yo creo que lo mejor es ser directa: directa y sincera. —Miranda le daba el biberón a su bebé y mantenía el móvil en precario equilibrio enfocándose a ella—. Necesito un trípode. —La oí mascullar.

—Sí, yo creo que será lo mejor, soltarlo sin más, sin rodeos. —Yo estaba tumbada en la cama. Ernesto y Rafa estaban ya dormidos, los martes eran duros, muchas extraescolares y muchos deberes, así que ese día caíamos todos rendidos. Andrea se había quedado a pasar la noche con sus padres porque al día siguiente acompañaba a su padre al médico y yo disfrutaba de un poco de esa soledad que ahora me venía tan bien para orquestar lo que iba a ser mi vida a muy corto plazo.

—Una cosa es ser sincera y otra bruta. Ten cuidado, Maca, que puedes herir sus sentimientos. —Almudena hablaba bajito, arquitecto se acostaba pronto porque madrugaba muchísimo y hasta a la tele le ponían los subtítulos cuando era de noche.

—Sus sentimientos van a resultar heridos de todas formas. Eso es como una tirita, mejor si la quitas de un tirón. —Teresa, siempre tan pragmática.

—O sea, que somos tres a uno. Gana el ser directa y sincera. —Me tiré hacia atrás y medí mal porque me pegué un buen coscorrón con la pared. Pegué un grito—. Me lo tengo merecido por lo que estoy haciendo.

—Pero ¿qué dices, tonta?

—Pues digo que tal vez, solo tal vez, si lo que quiero es ser sincera, sería mejor contarle la verdad completa y desde el principio.

—¿Otra vez, Maca? —Miranda soltó el biberón y se puso al bebé en el hombro, que inmediatamente soltó el flato—. Ya lo hemos hablado, si el resultado es el mismo...

—Que sí, que lo sé, es hablar por hablar...

—Pues deja de hablar por hablar y prepara el discurso. El jueves, sea la hora que sea, quiero un reporte.

—No os preocupéis, lo tendréis. Venga, anda, colgad, que se hace tarde.

—Duerme.

—Sí, claro, llevo días sin hacerlo.

—Pues inténtalo. —El susurro de Almudena fue casi inaudible.

—Besos a todas.

—¡Suerte!

Y con esa suerte que me gritó Teresa al final de la conversación me encontraba yo la tarde del jueves. Sentada en la cocina, delante de un café, inspirando su aroma como si fuera lo último que fuera a respirar en la vida, esperando escuchar la cerradura de casa. Intentaba ponerme en su papel, tan despreocupado, yendo a buscar lo que solíamos tener el jueves por la tarde: sexo brutal y apasionado. Llevábamos meses así y no nos cansábamos, mi cuerpo lo anhelaba, ¿cómo explicarle a mi cuerpo que probablemente ese jueves no habría placer? Tenía el vello crispado, solo con pensarlo cerca se me activaban las terminaciones nerviosas. Yo era una bola de sentir en esos momentos, estaba en carne viva. Mi mente intentaba controlar, pero la imaginación se iba y hacía escala en la cama, en el salón, en el baño, en todos los sitios del piso donde lo habíamos hecho. Escuché la cerradura. Comencé la cuenta atrás.

Y cero.

—Maca... —Entró en la cocina quitándose la camiseta, ahora... ¿qué podía hacer yo? Se me cruzó como un cohete que igual podíamos tener la conversación después de hacerlo, pero las consecuencias y los sentimientos que me provocaría eso serían tan demoledores que crucé las piernas para atajar el deseo.

—Andrea, tengo que hablar contigo. —Él se detuvo. Me miró sorprendido y se volvió a poner la camiseta. Gracias a Dios. O gracias a lo que fuera por no tener que decirle que lo dejábamos estando él medio desnudo. A lo mejor era él quien decidía tener un polvo de despedida. Eso me gustaría tanto...

—¿Me tengo que asustar, Maca? —Se sentó al otro lado de la barra y agarró mi taza. Tomó un trago. Yo le toqué los dedos y ya lo eché de menos. No, no había manera buena de decirlo y todo lo que había ensayado estalló por los aires en ese preciso momento.

—Bueno, asustar, yo llevo asustada un tiempo. —Y sonreí sin gracia, con tristeza—. Creo que lo tenemos que dejar. —Él se reclinó en la butaca y cruzó los brazos en su pecho. También eché de menos al instante el tacto de sus manos.

—Explícate, por favor. —Parecía mayor, estaba serio y controlado. Nunca lo había visto así, era como si hubiese sumado diez años a su edad, me pareció tan maduro que hasta me pregunté si no sería posible seguir juntos a pesar de todo. La idea salió de mi cabeza tan pronto como entró: no, no era posible.

—¿Tú quieres tener hijos?

—¿Cómo?

—Que si quieres tener hijos.

—Hijos, no sé, hijos... —El gesto se le descongestionó un poco y lo vi respirar aliviado, ese era el momento en que creía que él tenía algo que decir en la ruptura, me sentí morir.

—Yo no te voy a dar hijos.

—¿Cómo? —Estaba tan sorprendido, tan confuso que mi alma corrió a esconderse en un rincón de mi cuerpo, porque lo que tenía que decir lo debía decir sin alma.

—Estamos juntos, queremos seguir juntos, pero no hemos hablado de nuestros deseos, de lo que esperamos de una relación. ¿Tú quieres casarte, tener hijos? No me mientas. —Volvió a encoger el rostro.

—No lo había pensado, pero supongo...

—Supones. Conmigo no lo vas a tener. Yo no voy a volver a casarme, ¿entiendes? Y en cuanto a los hijos... Con mi edad y teniendo dos niños en los que pensar, no, es inviable, totalmente impensable. —Acompañé mis afirmaciones con un gesto plano de la mano.

—Pero, no sé, no había pensado en eso aún.

—Pues es importante pensarlo antes de que esto vaya a más, ¿no lo entiendes?

—¿Y a qué vienen esas prisas de repente con que si yo quiero casarme o tener hijos? ¿Has hablado con mi madre? —Pues sí que iba a relacionar las cosas al final.

—No, no he hablado con tu madre, no tengo la confianza suficiente con ella de todas formas. —Y bajé la mirada algo avergonzada, esperando que no notara que detrás de aquella verdad sí que había algo de mentira.

—Ella me ha dicho lo mismo. Lleva diciéndomelo días y ahora tú me vienes con lo mismo, qué casualidad. —Se levantó de mala gana y se dio la vuelta. Yo también me levanté, más que nada por estar en igualdad de condiciones, porque las piernas me temblaban y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantenerme en pie y quieta.

—Pues no sé, será que las dos somos madres. —A esas alturas, el temblor se había trasladado también a mi voz, deseché rápidamente intentar fingir que me encontraba fuerte.

—Claro, y como sois madres, lo sabéis todo de la vida, ¿verdad? Como sois madres, vuestra opinión es más sabia que la de los demás. No me jodas, Maca. ¿Es esa tu excusa para dejarme? Si no quieres estar conmigo, me lo dices y ya.

—¿Que no quiero estar contigo? ¡Me muero por estar contigo! Tú... tú eres quien me ha sacado de esto, de esto que me ha embargado desde que me separé. Me has hecho olvidar a Ernesto, olvidarlo por completo, echarlo de mi vida, aun cuando seguía aferrada a él. Y me has colmado de... —Temblor y gritos, como en las películas, yo ya había perdido un poquito los papeles.

—¿Entonces?

—¿Entonces? ¡Es que te quiero! ¿No lo entiendes? —me salió del alma, y me senté porque ahora sí el movimiento en mis piernas era perceptible y amenazaba con tumbarme. Lo quería, vaya si lo quería, quería cada poro de su piel, cada pelo, cada gesto; quería su calor, lo quería dentro de mí. Y fuera también. Lo quería en mi día a día, lo quería con mis hijos y lo quería para mí sola.

—¡No, no lo entiendo! ¡Si me quieres, no me dejes! —Era la primera vez que lo escuchaba levantar la voz.

—Eso mismo, no lo estás entendiendo. —Ahí ya no pude frenar más las lágrimas que luchaban por salir desde la primera palabra que le dije cuando lo vi—. Te dejo porque te quiero.

—Eso me parece una gilipollez, no estamos en una película, esto no funciona así. —Nos dimos un respiro y volvimos a un tono más normal, pero así era incluso más tenso.

—Oh, sí, esto funciona así. Ponte en mi lugar, ¿me dejarías sin algo que yo deseo por el simple hecho de estar juntos?

—De momento, no es un simple hecho el estar juntos. Y, segundo, ¿tú sabes lo que quiero? ¿Me lo has preguntado?

—Te lo estoy preguntando ahora.

—Y te he dicho que no lo sé, que no lo he pensado.

—Es que da igual, da igual que lo pienses, conmigo no vas a tener ni la posibilidad. Y no puedo negarte tener siquiera la opción de elegir.

—¿No hay más que hablar? O sea, tú sola lo has pensado y yo no tengo derecho a decir nada

al respecto, ¿verdad? —Era verdad.

—Sí, así es —respondí sorprendida.

—Egoísta, Maca, eres una egoísta. —Era extraño porque yo me sentía con aquello la persona más generosa del mundo.

Se puso la chaqueta y cogió su bolsa. Yo me sujeté a la barra de la cocina, por momentos creía que iba a resbalar de la butaca. Intentaba atajar el llanto porque ya no era una niña de dieciséis años que corta con su primer novio.

—Tenemos que seguir hablando, yo no he dado por terminada la conversación.

El portazo me indicó que al menos había puesto el punto y seguido.

Capítulo 44

UNA DISCUSIÓN EN VARIOS ACTOS

¿Hay algo peor que eso? Tampoco pensaba que todo se iba a acabar como por ensalmo: te digo lo que hay, tú aceptas y seguimos siendo amigos. Hombre, no, bueno, un poco. Creo que el problema es que siempre me he visto mayor, siempre he pensado que yo he tenido la mejor de las razones porque soy mayor, estoy divorciada, tengo hijos, tengo una vida complicada. Tal vez no nos he visto de igual a igual nunca.

Quizá estaba siendo paternalista, maternalista en este caso. «Y como sois madres, lo sabéis todo de la vida, ¿verdad? Como sois madres, vuestra opinión es más sabia que la de los demás», esa afirmación de Andrea daba vueltas en mi cabeza y rebotaba una y otra vez como una pelota de pimpón. ¿Y si yo era la que estaba equivocada desde el principio? A lo mejor, comenzar aquella relación de la forma en que lo hizo, conmigo tomándolo como un *affaire* con un hombre más joven, había hecho que me lo planteara erróneamente. A lo mejor era el momento de empezar a considerarlo como un igual, un hombre adulto con capacidad de tomar sus propias decisiones. En el momento en que llegaba a esta conclusión, me sobrevénía el hecho que lo había provocado todo: yo no iba a darle hijos ni matrimonio y, por consiguiente, tampoco una familia *propia*, por muy suya que él considerara la mía.

Así llegó el viernes. A esas alturas, mis ojeras podían haber tapado el agujero de ozono, si es que seguía existiendo, no lo tenía nada claro. ¿Ves? Otra pista más de que a Andrea y a mí nos separaban algo más que años. Él trabajaba esa noche en el restaurante en el que nos conocimos, de nuevo le echaba una mano a su amigo. Se había comprometido hacía tiempo y no podía echarse atrás, aunque, y cito palabras exactas: «Tengo una mierda de ganas de ir esta noche al restaurante». Cruzamos un par de mensajes por WhatsApp y una conversación que hubiera dejado helado el infierno, y nos citamos una hora antes de su turno en la puerta del restaurante. Eso me venía bien, aquello no se extendería más allá de sesenta minutos. Yo no me iba a bajar del burro, aunque por dentro rezaba porque él hubiera construido un argumento tan sólido que ni yo misma pudiera desarmarlo.

La noche anterior, Ernesto se había dado cuenta de que había algo raro en mí, en Andrea, en nosotros en general. No verlo la noche anterior lo hizo sospechar y estuvo toda la cena hablándome de él, de lo que lo echaba de menos, de lo que le había ayudado con el matón que le hizo *bullying*, que le gustaba que lo recogiese, porque era guay, que sus amigos le habían dicho que las zapatillas de su nuevo padrastro eran chulas. Ernesto presumía de él y a mí me entró tal ansiedad que tuve que ir al baño en un arrebato de descontrol. El fuego sería controlado en mi familia, pero me llevaría más trabajo del que yo había pensado mantenerlo a raya. ¿Había pensado en el trabajo que me iba a llevar hacerlo? Dios, no, no había pensado nada. Respiré

hondo tantas veces que me dolió la caja torácica y volví a la cena.

—Mamá, no se hace caca mientras se cena —me dijo Rafa muy serio, repetía las palabras que yo le había dicho miles de veces. Lo miré como si no supiera de lo que estaba hablando.

—No he hecho caca —me defendí como una niña.

—¿Y por qué has ido al váter? —La insistencia de los niños a veces era tan exasperante que tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no gritar.

—Por cosas de madres.

—Tiene la regla, Rafa —sentenció Ernesto y a mí se me cayó el tenedor al plato. El trozo de tortilla saltó al suelo, la mancha evidente de aceite se quedaría allí hasta el sábado por la mañana, día de la limpieza.

—¿Qué dices, Ernesto? —Me volví hacia mi hijo mayor entre sorprendida y enfadada.

—Sí, las mujeres tenéis la regla, echáis sangre durante una semana.

—Ajá, una semana.

—Sí, una semana.

—No más.

—No, no más, ¡si sangras mucho más, te mueres, mamá! —Recogí el trozo de tortilla del suelo, ocultándome para que no viera mi cara de póker. Dudaba entre reír o reñir. Preferí reír y dejar esa batalla para más adelante, mi cabeza no podía estar en dos cosas tan importantes a la vez. Y si una podía esperar, esa era, sin duda, tratar el tema de la menstruación con mi hijo mayor.

—Vale, ya hablaremos de eso en otro momento. —Quería saber quién le había dicho qué, cuándo y qué pensaba al respecto.

—No, mamá, no estoy nada interesado en hablar de eso, de verdad.

—Vale, ya hablaremos. —De esa no se iba a escapar. Y me daba igual la vergüenza que le pudiera dar.

De vuelta al viernes por la tarde, en diez minutos, salíamos. Yo dejaría a los niños con Almudena, que ya tenía conectada la consola en su salón y a una de sus hijas lista para embolsarse los primeros euros por hacer de canguro un par de horas, y yo estaba cogiendo el bolso y empujando a los niños hacia la puerta cuando sonó el móvil. Estaba tan enterrado en el bolso, que se calló y volvió a sonar de inmediato. Me puse nerviosa, alguien quería contactar conmigo de verdad. Acabé volviendo al salón de mala gana y volcando todo su contenido en el sofá. Por fin pude contestar al teléfono:

—¿Sí? —No me había dado tiempo ni a ver quién llamaba.

—¿Maca? —La voz de Ernesto se materializó al otro lado de la línea. Si yo tenía a los niños, ¿qué demonios podía querer? Habíamos ido perdiendo contacto extra conforme la barriga de su nueva mujer había ido ganando en volumen. Lejos quedaba ya aquella invitación a cenar para que conociera el entorno en el que estarían mis hijos los días que les tocara con su padre.

—Hola, Ernesto, ¿ha pasado algo? ¿Tus padres están bien? —Yo ya estaba metiendo las cosas en el bolso y de nuevo sin ningún orden.

—Sí, sí, ellos están bien, pero necesito que hagas algo por mí. —Eso me dejó paralizada, que yo hiciera algo por él, ¿a qué se refería? Nunca me había pedido nada, es decir, desde que nos divorciamos, casi siempre había sido él quien había puesto más de su parte. Yo era consciente de ello y él también.

—Venga, dispara, pero rápido, tengo prisa.

—Necesito que me traigas a los niños al hospital. —¿Qué? ¿Cómo?

—¿Ahora? —Debí de sonar muy desconcertada porque se hizo un poco de silencio en la línea.

—Sí, ahora, Maca. María se ha puesto de parto y habíamos hablado de lo que nos gustaría que los niños hicieran la espera con nosotros, ya habíamos hablado de eso, ¿lo recuerdas? —Esa pregunta retórica me sentó como tres patadas en el hígado—. Queremos implicarlos desde el primer momento. —Yo pensaba que aquello era una soberana tontería, tener a dos niños de menos de diez años en la sala de espera de un hospital, sin saber por cuánto tiempo, esperando la llegada de un bebé que seguramente sería el culpable de que su padre les dedicara menos tiempo, mucho menos. No era la mejor manera de comenzar una relación de hermanos, pero allá ellos y sus creaciones vitales. Tampoco me habían pedido mi opinión, de hecho, yo no sabía nada de esa nueva teoría de la implicación a la que aludió Ernesto.

—Eh... Tengo algo importante que hacer ahora, Ernesto, no sé... ¿No tienes a nadie que se pueda acercar a por ellos? Estarán jugando a la consola durante una hora en casa de Almudena.

—Si tuviera a alguien para ir a por ellos, solo te avisaría de que iban a por ellos. No, Maca, necesito que me los traigas. —Se calló un momento, era una de esas pausas efectistas que tanto le gustaban a él, así que guardé silencio haciendo la cuenta atrás mentalmente desde cinco—. Nunca te he pedido nada.

Llamé a Andrea para decirle que llegaría tarde a nuestra cita, aunque bien sabía yo que directamente no llegaría.

Capítulo 45

EL ACTO FINAL

Cuando llegué a la puerta del restaurante, estaban en pleno servicio de cena. Dudé apenas unos segundos antes de entrar, esta discusión se acabaría esta noche sí o sí. Me quedé junto al atril de la entrada, donde la chica me reconoció y me invitó a que esperara «un segundo». Desapareció en la oscuridad idílica del restaurante. Podría decir que rememoré cómo nos conocimos Andrea y yo en esa cola para entrar en el baño, cómo mojé las bragas solo con escuchar su risa y lo natural que me pareció irme después con él del garito a mi casa. Pero no, no rememoré nada de eso porque estaba tan nerviosa por lo que podíamos llegar a decir que no hacía más que ponerme límites mentales. Por fin, salió Andrea.

—Sí que has llegado tarde. —Me besó fugazmente en los labios, tan fugaz que ni siquiera pude saborearlo, qué pena que ese fuera seguramente el último beso que nos diéramos.

—El hospital estaba en la otra punta de Madrid y el tráfico no ha ayudado nada, además, el aparcamiento aquí tampoco es fácil. —De hecho, contaba con que la ruptura iba a venir aderezada con una multa de cien euros, poco me parecía para todo lo que iba a hacer sufrir a mi alrededor, me lo tomé como otro castigo merecido.

—Esta conversación era importante, no te pedía más que una hora de tu vida, Maca, que sé que estás muy ocupada, pero era solo una hora. —Era la primera vez que Andrea me reprochaba algo así, tan resentido, como si hasta ese momento hubiera dejado pasar todo lo que le había disgustado de mi mal llevada vida de madre soltera y divorciada, pero de repente tuviera la necesidad imperiosa de mostrarlo sin ningún género de dudas.

—Ya, pero va a nacer la hermana de mis hijos, era algo que ya estaba hablado con ellos y con el padre, tenía que llevarlos. —Aunque, a decir verdad, la cara que le vi a Rafa cuando supo que dejaría de jugar una hora a la consola para irse a esperar a un hospital no era de ilusión, más bien de desdicha. Ernesto supo camuflar mejor su pereza.

—¿Y no había nadie que pudiera llevarlos que no fueras tú? —¿Qué podía responder a eso? Estaban los padres de Ernesto, algún familiar de María, al que no le dejaría ni loca llevar a mis hijos en coche porque no los conocía de nada; algún amigo de Ernesto, autorizado por él.

—Pues mira, no debía de haberlo si Ernesto me pidió expresamente que los llevara yo. Te puedo asegurar que, si no hubiese sido absolutamente necesario, no me lo hubiese pedido. —No estaba defendiendo a mi exmarido, esa fase ya pasó hace tiempo. Lo que decía era totalmente cierto.

—Ernesto, siempre Ernesto, es que no te das cuenta...

—No te das cuenta tú, Andrea, ¿no lo ves? No se trata de Ernesto, se trata de mis hijos, por muy importantes que sean las cosas que tenga que hacer, contigo o con quien sea, ellos siempre

irán por delante. ¿No ves que yo siempre voy a tener algo que poner por delante de ti? —Iba a contestar desairado, lo veía en su gesto, pero no le dejé—. ¿No quieres sentir tú eso también? Tener a personas que siempre vayas a poner por delante de quien sea, personas con las que no hayas dudas. —Que de mayor mis hijos se convirtieran en unos canallas y que yo decidiera no ponerlos por delante de nada era una posibilidad, pero no venía al caso. Andrea se quedó con la boca cerrada, en un rictus ofuscado, no sabía lo que pensaba y tampoco quería saberlo ya—. Y yo eso no te lo puedo dar, ¿comprendes? No te lo voy a dar.

Ambos guardamos silencio, mirándonos a los ojos con intensidad. Llamaron a Andrea desde el interior del restaurante, la chica del atril de la entrada debía volver a su lugar y Andrea también debía volver al suyo sirviendo las mesas.

—La discusión ha sido más corta de lo que esperaba. —Él se puso un paño en el hombro y me sonrió hasta desarmarme.

—¿No tienes un argumento? Dime que tienes uno... —rogué, agarrándole de la manga de la camisa, de esa camisa blanca que le quedaba tan bien.

—El único argumento es que te quiero y quiero estar contigo, pero me da que no es suficiente para ti. Ni siquiera que estoy dispuesto a renunciar a posibles deseos futuros de tener hijos.

—No, eso no es un argumento válido. Es más, me reafirma más aún en lo que ya pensaba.

—Lo suponía. —La tristeza en su voz era inaguantable.

—¿Te pasas por casa luego? No estarán los niños... —Me pareció que arrastrarme un poco no sería tan nefasto para mi estado de ánimo de mierda.

—Creo que no.

—Ya, lo siento. —Cerré los ojos con fuerza y no, no me sentí avergonzada por haberle pedido que viniera para que pasáramos la noche juntos y que me hubiera rechazado.

—No lo sientas. Si pudiera, le daban por culo al curro este y me iba contigo para estar haciendo el amor contigo toda la noche.

—Follando, Andrea, mucho. —Su risa revoloteó en mis oídos.

—Mucho. Pero no, no sería sano. Romperíamos de nuevo. —Y ahí demostró ser más adulto que yo. Me caí del pedestal—. Pasaré a recoger mis cosas y dejarte las llaves de tu casa mañana por la mañana. Procura no estar, por favor, te mandaré un mensaje.

—Sí. —Dudamos entre besarnos en los labios, en las mejillas o abrazarnos. No hicimos ninguna de esas cosas.

—Tengo que irme.

—Sí, claro, adiós.

—Adiós, Maca.

Cuando volví al coche, me encontré con un papel enganchado en el limpiaparabrisas, la multa iba a ser de algo más de cien euros.

Capítulo 46

AQUÍ NOS MATAN Y NO SE ENTERA NADIE

Almudena se volvió hacia Miranda enfadada.

—Nadie te obligó a que vinieras. Ahora, cállate e intenta meditar.

En lugar de un retiro relajado y libre de estrés, estaba viviendo una batalla campal entre mis amigas, que parecían haber recuperado su particular animadversión mutua después de que el objetivo común de hacerme vivir de nuevo la vida se hubiese cumplido con creces.

Había salido, había tenido una relación con un hombre más joven que yo, le había dado chispa a mi cuerpo, ya podían volver a pelearse con total impunidad. Aunque no ayudaban en absoluto, de hecho, ya las habían expulsado de la anterior sesión de meditación. Almudena estaba muy soliviantada porque la idea de ir a un retiro espiritual en plena sierra de Madrid había sido suya, ella era la experta, gracias a sus contactos habíamos podido ir las cuatro juntas a uno que ya no tenía plazas libres. Y se lo agradecían así. «Con qué cara me voy a presentar yo a los próximos retiros si traigo a gente como Miranda», me decía compungida la noche anterior, delante de nuestros batidos naturales que sabían a nada. «Vamos, Almudena, si tú ya no necesitas nada de estos retiros para saber meditar, estoy segura de que podrías hacerlo en mitad de tu salón». Ella asintió y me susurró: «Pero no podré desaparecer de casa unos días, ese es el objetivo».

Estaba tranquila. Esas conversaciones intrascendentes con mis amigas, el aire libre de la sierra, aprender a meditar, cosa que no era fácil, pero que, después de un par de sesiones, había tentado y había podido probar que sí que era muy beneficioso; todo eso me hacía estar tranquila tres semanas después de mi ruptura con Andrea.

También comprobé que romper con él no había destrozado mi vida como lo hizo mi ruptura con Ernesto: para bien o para mal, mi cuerpo no vivía su primera ruptura complicada y, desde luego, tenía suficiente capacidad para ver que el fin de un matrimonio de veinte años con dos hijos en común y un amor que fue verdadero era más traumático. Lo que no quitaba que por las noches echara de menos hasta decir basta las manos y el cuerpo de Andrea alrededor del mío. O su voz ronca a través del teléfono. O sus dibujos de ingeniero cubriendo la mesa del comedor. O su ceño fruncido cuando se concentraba en ellos. La meditación me había llevado a una conclusión: Andrea y yo nos conocimos en el momento en que teníamos que hacerlo, pero desde luego no era el momento para nuestra relación. Cada vez lo veía más claro, y eso me ayudaba a superar la pérdida.

—¿Te puedo pedir el teléfono? —Una voz profunda me sacó de mi meditación. Estábamos en un claro del bosque, caía la tarde y un último rayo de sol me perforó el ojo antes de poder fijar mi vista en quien me había hablado.

—¿Perdón?

—No, perdóname tú, el grupo había terminado y creía que tú también. —El hombre me tendió una mano para ayudarme a levantarme y yo la acepté—. Me llamo Jaime.

—Yo Maca, encantada. —Miré a su espalda y mis tres amigas se reían como tres colegialas. Intenté no prestarles atención.

—Te he visto estos días en el retiro y..., no sé, ¿te apetecería quedar cuando todo esto termine? —Hizo un gesto con sus manos en círculo.

—Bueno, yo no he venido aquí a ligar. —Y me reí porque de verdad me hizo gracia, no por motivos ocultos ni mensajes entre líneas.

—Ya, ya, yo tampoco. Esto ha sido idea de mis hijas, pero no termino de pillarle el truco. —Emprendimos el camino hacia el hotel donde nos alojábamos. Con cada paso que dábamos, escuchábamos los crujidos de las hojas y, poco a poco, la temperatura iba bajando—. Y, bueno, te he visto y...

—Vale, no te preocupes, no pasa nada, en realidad, es para sentirse halagada, ¿no?

—Visto así... —E hizo un gesto gracioso con la nariz.

—A no ser que seas un psicópata que viene a retiros espirituales para conocer a sus próximas víctimas. —Y solté una carcajada por mi propia ocurrencia. Él me acompañó.

—No, no soy un psicópata, aunque un psicópata jamás te diría que lo es, claro.

—Claro.

—¿Entonces?

—Entonces espérate a pasado mañana que termina el retiro para ver si te doy mi teléfono, ¿te parece? —Seguimos caminando en silencio unos segundos y lo vi esbozar una sonrisa. Las arruguitas que se le dibujaron en las comisuras de los labios me gustaron.

—Me parece. Andaré... andaré por aquí.

—Y yo. —Se despidió de mí asintiendo con la cabeza. Él apresuró el paso y yo me retrasé un poco para ponerme a la altura de mis amigas.

Las tres hicieron un análisis exhaustivo del hombre que me acababa de lanzar la caña: un madurito interesante, que se conservaba bien, con un culo que seguía atrayendo y con el suficiente pelo como para no esperar una calvicie repentina en un breve lapso de tiempo.

Después

Epílogo

TIENE TU MISMA NARIZ

No sé por qué me fijo siempre en las narices de la gente. Es algo que no logro entender. A veces incluso me ha colocado en situaciones algo vergonzantes porque se me nota, se nota que mis ojos se van directamente a ese rasgo facial. Lo malo de todo esto es que la nariz está muy cerca de la boca y puede que la persona observada crea algo que no es: una mirada intensa a la boca puede ser señal inequívoca de un deseo loco por materializar un beso. Y nada más lejos de la realidad, al menos, no siempre, claro.

Sigo analizando y buscando similitudes. Dios mío, son tan parecidos que por un momento me duele no ser yo la madre de ese niño, de no haber sido yo la que le diera la oportunidad de ser padre. Sigo dándome la satisfacción de ser contradictoria en mi interior, dentro de mi cabeza, porque eso es algo que jamás en la vida podré decir en alto.

—También tiene mis dedos de los pies, ¿verdad, Luis? —El niño de cinco años sonrío cohibido y le pide a Andrea la consola en un susurro—. Claro. —Y lo sienta junto a la mesa antes de darle una Nintendo. Luego él se pone unos cascos que son más grandes que su cabeza y se aísla del mundo exterior—. Normalmente no le dejo hacerlo, pero hoy creo que es mejor.

—Sí, claro... ¿Luis? —le pregunto sorprendida señalando al crío y Andrea sonrío.

—Bueno, es el nombre de su abuelo. Su madre no quiso oír hablar de nombres italianos exóticos.

—Claro. —Y nos sentamos uno frente al otro. Nos sostenemos la mirada durante unos diez segundos, hasta que la camarera rompe el hechizo.

—¿Han decidido qué van a tomar? —Masca chicle y a mí me entra la risa tonta.

—¿Café? —me pregunta Andrea. Yo asiento—. Dos cafés.

—Vale. —Y la camarera se va. Me he quedado con las ganas de pedir un cruasán.

—¿Qué tal Ernesto y Rafa?

—Mayores. —Y sonrío satisfecha—. La adolescencia está haciendo estragos. Ernesto quiere ser ingeniero, como tú. —Andrea levanta las cejas divertido—. No sabes cómo intenta su padre que haga prácticas en el periódico, porque también se le da bastante bien escribir. Y es todo un líder de opinión. Creo que me culpa de que su hijo no siga sus pasos.

—Quizá Rafa pueda...

—¿Rafa? Rafa no. —Niego categórica—. No sé a quién ha salido, pero le van más las ciencias y desarmar artefactos.

Nos quedamos en silencio durante otro minuto. A decir verdad, no es la timidez o el no saber lo que decir lo que me empuja a no hablar, más bien es la observación, como si de repente no pudiera hacer dos cosas a la vez: mirarlo —analizando cada uno de sus rasgos y pasarlo por el

tamiz de los años— y mantener una conversación medio decente.

En ese minuto, puedo ver varias cosas. Andrea ha ganado con los años, se ha convertido en un hombre guapo que no ha perdido ni un ápice de su atractivo de juventud. Incluso se ha visto intensificado con las canas que pintan su pelo, un pelo que sigue siendo voluminoso. Las arruguitas que se marcan en su rostro con cada gesto me resultan tan provocativas que las contaría por besos y también he podido observarlo antes de que se sentara: sigue conservando esas piernas y ese trasero que tan loca me volvió diez años atrás.

La camarera deja los cafés y se va. Casi ni nos damos cuenta, creo que él también me está analizando. Espero no defraudar demasiado, porque ya me defraudo demasiado a mí misma teniendo este tipo de pensamientos. Es decir, yo me veo estupenda, pero no es lo mismo diez años cuando se parte de treinta y siete que cuando se parte de veintiocho. Aunque debería. Esta dictadura sobre el cuerpo de la mujer que tanto he luchado por desentrañar de mis códigos no termino de desenterrarla de mi ADN.

—Leí el libro de Rodrigo. —Andrea me saca de mi ensimismamiento. Creo que se da cuenta, pero me da igual.

—Ah, sí, el libro de Rodrigo... —El libro de Rodrigo salió hace nueve años y fue un éxito. Como editorial, nos catapultó a la fama y ahora tenemos un volumen de edición que ya quisieran otras. Hace dos años, incluso lanzamos un concurso anual que solo nos ha traído buenas historias—. Ahora soy una editora de éxito.

—No dudaba de que llegarías a serlo. —Me toca los dedos y contengo la respiración.

—¿Y tú? Dejarías de ser becario. —Me uno al juego de los dedos, la piel se me pone de gallina, solo espero que no note que se me ha puesto el vello de punta. O quizá sea mejor que lo note, ¿verdad?

—Pues me costó hacerlo, no te creas. —Y suelta una carcajada que calienta cada uno de los poros de mi piel—. Ahora soy director de proyecto.

—Vamos, que eres el jefe.

—Un jefe muy abajo en la jerarquía, pero sí, tengo a gente a mi cargo. —Tomamos un trago de café y, antes de que yo pueda continuar con la conversación superficial sobre lo que ha sido de nuestras vidas los últimos diez años, él continúa—: Maca, me alegró mucho que te pusieras en contacto conmigo, pero sigo sorprendido. —Levanta los brazos buscando una explicación.

Yo se la doy, claro, pero no le cuento lo que sentí cuando, haciendo limpieza en casa, abrí un viejo bolso antes de tirarlo. En él había veinte euros, un billete bien doblado dentro del bolsillo interior; y también una hoja de papel con un número de teléfono. A mi cabeza vino aquella mañana en la que obligué a un pequeño Rafa a repetir un número de teléfono escrito en una servilleta que había pasado por la lavadora. Me senté en el suelo y rememoré a Andrea, al subidón del primer encuentro después del divorcio, al caos mental que creía haber ordenado, pero que estaba en su punto álgido. Reviví lo que me hizo sentir y lo que tuve que hacer por lo que creía que era amor. Por lo que creía que seguía siendo amor.

Después de Andrea, vinieron tres hombres más. Con uno de ellos, creí que acabaría envejeciendo. Con ninguno de ellos sentí tan intensamente como lo hice con Andrea. También hubo un pequeño episodio con Ernesto, cuando después de tres años con María, se separó temporalmente y nos acostamos como una docena de veces. Nunca lo vi como algo a largo de plazo, de hecho, lo mantuvimos en secreto, porque no iba a ser sano para la salud mental de nuestros hijos. Mi vida sentimental había transitado por una autopista de varios carriles y yo había ido y venido, acelerando y frenando, según el momento de la vida en el que me encontrara.

Y, sentada con ese papel en las manos, decidí que quería acelerar. Estrujé el papel y respiré hondo.

Yo había cambiado varias veces de móvil, había perdido muchos contactos por el camino en esos diez años y el de Andrea había sido uno de ellos. Qué curioso, alguien que había sido tan importante en un momento concreto de mi vida había dejado de serlo tanto que la pérdida de su contacto solo me había supuesto una pequeña desazón en un momento determinado. Pero ahora, encontrar de nuevo su número, me había hecho sentir como una adolescente. Aunque, ¿habría formado su propia familia? Era lo que yo quería para él, lo quería tanto que no podía dejarlo sin eso. Seguí haciéndome preguntas porque mi vida se trata de eso, de seguir haciéndome preguntas hasta la saciedad: ¿seguía soltero?, ¿estaría divorciado?, ¿viviría en Madrid? Igual se había mudado al extranjero, porque no lo hacía todavía bajo el mismo techo que sus padres. Y, por otra parte, ¿conservaría el mismo número? Yo sí, así que él, ¿por qué no? Me cosquilleaban los dedos mientras dibujaba su número sobre el teclado digital de mi iPhone. «¡Mamá, me voy!», Rafa se iba a su taller de robótica y me dejaba sola en casa. No tenía nada que perder.

—Y te llamé y aquí estamos. —Él respira hondo y yo me lanzo como he aprendido a hacer hace algunos años—. ¿Sigues con la madre de Luis?

—No —responde inmediatamente y niega lentamente con la cabeza esperando más preguntas.

—¿Y estás con alguien ahora?

—Nada serio.

—Claro. —Asiento levemente y me lleno de ilusión, de expectación.

—¿Y tú? ¿Estás con alguien? No me dirás que volviste con Ernesto.

—Volví durante un tiempo, no te creas. —Él menea la cabeza, dando por hecho algo que él comprendió hace tiempo y de lo que yo no me di cuenta hasta bastante después de dejarlo con él—. Pero ahora no, ahora no estoy con nadie.

—Pero lo has estado.

—Sí, lo he estado, pero ninguno me hizo sentir lo que me hiciste sentir tú. —Andrea echa un vistazo rápido a su hijo, que sigue ensimismado en su videojuego. Puedo identificar en su rostro la sorpresa y el latigazo de deseo que le ha supuesto lo que le acabo de decir.

—Si hubiera podido, lo hubiera dejado con mi madre, pero hoy tenía su club de lectura, leen el libro de Rodrigo. —No sé si es verdad, pero me hace atragantarme con un sorbo de café. Se frota la cara con impotencia—. Y su madre y yo estamos en esa fase, ya sabes. —Oh, ya sé, claro que sé, esa fase de desapego.

—Hoy es jueves, ¿no? —Intento mantenerme tranquila, por dentro estoy como un flan.

—Ajá. —Lo veo nervioso.

—Supongo que dormiré con su madre, a no ser que tengáis otra fórmula.

—No, no, es igual.

—Sigo viviendo en el mismo piso, ¿recuerdas la dirección? —Él asiente—. Rafa y Ernesto se quedan con su padre a dormir, mañana salen temprano de viaje. —Él asiente de nuevo—. ¿Te espero? —El corazón me late a mil por hora. La respiración se ha disparado. Las décimas de segundo que tarda en asentir de nuevo se me hacen largas como horas.

Cuando abro la puerta, mi mente vive un *déjà vu*. Él en la puerta de casa, pero ahora parece

llenar más el espacio, las ganas corren raudas por mis venas. Suelta la bolsa de piel, creo que es la misma de siempre, en la entrada. No hablamos. A mí me ha dado tiempo a enterrar todas las inseguridades, Almudena me ha ayudado bastante, la verdad. Pero esto que me pasa es algo más que inseguridad. Estoy de nuevo con Andrea, ni cuando repetí en la cama con Ernesto me sentí así de ansiosa. Intento camuflarlo.

Cierro la puerta con la pierna y nos fundimos en un beso. Esos labios no han perdido ni su tersura ni su sabor, le hundo las manos en el pelo y él las hunde en mis glúteos. Ninguno de los dos intenta algo más en el pasillo, sabemos que lo de enroscarme en su cintura mientras estamos de pie ha quedado atrás, como diez años atrás. Llegamos a mi habitación a trompicones y empezamos a quitarnos la ropa lentamente, sonriéndonos divertidos. Él es el primero en quedarse totalmente desnudo y su cuerpo es aún mejor de lo que recordaba. Yo conservo mi ropa interior. Andrea niega ladeando su cabeza y me deshago primero del sujetador. Vuelve a negar, me gusta el juego. Me quito las bragas. Da un paso adelante y se acerca a mí, cuando por fin me toca reconociendo mi cuerpo, primero mi rostro, luego mi cuello, para seguir por mi torso y mis caderas, es como si sus dedos dejaran un río de lava a su paso; cierro los ojos con fuerza y me dejo hacer, mi piel no puede creérselo y yo tampoco. Si aguanto un poco más la respiración es posible que caiga desmayada. Entonces me apresa un pecho y me besa tan profundamente que, aunque abro los ojos, ya no veo nada que no sea el deseo que siento por él. ¿Cuántas veces he soñado con esto? A lo largo de los años, sé que lo he hecho muchas veces, demasiadas. Era mi fantasía recurrente en las noches solitarias y también en las que estaba en la compañía equivocada, que a tenor de lo que estoy viviendo ahora, eran todas menos él.

En esta ocasión no hay preliminares, solo reencuentro.

—Gracias. —Tiene su boca sobre la mía y me susurra mientras está dentro de mí, aún no hemos llegado al orgasmo y tenerlo entre mis piernas me colma en todos los sentidos.

—¿Por qué? Seguro que, si tú hubieras encontrado mi teléfono, hubieras hecho lo mismo.

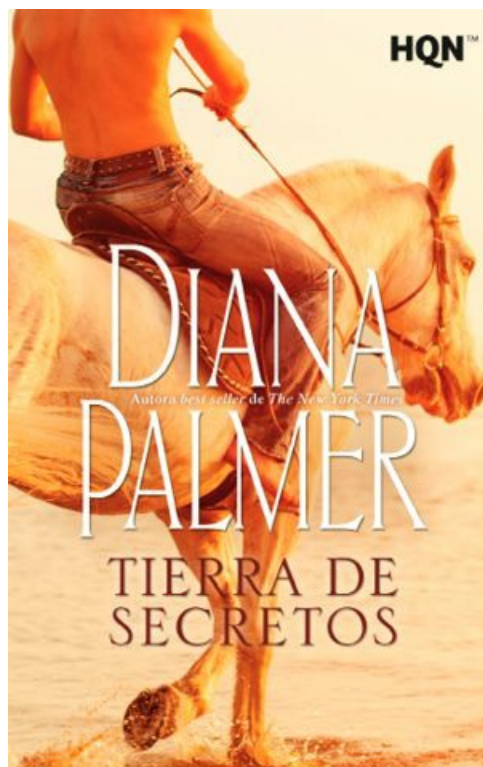
—Nunca perdí tu teléfono. Pero no me refería a eso.

—¿Entonces?

—Luis es lo más grande que tengo en mi vida. —No le contesto. Dejamos pasar un instante en el que escuchamos y sentimos nuestras respiraciones emocionadas y llenas de anhelo antiguo. Quiero a este hombre, lo quería hace diez años y lo quiero ahora, y de repente toda la culpa que me ha pesado durante todo este tiempo se disipa. Entonces, empezamos a movernos hasta acompasarnos.

—Y diez años, después de todo, no es nada.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

La suerte de Carmen

MARÍA CAÑAL



La suerte de Carmen

Cañal, María

9788411413541

477 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQÑ 343

"Quizá sean mis curvas las que hacen mi vida tan vertiginosa."

Carmen tiene casi cuarenta años. En plena celebración por irse a vivir juntos, su novio muere mientras hacen el amor. Eso, aparte de ser una tragedia cargada de conmoción, se lleva a un lugar lejano las certezas y los sueños de Carmen, como el de ser madre.

Tras un tiempo de naufragio emocional, decide ponerse de nuevo a los mandos de su vida, y cambiar la ciudad por el pueblo será el primer paso de un viaje de supervivencia personal. Allí conoce a unas mujeres que se convertirán en su nuevo colchón de seguridad y a Pepe, un atractivo y prestigioso chef.

Una nueva vida, un hombre que parece sano y fuerte y que la quiere y la recuperación de sus sueños: parece la respuesta a sus plegarias... ¿o no?

A base de ironía y buen humor, Carmen buscará su suerte en la vida sin conformarse con las cartas que le han repartido.

Después de perder estrepitosamente, Carmen juega una nueva partida con el destino. Lo que ella no sabe es que el destino nunca pierde.

El mejor regalo para San Valentín, una novela de amor de Harlequin

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense... romance ¡elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Una agenda en mi buzón

PAULA
MOLERO



Una agenda en mi buzón

Molero, Paula

9788411418935

589 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQÑ 358

Alicia tiene el corazón roto por tantos sitios que necesitaría uno nuevo. Hoy, en su buzón, va a encontrar algo mucho mejor que eso.

Hola. Me llamo Alicia.

Igual no me podéis escuchar bien porque estoy atrapada en lo más profundo del pozo oscuro y solitario en el que se ha convertido mi vida. Si podéis echarme una mano para salir, os lo agradecería. Si no, tendré que confiar en la extraña agenda que alguien ha dejado en mi buzón.

Se supone que está llena de ideas, propuestas y desafíos que me van a ayudar a superar mi crisis, ser mejor persona y volver a creer en el amor. Sí, sé que suena algo cursi y desesperado. Pero qué queréis que os diga. No se me ocurre nada mejor que hacer para salir de aquí abajo.

¿Me acompañáis en este viaje de un año para volver a ser yo misma? Sería todo un detalle. Y puede que, de paso, os acabe ayudando un poco también.

Un manual que explica cómo superar una ruptura sentimental o una crisis existencial. Equilibrio perfecto entre romanticismo y humor, nos conmueve en una página y nos hace reír en la siguiente. Un ritmo trepidante con el que descubrimos que la protagonista está viviendo el año más intenso de su vida. Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana. En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos. Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance... ¡Elige tu historia favorita! ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

PREGUNTAS A LA AUTORA:

¿Qué te inspiró esta historia?

Que un día pensé que ojalá existiera una manual que te explicase como superar una ruptura sentimental o una crisis existencial. La agenda que se encuentra Alicia en su buzón viene a ser un poco eso, aunque es bastante más divertida que un libro de instrucciones.

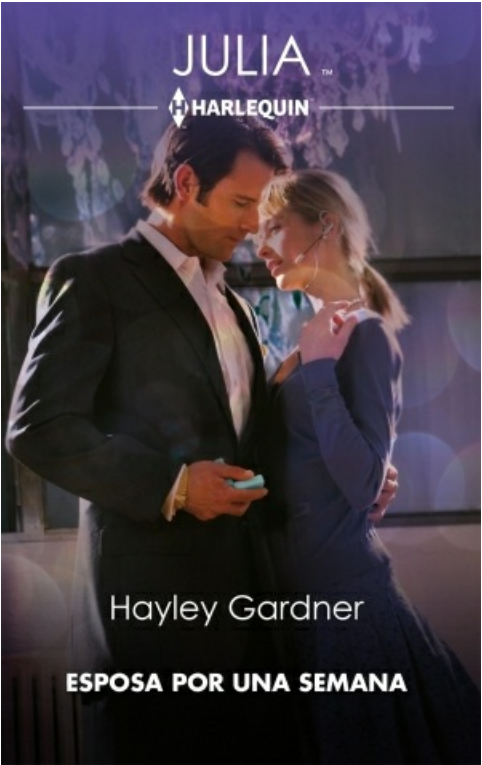
¿Cuál es tu personaje preferido?

La protagonista es muy especial para mí. Siento que es una amiga más y tengo curiosidad por saber cómo le estará yendo en la vida. Pero también le tengo mucho cariño a Teresa, porque me encantaría ser tan optimista y positiva como ella.

¿Por qué hay que leer tu novela?

A mí me encantan las historias que combinan el romanticismo con el humor. Que son capaces de conmoverte en una página y luego hacerte reír en la siguiente. Y creo que esta es una de esas historias. Además, la trama no te da un respiro. Y se crea mucha complicidad entre la protagonista y el lector.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Esposa por una semana

Gardner, Hayley

9788411801249

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Julia 1013

Gina Delaney tenía un nuevo y misterioso vecino. Por su casa pasaba una mujer tras otra, desde espantosas amas de casa hasta vampiresas con minifalda. Gina no dejaba de preguntarse qué estaría tramando aquel hombre tan sexy.

No pasaría mucho tiempo hasta que lo averiguara.

Un día, de pronto, Matt llamó a su puerta y le pidió que se hiciera pasar por su mujer. Su curiosidad era tal que accedió. Después de todo, ¿qué mal podía causarle cuando se trataba de una semana?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



París puede esperar

Sicilia, Marisa

9788413487649

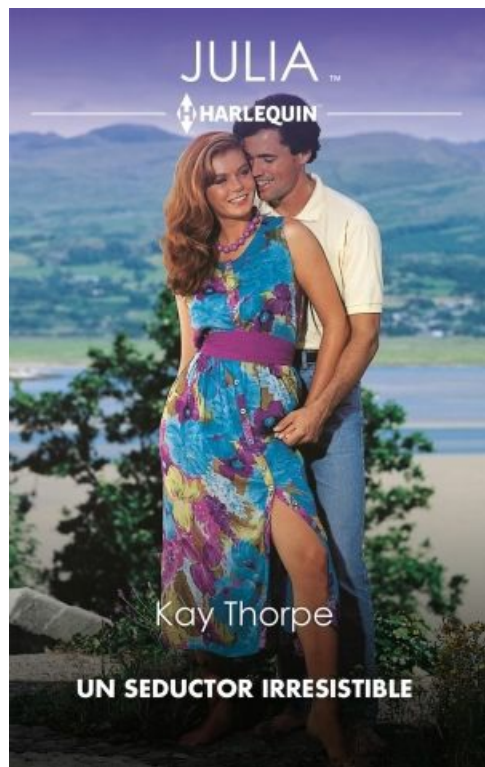
61 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Un seductor irresistible

Thorpe, Kay

9788411801225

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Julia 1011

El magnate griego Nikos Pandrossos necesitaba a alguien que cuidara a su hijo de cinco años, y Chelsea Lovatt parecía perfecta para el trabajo. El pequeño adoraba a la joven y ésta parecía más que deseosa de pasar un mes como niñera de Dimitris.

Pero Nikos tenía en mente algo más que el cuidado del niño. ¡Deseaba a Chelsea en su cama! Ella sabía que por su propio bien debería resistirse, que no había ningún futuro en una aventura con Nikos. Pero la oportunidad de poder conocerlo de la forma en que se moría por conocerlo, era mejor que una vida entera preguntándose lo que podría haberse perdido...

[Cómpralo y empieza a leer](#)